

Hispania

Política, Comercio, Literatura, Artes y Ciencias.

AÑO II.—VOL. II.—NÚM. 14.

LONDRES, FEBRERO 1.º DE 1913.

PRECIO { \$0.10 el ejemplar.
\$1.00 por año.

CONTENIDO:

NOTAS EDITORIALES	Hispano	453
EDITORIALES:		
La Paz Americana y el Litigio Colombo-Peruano ..	Enrique Pérez	454
Las Vicisitudes de una República en América ..	Americus	457
Intervención en Méjico		459
ARTÍCULOS GENERALES:		
La Antítesis de la Fuerza	S. Restrepo	459
Bolivar y la Monarquía	Diego Mendoza	460
La Química y el Problema Social		462
Congreso de Panamá	Carlos A. Villanueva	463
Qué le pasa a España?	William Hoofard	464
Mr. Lloyd George	A. G. Gardiner	466
Armados y sin Poder	β	467

ARTES Y LETRAS:		
De la Vera del Camino — Silias de Montar ..	S. Pérez Trisana	468
Poeta de Ideas	Maz Grillo	470
El Criterio Espectacular	B. S. C.	471
El Corazón Copioso	Ramón Perea de Ayala	472
DE PARÍS:		
El Teatro en París	Alfred de Bengoetxea	476
CORRESPONDENCIA:		
Carta de Pedro Nel Ospina		477
Carta de Jorge Lonceal		480
LIBROS		
	B. Sanin Cano	480
SECCIÓN COMERCIAL E INFORMATIVA		
		482
REMITIDOS:		
Fiesta Latino-Americana		484

Con el pasado número empezó la segunda serie de HISPANIA. Rogamos á nuestros abonados del primer año nos avisen si desean continuar la suscripción en el segundo.

Dirijase la correspondencia á 7, Sicilian Avenue, Southampton Row, Londres.

La responsabilidad de los artículos firmados es exclusivamente de sus autores.

HISPANIA no prestará ninguna atención á los comunicados anónimos.

NOTAS EDITORIALES.

Dos problemas internacionales de magna importancia esperan la acción del Presidente Wilson, pidiendo solución, apenas llegue él á la Casa Blanca. Entrambos tocan muy de cerca, de una ó de otra manera, á nuestra América Ibero. El uno es, si la preferencia en favor de los buques americanos que hagan el tráfico de cabotaje, establecida en la tarifa del Canal de Panamá por reciente ley, ha de ser abolida ó ha de quedar en pie. El otro es si los Estados Unidos han de intervenir ó no *manu militari* y oficialmente como nación, en los asuntos internos de Méjico.

Si la preferencia subsiste, á su amparo surgirá para todo el Continente un monopolio naviero, esencialmente yanqui, contra el cual será muy difícil luchar, y cuya indole trituradora podrá vaticinarse por la de cualquiera de los trusts que afligen á la gran República, y que han logrado crear en ella, bajo sus libres instituciones civiles, un estado de esclavitud industrial, nunca antes visto. El otro problema es de naturaleza mucho más compleja, erizada de potencialidades ominosas, que al ser constituidas en hecho vivo por la codicia criminal desfranzada de imperialismo, desataría sobre toda la América una tempestad de sangre y odio que la imaginación no alcanza á medir.

Con un candor, más edificante que oportuno para su propia reputación de hombre lógico y consecuente, Mr. Taft, ya al dejar la Presidencia y pasados los desequilibrantes torneos electorarios, declara que el arbitramento se impone, que sólo así debe decidirse si Inglaterra, la llamada en otras ocasiones y para con otros países soberbia y pérdida Albión — pero para con los Estados Unidos hoy sufrida y blanda — si Inglaterra

tiene razón en su protesta de que el Tratado Hay-Pauncefote, con ella solemnemente celebrado, ha sido vilmente violado, como si sólo se tratara de la fe pública empeñada á una mera republiquetá ibero-americana. Y Mr. Taft cuenta sin duda con que en este vivir agitado de nuestra época, se olvidarían sus desplantes patrioterros de ayer, de que el Senado americano no podría tolerar jamás otro juez que su propio supremo é infalible dictamen. Está por ver lo que haga el Senado. En su caso, como en el de todos los cuerpos colegiados de elección popular, priva el acatamiento servil al prejuicio reinante y al criterio de la muchedumbre, que en asuntos internacionales, suele ser, emocional, ignorante y necio por no decir imbécil. Puede muy bien suceder pues, que el consejo luminoso de este pecador arrependido — cuando el pecado ya para nada le sirve — no sea escuchado por los Senadores de su Patria, á quienes sí les puede ser útil todavía. Pronto se verá.

La intervención en Méjico depende mucho más directamente del Ejecutivo. Si el crimen se realizara, la responsabilidad primordial y abrumadora correspondería al Presidente. Los antecedentes del Dr. Wilson, no justifican el temor de que él llegue á ceder á la presión creciente de los especuladores, que en las lonjas y en la prensa amarilla preconizan el despojo como el evangelio de la civilización moderna.

Pide solución á grito herido, la cuestión pendiente en que están interesadas Colombia, Panamá, su antigua provincia, y los Estados Unidos. Para tratar el punto, siendo uno colombiano, cuando el modo de ver las cosas discrepa de la concepción pre-establecida por lo que se cree que es el verdadero patriotismo, se necesita, no tanto haberse echado el alma á las costillas, sino haber aprendido que la vehemencia rufanesca ó atildada no merece ser tomada en cuenta (lo que también conviene no olvidar en muchos otros casos y cosas colombianas).

Colombia fué víctima de un atropello ineficaz, vil é hipócrita; Panamá fué separada, — eso de que se separó es música celestial — los Estados Unidos son responsables de toda la labor proterva de la que resultaron la república panameña, la zona para el Canal bajo el dominio yanqui, la ley de preferencias, las fortificaciones y todo lo que ya se verá en los capítulos inmediatos de la historia contemporánea.

Colombia no ha reconocido el hecho cumplido de la separación: es decir, no ha reconocido su existencia

EDITORIALES.

LA PAZ AMERICANA Y

EL LITIGIO COLOMBO-PERUANO.

legal y legítimada; no se han definido los límites con Panamá, por esa misma razón. Colombia, firme en su derecho, pide que los Estados Unidos sometan todo el para ellos bochornoso episodio, á un tribunal de arbitramento. Los Estados Unidos no han accedido. Los Estados Unidos no accederán jamás, y eso, entre otras, por una razón muy sencilla, porque ante cualquier tribunal de arbitramento que mereciera tal nombre, ellos quedarían vencidos y obtendrían título de falsadores premeditados de su palabra empeñada.

Lo ideal, lo noble, lo hidalgo, sería naturalmente, que aun así, ellos, fuertes más allá de toda comparación con su víctima, se sometieran á la sanción de la justicia y resarieran su delito en lo posible. Así no ha procedido jamás pueblo alguno en circunstancias análogas, y para que tal cosa suceda, según va el mundo, será preciso que pasen algunas decenas de miles de años después de las calendas griegas. Pedir eso, ó cosa parecida, es pedir lo imposible. Lo primero que á Colombia le importa decidir es, si como nación y en cuanto á ella propia atañe, le es dado y consulta sus legítimos intereses, el pedir lo imposible. Este sería, *mutatis mutandis*, el dilema de quien, habiéndose trazado una vía, la hallara cruzada por un muro de granito: desviar ó romperse la crisma. La analogía, empero, flaquea en un punto esencial: en la diferencia fundamental que existe entre lo individual y lo colectivo. El individuo es muy dueño de su criterio y de su crisma; si le place, ó le parece justo estrellarse, allá él. El criterio aplicable á la colectividad tiene que ser muy distinto: á las naciones se les considera inmortales, aunque en la verdad de las cosas, ellas también perecen. Su vida viene de los siglos y va hacia los siglos; no hay ni acierto, ni pericia, por alegadas razones de dignidad ó de patriotismo — que en definitiva no son tales si faltan el acierto y la pericia — en querer encerrar dentro de moldes estrechos, aceptables y hasta preconizables para el individuo, los destinos inmortales — como queda explicado — de una colectividad que hoy puede ser la vencedora y mañana la triunfadora, si se le conservan sus elementos de vida.

Esto es decir que el criterio emocional que preconiza para Colombia la actitud de dignidad ofendida é irreductible ante la fuerza brutal, meritoria de parte de un colombiano ante un yanqui, es perverso, como lo es todo lo inarmónico, en tratándose de nación á nación. Y más que perverso es peligroso, como un incendio ó una inundación. Si no hay arreglo, mañana se dirá que el límite sur de Panamá siempre fue el Carchi. Se arguye que un nuevo tratado sería violado como el que ya lo fue. Peor sería no tener, ó no haber tenido tratado alguno. Y no es á los débiles á quienes incumbe anticiparse á proclamar como único resultado de la vida, el triunfo absoluto é infalible de la iniquidad. Esas traiciones á los ideales aparecen mercedamente la catástrofe.

* * *
En el *veldt* sur-africano, después de tres años de batallar, los jefes *boers* se reunieron en consejo. Ni su ánimo ni sus municiones se habían agotado. Eran los mismos campesinos guerreros, provistos de una teología muy anticuada y una artillería muy moderna, que dijo Conan Doyle, en su historia de aquella contienda egregia. De Wett, Botha, La Rey, Hertzog, todos los sobrevivientes estaban allí, y con ellos el espíritu de sus muertos gloriosos. Podían continuar la guerra; la situación de Inglaterra empezaba á ser precaria; andaba ya por el mundo un rumor de protesta cólera, heraldo acaso de una tempestad redentora. Todo eso aconsejaba la continuación de la guerra.

En los campos de concentración perecían las mujeres y los niños. En esas infames prisiones de no-combatientes, de que Cuba también fue víctima, perecía la raza. Los jefes *boers* decidieron hacer la paz; la razón colectiva privó sobre el sentimiento individual. Todo otro proceder hubiera sido monstruosamente inhumano. Colombia debe pactar; como nación, ella no muere; la actual generación no tiene el derecho de envolver á las que vienen en pos de ella, en sudario de sus propios justísimos enojos. En otra ocasión he hablado tal vez en estas mismas columnas del ejemplo insospechable de los jefes *boers*. Hay veces en que las repeticiones son oportunas.

HISPANO.

LA PAZ AMERICANA Y
EL LITIGIO COLOMBO-PERUANO.
L A causa de la paz es, debe ser hoy más que nunca, solidaria en la América latina. Ante el peligro exterior, agravado por la falta de orientación en nuestra política interna; en presencia del estado embrionario de nuestra vida ciudadana, impónese la cordialidad y la armonía en las relaciones internacionales entre las naciones sud-americanas.

A falta de otras razones suficientemente poderosas para que este propósito cristalice en la conciencia de los hombres, desde Méjico hasta el Plata, el instinto de la propia conservación debiera bastar, por sí sólo, para que, merced al olvido de agravios y rencores, se buscasen soluciones humanas y leales á todo conflicto, á toda diferencia.

Los arranques de entusiasmo patriótico son muy laudables. Los pueblos que no vibran al calor del sacrosanto culto á sus tradiciones y al pabellón que las simboliza, no merecen un sitio en las cartas geográficas. Abyección y servilismo son vocablos ignorados en el vernáculo de las naciones. Todo ello es muy cierto; pero el decoro, el honor y la equidad no andan reñidos entre los países — como no lo están tampoco entre los hombres cultos — hasta el extremo de hacer imposible todo arreglo, civilizado y perdurable, de las cuestiones que entre ellos se suscitén.

Las soluciones que la fuerza alcanza no pueden propiamente llamarse soluciones, no dan remate á conflicto alguno por modo definitivo. La sangre fenecida el odio entre los pueblos; de ello ofrece ejemplos infumeros la historia. Todo buen francés guarda, en lo más recóndito de su corazón, el amargo recuerdo del 70, aunque no le tocara vivir en la época de la guerra franco-prusiana; y piensa en la revancha, entrevista en sueños de esperanzas y de glorias.

Il faut toujours y penser et n'en parler jamais.

Pero el odio es monstruo que se extingue si, en vez de alimentarlo con las represalias y la intransigencia, se libra con él la batalla pacífica en el terreno de la lealtad y de las mútuas concesiones. Mas si los conflictos se resuelven como ahora quinientos años hubo de resolverse la contienda entre turcos y sérvios y búlgaros, ó como está para resolverse en el momento actual entre los mismos turcos y los países balkánicos, el odio tenderá á eternizarse, constituirá un legado, transmitido de generación en generación, en sucesión interminable. El vencido de hoy, será el vencedor de mañana; el usurpador de ayer, será el despojado de hoy; perderá el fruto de la victoria por más que la razón le haya asistido, por más que la justicia de su causa haya centuplicado sus fuerzas.

En política nada tan cierto, — sobre todo en política internacional, — como aquello de que cada día trae su afán. Sobreentendido está que la dificultad diaria trae también consigo, buena ó mala, alguna solución.

No creo en los aprestos bélicos, no creo en los medios violentos, como remedio saludable para las dificultades existentes entre Colombia y el Perú, con motivo de sus cuestiones de límites, á que en concreto quiero referirme. Opino que esos aprestos y esos medios son más perjudiciales que el mismo mal que con ellos se intentara corregir. No harían ellos perdurable la paz; pero ni siquiera la cordialidad entre estos dos pueblos. La solución de *facto*, así obtenida, sería germen constante de malestar en la América latina.

Es consolador, por tanto, para los espíritus pacíficos, — y doy á este hecho toda la importancia que tiene, — observar cómo se están desenvolviendo los acontecimientos en Hispano-América en lo que dice relación á sus querrelas. A mediados de 1911 creíase inevitable un conflicto armado entre Chile, el Ecuador y Colombia para vengar agravios peruanos. El *chauvinismo* colombiano apedreaba entonces la Legación del Perú en Bogotá; el *chauvinismo* peruano, á su turno, insultaba la bandera de Colombia. La prensa de este último país acusa al Perú de deslealtad, de falta de honradez internacional, de violación de la fe pública, de que se niega á someter el litigio de límites á un arbitramento. A su vez, la prensa peruana hace análogos cargos á Colombia. ¿De qué lado está la razón? Sin otra luz que la del patriotismo, — y el patriotismo suele ser ciego, — yo diría, sin vacilar, y en efecto así lo digo, que la razón está del lado de Colombia. Un peruano, igualmente inspi-

rado, dirá lo contrario. Pero el criterio patriótico estrecho, que todavía es el que priva, como el de simpatía y de antipatía, no es el aplicable en estas *litis*. Solamente un tribunal puede dar la respuesta requerida; pero ni éste, ni nadie, podría, sin el completo conocimiento de los alegatos de ambas partes, fallar imparcialmente la cuestión. *A priori*, sólo podrá decir que entran ambas partes pueden tener razón, desde sus respectivos puntos de vista.

El punto debatido pide un tribunal que estudie las razones y los comprobantes en que cada parte funde su queja. Pero ese tribunal no ha de ser americano; y cuando americano digo me refiero tanto al Sur como al Norte del Continente. No ha de ser tampoco ninguna Corte europea. No debe ser americano: porque las repúblicas de América, — casi todas, — tienen en este particular intereses más ó menos directos. No debe ser árbitro ningún monarca ó jefe de Estado europeo: sabido es cuanto influyen en los laudos los banquetes, las melosidades, los subterfugios diplomáticos y las intrigas de todo linaje.

Colombia ha protestado siempre contra la actitud peruana. Transcribo las palabras recientes de uno de sus Senadores:

“Entre esas protestas están la del Dr. Manuel de J. Quijano, en 1866; la del Dr. Teodoro Valenzuela, en 1870; la de Don Jacobo Sanchez, en 1876; la del Dr. Tanco Armero, en 1890, y muchas otras más, ya contenidas en notas de Cancillería, ya en actos de dominio ejercido por medio de leyes, resoluciones ó decretos del Congreso ó del Gobierno.

Fue notable entre todas esas protestas la dirigida por el Dr. Santiago Pérez, Ministro de Relaciones Exteriores, á los Gobiernos del Brasil y de Bolivia, en nota de 26 de Enero de 1869, para reclamar contra las estipulaciones del tratado que esos dos países habían celebrado dos años antes (27 de Marzo de 1867), en cuanto se apartaban de la línea fijada entre España y Portugal, en el Tratado de San Ildefonso.

Cuando el Perú y el Brasil — decía el Dr. Pérez — ajustaron en 1851 un arreglo sobre límites de sus territorios, le cedió también la parte colombiana en el río Yavari y en la hoya del Caquetá, cesión que dio lugar á la protesta del Ministro granadino en Lima. El Brasil, en ningún tiempo, podrá considerar que, por la una ó por la otra cesión, Colombia ha consentido ni consiente en despojarse de sus derechos á esta parte integrante de su territorio.”

Quizá fue el Dr. Pérez el primero que alegó nuestros derechos territoriales al Sur del Amazonas, aunque, por supuesto, no lo hizo para la actual Colombia sino en cuanto coheredera de la primera República de ese nombre; pero sin desconocer que es el Ecuador el dueño de aquel espacio correspondiente á la Provincia de Mainas, incorporada en el Departamento del Azuay.

La tesis del Dr. Pérez no debe olvidarse cuandoquiera que el Ecuador, solo ó conjuntamente con Colombia, pacte con el Perú, en busca de un límite de conveniencia, obtenido por transacción, en que los sacrificios no pueden, naturalmente, ser de una sola de las partes.²⁹

El Senado de Colombia acogió esta conclusión del senador Uribe Uribe; de suerte que si Colombia pactara con el Perú, en busca de un límite de conveniencia, este límite se obtendría por una transacción en que las concesiones no serían, naturalmente, de una sola de las partes. Fue esa la tesis del Dr. Santiago Pérez — oportunamente recordada por el senador Uribe. Colombia no cierra, pues, la puerta á una transacción. Es de esperarse que el buen sentido internacional prevalezca también en el ánimo del Perú.

Y el único tribunal posible, el único que está por encima de toda pequeñez, de toda debilidad, es el Tribunal de la Haya. A ese tribunal deberían ir Colombia y el Perú con su demanda de justicia; á alegar cada cual ante él, en derecho, con lujo de razones y de pruebas; sin chicanas y sin escondrijos; á pedir que se haga luz plena en su controversia; con el compromiso solemne, adquirido ante ellas mismas y ante el mundo todo, de someterse con lealtad al fallo que haya de recaer sobre su causa. No es llevando los corceles colombianos á abreviar á las aguas del Rimac, ni los caballos incas á apagar su sed en las aguas del Magdalena y el Bogotá — según aconsejan los que se guían únicamente por un patriotismo sincero, pero equivocado, — como puede solucionarse definitivamente este conflicto.

Cuando de esta suerte se cree poner fin á una querrela, lo que en realidad se consigue es engendrar una más grave para el porvenir. El patriotismo suele equivocarse: Colombia empieza á preguntarse, ahora, si, ante las inexorables y brutales exigencias de la vida internacional, cuya orientación definitiva la dictan los intereses materiales, acaso no fue un error patriótico el no haber aprobado el proyecto de tratado Herrán-Hay. Para impedirle su aprobación, el Senado de la República habría tenido que violar la Constitución; y aunque las cartas fundamentales no han sido óbice para que mandatarios, parlamentarios y funcionarios de menor cuantía,

impongan su querer en algunas democracias hispano-americanas, en el caso concreto que me ocupa se optó por correr el riesgo de perder á Panamá antes que violar la ley fundamental de la República. El dilema es ponderoso en demasía, y sería temerario quererlo fallar de una plumada, como se saca el saldo de una resta aritmética. La prensa calificó de traidores, de vendidos al Gobierno yanquiandés, á los muy pocos que entrevieron la inminente pérdida del Istmo. El Senado colombiano ni siquiera consideró el proyecto de tratado, — calificado de expósito por el ex-Presidente Caro, uno de sus más autorizados voceros, porque el Presidente de la República no lo había firmado antes de enviarlo al Congreso. — Tres meses más tarde sobrevino la separación de Panamá, protegido el nuevo Estado *de facto* por el Gobierno de los Estados Unidos. Si el entonces Presidente de Colombia, y el Senado de la República, no hubiesen esquivado responsabilidades; si hubiesen tenido el valor de afrontarlas todas; si el primero hubiese estampado su firma al pie del documento que él mismo había iniciado por conducto de su Ministro en Washington, y el segundo hubiese pesado las consecuencias de su gravísima decisión, ó mejor dicho, de su indecisión, Panamá se habría salvado para Colombia. Los que entonces combatieron el proyecto de tratado Herrán-Hay — y declaro honradamente que fui uno de ellos, — pudimos cometer un error, patriótico evidentemente, pero un error que no justifica la conducta del gobierno de los Estados Unidos.

Hago esta reminiscencia histórica porque viene á cuento cuando de nuestra política internacional se se trata; porque tan dolorosa experiencia enseña que no es posible aplicar siempre á las cuestiones internacionales un criterio estrictamente legalista, cuando á una de las partes le sobra poder ó le falta buena fe, ó entran ambas cosas.

En el reciente conflicto armado entre la alianza de los Balcanes y Turquía, nadie volvió á hablar en Europa, después de la batalla de Lullu-Burgas, del *status quo*, considerado hasta entonces como inalterable por las potencias, á pesar de que se alega que Turquía no cumplió nunca sus promesas á los aliados. El tan decantado *status quo* puede decir, en el papel, y en los colores del mapa, que los turcos ejercen la hegemonía, que los límites de la Turquía europea son los señalados en tratados y convenciones; pero los hechos dicen ahora, con la elocuencia de los cañones, que Servia ha recuperado á Uskub, su antigua capital; que Macedonia conquista su autonomía; que una serie no interrumpida de triunfos ha venido á trazar, por la línea de Chataldja, á pocas millas de Constantinopla, el nuevo lindero entre musulmanes y cristianos. Si alguien hablase ahora del *status quo*, caería en ridículo.

Cuando los pueblos no tienen la sensatez que la solución pacífica de sus controversias limítrofes, ó de cualquier otro carácter, demanda, el derecho necesariamente parece á manos del más fuerte, del más hábil ó del menos escrupuloso. Ocorre entonces, — como lo registra la historia — que los Estados Unidos violan el Tratado celebrado con Colombia en 1846 y se apoderan del Canal de Panamá; que el *status quo* europeo queda hecho pedazos tras una asombrosa lucha de cuarenta días. Colombia pudo haber evitado lo primero; los jóvenes turcos pudieron haber conjurado lo último si el Gobierno de los *hombres nuevos* no hubiese fracasado allí como ha fracasado en otros pueblos.

En el caso de la controversia de límites entre Colombia y el Perú, la primera ha sostenido siempre, y acaba de declararlo una vez más por boca del Senador Uribe, “que sus derechos á las regiones amazónicas se fundan en las reales Cédulas de 27 de Mayo de 1717 y 20 de Agosto de 1739, que erigieron el Virreinato de Nueva Granada. Esos títulos primitivos no podemos repudiarlos ni prescindir de ellos. A la Cédula de 1802, de carácter provisional ó transitorio, le negamos valor jurídico, como de desmembración territorial ó como título valedero y fehaciente de jurisdicción, pues esencialmente se propuso proveer al Gobierno espiritual para la catequesis de los indígenas, lo cual, en el foro civil y político, no implica agregación de territorio.”

“Así en sus consideraciones como en su parte resolutoria, la Cédula no habló sino de Gobierno administrativo, de Comandancia General en lo militar y de erección de un Obispado sufragáneo de Lima, pero en parte alguna habló de segregación territorial, ni de alteración de límites; es decir, que no fué ley de división territorial, sino una

disposición del soberano en cuya virtud reunió accidentalmente á la administración del Virreinato y del Arzobispado de Lima, el gobierno, el mando militar y la dirección religiosa de Mainas, con el único fin de mejorar la administración de esas regiones. No existe ningún acto regio del soberano español en que tácita ni expresamente derogue, reforme ni invalide la real Cédula de 20 de Agosto de 1739, que fue la que demarcó la jurisdicción territorial entre los Virreinatos de Nueva Granada y el Perú; y es bien sabido que promulgada una ley de demarcación territorial, sólo puede modificarse por otra, expedida por la misma autoridad y con el mismo fin, pero no por una disposición de carácter transitorio, subordinada á circunstancias pasajeras ó temporales. La Cédula de 15 de Julio de 1802 no es título legítimo para que el Perú ocupe las regiones septentrionales del Amazonas, y mientras eso sea así, tal ocupación no puede considerarse sino como posesión ilícita ó como simple tenencia. Desechada la Cédula de 1802, ó patentizada la inexactitud de su interpretación, en el sentido de cambio de la demarcación territorial, sólo queda en pie como vigente en 1810, y por consiguiente como base del *uti possidetis* de ese año, la Cédula de 1739.

“Realizada la emancipación, se proclamó y aceptó por las nuevas Repúblicas el principio del *uti possidetis juris* de 1810, como base de su delimitación territorial; esto es, convinieron tácita ó expresamente en garantizarse la integridad de sus respectivos dominios, según los hubiesen poseído hasta ese año, conforme á las disposiciones de los monarcas españoles al erigir cada Virreinato, Capitanía General ó Presidencia, que hubiese venido á ser Estado Soberano, incluyendo desde luego los antecedentes relativos al descubrimiento, conquista y ocupación verificadas durante todo el período de la dominación peninsular.”

Las constituciones y las leyes de división territorial expedidas en Colombia desde el Congreso de Angostura, en 1819, hasta la Carta de 1886, que rige hoy en el país, se han ceñido al *uti possidetis* de 1810 en lo relativo á los límites con las naciones vecinas. Todo ello está bien en el papel; y, como colombiano, mi convicción es la de que Colombia tiene razón en esta *litis*. Pero es el caso que, á pesar de todo esto, el peruano no piensa como pensamos en Colombia, ocupa territorios que nosotros creemos nuestros, y cada día hace nuevos avances en territorio disputado.

La violencia no engendra derechos; una demarcación territorial, establecida en una ley, puede cambiarse por un acto de violencia, como el que yanquiandía ejecutó con Colombia, ó por actos de usurpación, como el de Austria respecto de Bosnia y Herzegovina, ó el de Italia respecto de Trípoli; pero esta manera de adquirir derechos es una forma rudimental y salvaje en todo caso, y más si se la compara con la solución obtenida por medio del fallo de un tribunal como el de La Haya.

Este mal ejemplo de la política del despojo es precisamente el que no debemos seguir en América. El Perú se apoya en la Cédula de 1802, que juzga título muy importante, de mayor valor que la Cédula de 1739, en que funda Colombia su derecho. La división territorial consagrada por el *uti possidetis* de 1810 es — en el concepto de algunos — una división arbitraria basada en lo que sobre el particular había hecho España, sin el conocimiento de la topografía, las condiciones, necesidades é intereses de cada una de las secciones en que estaba dividida la América en tiempos del dominio peninsular. Como el dueño era un solo soberano — dicen los que así piensan — lo mismo le daba una subdivisión que otra, como es igual, para quien tiene cinco duros, llevarlos todos juntos en un solo bolsillo, que guardárselos, distribuidos, entre los varios bolsillos de su traje. Al monarca español una división territorial cualquiera le era indiferente; cuestión de mera fórmula.

Si no ocurriera esta disparidad de opiniones, no habría controversia entre Colombia y el Perú, lo que sería muy grato para quienes alcanzamos á entrever en lo futuro males irremediables si se pierde de vista que la causa de la paz es, debe ser hoy más que nunca, solidaria en la América latina. La región disputada es muy valiosa, muy extensa, despoblada casi en su totalidad. En ella habría campo para las incontables muchedumbres, faltas en el Viejo Mundo de suelo y de sol. La evidencia de lo que digo se ha hecho patente con la resonancia que ante el mundo civilizado han tenido los territorios disputados con motivo de los

horrores cometidos en el Putumayo por la Peruvian Amazon Company.

¿Por qué no han de llegar á una solución de amigas y de hermanas, estas dos naciones, cuya sangre corrió confundida en la lucha titánica de su independencia nacional? ¿Por qué no han de llevar su litigio al tribunal de La Haya, y en el terreno de la equidad y de las mútuas concesiones poner fin á una diferencia que, — si lo que Dios no permita — hubiese de ahogarse en sangre, tan sólo vendría á hacer más profunda la herida, más implacables y tenaces los odios? La guerra traería la intervención, y entre ir voluntariamente á La Haya, ó tener que someterse á un árbitraje impuesto por los Estados Unidos, no caben vacilaciones.

Colombia puede hoy repetir, ante el Tribunal de la Haya, aquellas palabras del Libertador, pronunciadas cuando marchó con Sucre y un ejército de seis mil colombianos á liberar al Perú, á sellar con las batallas de Junín y de Ayacucho la independencia peruana y la de toda la América española: “Colombia, — dijo Bolívar entonces, — no pretendo un grano de terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fincan en conservar la libertad para sí y en dejar independencia á sus hermanos.” Bien puede Colombia hablar ahora, como entonces hablara por boca de Bolívar, porque no reclama, no pide, no pretende, nada que no estime suyo en justicia y en derecho. Y el Perú no debiera olvidar, no debiera haber olvidado, que Colombia es la última nación del mundo cuyos derechos puede desconocer: tiene contraída con ella una deuda impagable de reconocimiento y gratitud. ¡Cuánto se simplificaría esta cuestión si el Perú, — inspirado en los mismos sentimientos fraternales y justicieros, — declarase solemnemente que “no pretendo un grano de terreno de Colombia, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fincan en conservar la libertad para sí y en dejar independencia á sus hermanos!”

Es incomprensible que Bolívar y Sucre, — quienes tuvieron en sus manos el arreglo de estas diferencias, y por ende la consolidación de la paz y de la cordialidad entre los dos países, cuando, después de Ayacucho, ejercieron en el Perú la dictadura, el primero, y el mando militar, el segundo, — nada hicieran en ese sentido. Varios años pasó el Libertador en Lima, y es en verdad difícil creer que la nube que ya empezaba á ensombrecer el horizonte escapase á su visión y á su genio. Pero, como acertadamente dijo un historiador colombiano: “El Perú fue más funesto á Bolívar que Cápua lo había sido al vencedor en Cannas.”

Más tarde, en 1829, Sucre venció á los invasores peruanos en el Portete de Tarquí; pero no quiere, ó no sabe, aprovechar la victoria é imponer condiciones de paz que hubieran puesto fin á la controversia sobre la soberanía de Colombia. ¡La misma imprevisión de 1824!

Si existe un medio de obtener un fallo decoroso, de evitar un conflicto sangriento entre dos pueblos que en los albores de su vida nacional se inspiraron recíprocamente en sentimientos fraternales, hasta el punto de que el uno pedía al otro, á sabiendas de que no le sería negado, el contingente de su valor y de su sangre para nacer á la vida libre y soberana, y éste daba á aquél, generosamente, auxilio eficaz y la vida misma de sus hijos, — ese medio decoroso, epícteto, está en el sometimiento del litigio al Tribunal de La Haya. Porque aun cuando hay quien opine que el asunto está resuelto en instancia final, — haciendo memoria de la victoria de Tarquí, — por el éxito de las batallas, *ultima ratio* entre naciones, es el caso que los hechos dicen otra cosa: que los peruanos no tienen en cuenta ni el descalabro que sufrieron en Tarquí, ni el Tratado de Guayaquil, suscrito por los Plenipotenciarios de los dos países, siete meses más tarde, el 22 de Septiembre de 1829. En tanto que el Perú ocupe territorios sobre los cuales debiera Colombia ejercer soberanía, de acuerdo con los títulos que presenta, estaremos abocados á un conflicto. Si no se opta por la solución de La Haya, ó por cualquiera otra amistosa transacción, no queda otro camino que la decisión de la querrela por medio de las armas. El problema no puede ser planteado de otro modo; y todo lo demás es vana palabrería. Y de que los arreglos amigables son posibles, existen pruebas recientes: Entre Chile y el Perú hay ya un principio de acercamiento; ésta última nación y el Ecuador, según todo lo indica, acabarán por entenderse. Chile y Argentina estuvieron, en no lejano día, abocados á la guerra, y el sentido práctico internacional halló la fórmula de inteligencia decorosa.

Y aparte de que no sería fácil empresa para los peruanos

venir hacia el interior de Colombia, (1) ni para los colombianos avanzar al interior del Perú, uno factor de no escasa significación nos impide á los americanos del Sur decidir nuestras diferencias internacionales en los campos de batalla: ese factor es la intervención de los Estados Unidos, intervención que, con apariencias altruistas, lleva oculta, bajo su manto de expansión y de disimulada hegemonía en el Continente, el arma que en un momento dado puede esgrimir contra la soberanía de nuestros pueblos. Y ha de tenerse presente que no es esa la única fuente de peligro. Existen otras, si en la apariencia más lejanas, no por ello menos dignas de ser tenidas en cuenta. Ante los peligros que nos rodean — mucho más reales de lo que muchas gentes suponen — no hay Cédulas ni *uti possidetis* que justifiquen la matanza entre los hijos de América, matanza que comprometería su soberanía. La época es de acción, pero de acción civilizada: de acción culta y fecunda: de cordura patriótica que, en definitiva, entraña la única solución salvadora de los pavorosos problemas, internos y externos, que se ciernen sobre nuestras cabezas.

ENRIQUE PÉREZ.

LAS VICISITUDES DE UNA REPÚBLICA EN AMÉRICA.

LA frecuencia con que, de dos años á esta parte, los corresponsales de los periódicos de Londres envían despachos procedentes de Washington, respecto de una posible intervención de los Estados Unidos en los asuntos de Méjico, hacen recordar las rudas pruebas por que ha pasado esta última nación, que no cuenta más que noventa años de vida independiente, obtenida después de una lucha con la madre patria que duró más de diez años, de 1810 á 1821. En ese largo período de guerra por la independencia, fueron muchos los caudillos militares que surgieron y muchos los que, después del triunfo, se disputaron el poder. De allí siguió naturalmente otro período más largo todavía de guerras intestinas, de bancarrota y de desorden administrativo en Méjico. Sus vecinos del Norte formaban una nación ordenada, que le había precedido 36 años en la independencia, y, como se había previsto, trataban de extender sus dominios. La adquisición de la Luisiana no hizo más que abrirles el apetito en esa dirección. El Ministro de los Estados Unidos en Méjico, Mr. Poinsett, propuso al Gobierno de Méjico en 1825 y 1827, la compra del Estado de Tejas, y aunque insistió una tercera vez, Méjico se rehusó á la venta decididamente, visto lo cual por los Estados Unidos, hubo de adoptarse otro procedimiento.

Hacia el año de 1830, el americano Esteban Austin solicitó y obtuvo una concesión muy liberal para colonizar aquella vasta región, en donde la población mejicana era escasa. La colonia creció rápidamente, y debido á la distancia del centro y á la imperfección de las vías de comunicación, casi no tenía relaciones con el gobierno nacional, de modo que los vaivenes de la política interior no la afectaban. Vivía hasta con menosprecio de las leyes de Méjico, que prohibían la esclavitud allí introducida por los colonos tejanos.

Sin embargo, un cambio en la forma de gobierno, que se realizó en 1835, sirvió de pretexto á los colonos para rebelarse y proclamar su separación de Méjico, fundando una República independiente, con Samuel Houston como Presidente.

Méjico combatió á los rebeldes que parecían contar con recursos inagotables en hombres, armas y municiones. En 1843 se disponía á renovar la campaña de Tejas, cuando el Ministro de los Estados Unidos en Méjico, Mr. Shannon, protestó contra aquella "agresión," por estar pendiente, según decía, el asunto de la anexión de Tejas á su país, que tanto la anhelaba.

En efecto, al poco tiempo, los Estados Unidos reconocieron la independencia de Tejas, y el 12 de Abril de 1844 celebraron un tratado con la nueva República, en virtud del cual quedaba ésta anexada á la Unión. Tan inhumoral era la transacción, que el Congreso de los Estados Unidos reprobó

de pronto el tratado; pero, modificado en la forma, fue al fin ratificado por una mayoría de 22 diputados y 2 senadores.

Se dió además al nuevo territorio una extensión que nunca tuvo, llevando sus fronteras más al Sur de las efectivas del Estado de Tejas, de modo que hasta llegó á acusarse á Méjico de invasión de territorio. Con semejante provocación la guerra se hizo inevitable, y Méjico perdió la mitad de su territorio, de que se adueñaron los Estados Unidos. Hablando de esa célebre adquisición, el estadista americano Henry Clay se expresó en estos términos: "Hay erimenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la toma de Tejas por nuestros compatriotas tiene derecho á ese honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala."

No han sido los vecinos del Norte los únicos que han ensangrentado el suelo mejicano, con motivo de los disturbios que siguieron á la guerra de independencia.

Como España no reconoció la separación de Méjico sino hasta el año 1836, el Brigadier español Don Isidro Barradas concibió la idea de reconquistar la colonia en 1829, y con una escuadra provista de 4,000 hombres y una gran cantidad de armamento y municiones, se apoderó de Tampico el 27 de Julio de ese año, haciendo regresar sus barcos á Cuba para llevar otra división. En la costa de Huatuleco también desembarcaron á la sazón algunas tropas españolas. Pero obrando con prontitud, las tropas mejicanas dieron un asalto á Tampico, haciendo capitular á los españoles, que entregaron sus armas, se comprometieron á no volver á atacar contra la República y evacuaron el territorio.

En 1838, cuando el Gobierno mejicano se ocupaba en hacer preparativos para la campaña de Tejas, el Barón Deffaudis se presentó en Veracruz con diez buques de guerra franceses, exigiendo el pago de cierta cantidad de dinero por indemnización á ciudadanos franceses á consecuencia de los daños causados en las contiendas civiles. Sin negarse el Gobierno de Méjico á examinar las reclamaciones y hacer justicia, declaró que no podía entrar en negociaciones mientras permaneciesen en el puerto los buques de guerra franceses, lo que dió por resultado una declaración de guerra de parte del Almirante Bazoche, y el bombardeo de la fortaleza de San Juan de Ulúa, defendida por 1,100 soldados, contra 108 cañones de artillería que tenía la escuadra. Habiendo capitulado la fortaleza, desembarcaron las tropas francesas en Veracruz, y empeñado entonces el país en discordia civiles, hubo de celebrarse un tratado con Francia en cuya virtud Méjico se comprometió á pagar \$600,000. Uno de los reclamantes era un pastelero que pretendía habersele robado \$60,000 de pasteles. Pagada esta cantidad, así como otras reclamaciones probablemente del mismo género, todavía el Gobierno francés conservó durante varios años cerca de \$200,000, porque no había quien los reclamara.

Terminada la guerra civil suscitada por las reformas que introdujo Juárez en la Constitución de Méjico, sobre todo en el relativo á la abolición de los fueros eclesiástico y militar, y electo el reformador Presidente constitucional de la República para el período que comenzó el 1.º de Enero de 1861, Juárez entró al desempeño de sus funciones bajo los mejores auspicios, porque Méjico contaba entonces con el gobierno más fuerte, legal y respetable que jamás había visto, aunque á costa de crecidos sacrificios. Si el estado de las finanzas había hecho que se suspendieran los pagos de la deuda, el decreto relativo había sido derogado por su Gobierno antes de que se emprendiera ninguna acción militar contra Méjico, y el atentado de un general usurpador que se apoderó de cierta cantidad de dinero extranjero, había sido ampliamente reparado mediante la restitución que hizo el mismo Juárez, cuyo Gobierno era el único legal.

El clero, que había sido fuente de todos los trastornos y disensiones del país, parecía reducido á la impotencia.

El partido liberal, inspirado en las instituciones francesas, era el único iniciador de todas las libertades de Méjico, y de todas sus medidas salvadoras, es decir, de la libertad comercial y de la libertad de conciencia, del fomento de la agricultura, de la inmigración y de la colonización. Era el único partido que se había esforzado en proteger á los extranjeros, y muy especialmente á los franceses, á quienes siempre había dado muestras de predilección y simpatía.

El partido clerical, al contrario, no podía olvidar, ni mucho menos perdonar á Francia, la proclamación de principios contrarios á sus dogmas, y por un sentimiento de propia

(1) Acabo de leer un artículo, sobre este mismo asunto, suscrito por el distinguido colombiano Don Pedro Restrepo Uribe, y publicado en un diario de Medellín; me ha complacido ver que su respetable opinión concuerda con la mía. — N. del A.

conservación, se oponía á la inmigración, á la colonización y á todo roce con los extranjerios. Las restricciones puestas á veces al comercio eran obra suya.

En la imposibilidad, pues, de restablecer su poder por el sistema antiguo de pronunciamientos y de corrupción del ejército, el partido clerical cambió de táctica y buscó entonces el apoyo de las potencias europeas.

Por entonces, Napoleón III, que estaba en el apogeo de su gloria, se esforzaba por obtener la sanción internacional de la doctrina, que en su boca no era más que una ironía, respecto al derecho absoluto de los pueblos para elegir sus mandatarios, doctrina que había aplicado ya en la anexión de Niza y Saboya. Méjico, con todo el esplendor de su historia romántica y de su incalculable riqueza, se presentó entonces á su imaginación.

Napoleón, aprovechando aquel decreto de suspensión de pagos, y aquel atentado del General Miramón, quien más tarde debía ser el aliado del ejército invasor, emprendió, respecto de Inglaterra, las mismas gestiones que medio siglo después habían de emprenderse de nuevo por los ciudadanos de otro poderoso país, para no ir solo á la aventura de intervención en Méjico. Logró inclinár á esa potencia, no sin que Lord Russell hiciera ciertas declaraciones respecto á la sabiduría del principio de no intervención que era la norma de conducta de Inglaterra, aplicable especialmente al caso de Méjico, por las dificultades materiales de la empresa y por el recelo que habría de despertar en los Estados Unidos.

Si, ocultando cuidadosamente sus designios, Napoleón hizo creer á Inglaterra que no interpondría en los asuntos políticos de Méjico, la tarea respecto de la cooperación de España era más fácil, porque todo lo que tuvo que ocultar fué su candidato, para despertar no sólo la aquiescencia, sino hasta el entusiasmo. Se suponía, naturalmente que, al establecerse en Méjico un "orden sólido y regular" bajo una monarquía, el Príncipe que se tendría que colocar en el trono de Montezuma sería un vástago de la Casa de Borbón. Cuando se supo que el candidato no era otro que el Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, el entusiasmo desapareció y España declaró que todo lo que deseaba era la protección de sus nacionales y el restablecimiento del orden, y que en cuanto á la forma de gobierno, era asunto que sólo á los mejicanos correspondía decidir.

Con arduos é imposturas semejantes fué posible concertar una intervención en Méjico.

El 31 de Octubre de 1861 se firmó la Convención relativa en Londres, entre Inglaterra, Francia y España, una de cuyas estipulaciones fué la de "no ejercer en los asuntos internos de Méjico influencia alguna capaz de menoscabar el derecho que tiene la nación mejicana para elegir y constituir la forma de su gobierno."

La carta confidencial de instrucciones con que Napoleón envió al General Forey á la cabeza del cuerpo expedicionario, fechada el 3 de Julio de 1862, revela, por lo menos en parte, el móvil á que obedeció el iniciador de la aventura mejicana.

"No faltará quien pregunte," decía, "por qué vamos á sacrificar hombres y á gastar dinero para entronizar á un príncipe austriaco.

"En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no puede ser indiferente á Europa, porque de ella se alimenta nuestra industria y vive nuestro comercio. Nos complace que la República de los Estados Unidos sea fuerte y próspera; pero no cuadra á nuestros intereses que se apodere de todo el Golfo de Méjico, que domine desde allí á las Antillas y á la América del Sur y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Asegurado su dominio en Méjico y, por consiguiente, en la América Central, y dueño del paso entre los dos mares, no habría desde entonces otra potencia en América que la de los Estados Unidos. . . .

"Empeñado como está hoy día nuestro honor militar, las exigencias de nuestra política y los intereses de nuestra industria y de nuestro comercio nos imponen el deber de marcar sobre Méjico, de enarbolar allí nuestro pabellón, de establecer una monarquía, si esto no es incompatible con el sentimiento nacional del país, ó al menos un gobierno que dé garantías de estabilidad."

La escuadra española, sin esperar á las de sus aliados, salió de la Habana y desembarcó en Veracruz el 17 de Diciembre de 1861, ocupando ese puerto que había sido

abandonado, y el 7 de Enero de 1862 llegaron los buques franceses é ingleses.

Cuando se vió claramente el propósito deliberado que tenía Napoleón de cambiar la forma del gobierno republicano de Méjico y establecer una monarquía en favor del Archiduque Fernando Maximiliano, Inglaterra y España consideraron que la Convención de Londres había caudado, y así lo declararon sus comisionados el 9 de Abril de 1862, quedando por lo mismo rota la alianza.

Napoleón asumió entonces toda la responsabilidad de la empresa, y sus tropas fueron rechazadas un mes después en Puebla, lo que hizo que mandara refuerzos considerables para apoderarse de esa población á la vuelta de un año, el 17 de Mayo de 1863.

Juarez, que había permanecido en la capital, hubo de trasladarse entonces á San Luis Potosí, y sucesivamente al Saltillo y Chihuahua, abandonando esta última ciudad en Agosto de 1865, después de una lucha de tres años, para fijar su residencia en la población fronteriza llamada entonces Paso del Norte, donde permaneció hasta la caída del Imperio en 1867. Para conmemorar ese hecho histórico se ha trocado el nombre de esa población por el del gran patriota, y hoy se llama Ciudad Juarez.

Empeñados los Estados Unidos, al iniciarse en Méjico la intervención francesa, en una lucha gigantesca, no era de esperarse que prestaran ninguna ayuda á Méjico, no obstante el hecho de que la empresa napoleónica afectaba indirectamente á ese país, como aparece de la carta al General Forey. Pero las simpatías por la causa republicana de Méjico eran manifiestas allí como en toda la América. Sin embargo, el Gobierno de los Estados Unidos, sin desucilar la acción diplomática que tenía por objeto el retiro del ejército francés, estaba resuelto á observar una completa neutralidad, llevada á un extremo casi incomprensible, pues al paso que permitió que el General Forey, jefe del ejército francés, se proveyese de mulas y carros en Nueva Orleans y en Nueva York, prohibió la exportación de armas y municiones para las fuerzas republicanas de Méjico, sin que sirviera la estrategia empleada de ponerlas abordo de un buque que salía para Quebec, con el objeto de que de allí fuesen enviadas á Matamoros.

Para que el Ministro de la República en Washington no se forjara ilusiones con motivo de las simpatías por la causa de su país que eran manifiestas en la legislatura, en el pueblo y en la prensa, el Secretario de Estado, Mr. Seward, tuvo la precaución de advertirle que "no creía que los Estados Unidos tuvieran simpatías desinteresadas por Méjico, y que todos ó la mayor parte de los que hablaban de ayudar á los mejicanos tenían miras ulteriores de provecho personal."

Interesadas ó nó, las simpatías del pueblo de los Estados Unidos, lo mismo que las que se manifestaron en los pueblos de la América latina, así como la acción diplomática de aquel Gobierno, fueron una ayuda moral valiosa para Méjico en la lucha que entonces sostuvo por su autonomía, pero el resultado material fué obra de los denodados patriotas que derramaron su sangre en 1,020 acciones de guerra, de Abril de 1863 á Junio de 1867, costando la vida á 73,037 mejicanos sostenedores de la República, y en donde perecieron también 12,009 imperialistas mejicanos y 25,000 franceses.

En un período de 34 años de paz no interrumpida, la República de Méjico ha mostrado al mundo que es capaz de gobernarse á sí misma, de desarrollar sus riquezas, de proteger las empresas y de enriquecer á los extranjeros, mediante un gobierno que á principios del resurgimiento era tal vez el único que le convenía. Pero Méjico, para formar parte de las naciones modernas, necesitaba realizar progresos en el orden moral, y de allí resultó una revolución para crear un nuevo régimen que introdujo de hecho el sufragio efectivo, la libertad política y la libertad de la prensa. Era el complemento indispensable de la libertad de conciencia y de la igualdad legal de los ciudadanos que había implantado Juarez en 1857. Pero se han reproducido las condiciones de 1861, cuando Napoleón concibió el proyecto de intervención. Un gobierno fundado en la libertad y en la democracia, que debía inspirar las simpatías del mundo, y especialmente de sus vecinos, heraldos de la democracia y de la libertad, ha despertado la mala voluntad de un grupo de especuladores empedernidos, que, con pretextos más fútiles que los de Napoleón, quiere la intervención extranjera en Méjico, no para entronizar á un príncipe ni por razones comerciales, puesto que allí hay puerta abierta y ninguna

nación pretende disputar la supremacía de su comercio, sino por espíritu sórdido de rapina individual. Los 300,000 hombres y los varios centenares de millones de dollars que costaría la guerra, y el horrendo crimen internacional que ella significaría, nada les importarían á los especuladores, que son incapaces de empuñar un fusil, pero sí se apresurarían á recoger los beneficios de la conquista que es el verdadero significado de la intervención que preconizan.

AMERICUS.

INTERVENCIÓN EN MÉJICO.

THE *Outlook*, semanario londinense, tras en su edición del 28 de Diciembre último, el editorial que, casi en su integridad, traducimos á continuación, y que no requiere aclaraciones adicionales:

¿ES EL TURNO DE MÉJICO?

Al expirar su período presidencial, Mr. Taft está inclinado á dejar por lo menos una cuestión palpitante que ocupe la atención de su sucesor. El Presidente puede ser demócrata ó republicano, pero los rasgos sobresalientes de la "alta política" seguida por los Estados Unidos deben ser rigurosamente mantenidos. Se ha dirigido, pues, una enérgica nota al Gobierno mejicano, con la amonestación de que no puede permitirse que continúen los ultrajes á los ciudadanos "americanos" y la destrucción de la propiedad "americana," y con la exigencia preteroria de que ponga orden en su casa. Simultáneamente con el envío de esta nota, cierta prensa que tiene temperamento de hiena (*the jackel press*) que desempeña una parte importante en la política de los Estados Unidos, y que manifiesta una actividad siniestra respecto de los asuntos de Méjico, subraya la amenaza con la insinuación de que si el Presidente Madero da la única respuesta posible para el jefe de un pueblo independiente, la notoria conspiración contra Méjico que se ha llevado á cabo al otro lado de la frontera volverá á ser acometida, introduciéndose de contrabando á Méjico armas y municiones para beneficio de cualquier filibustero ó bandido, del país ó extranjero, que quiera hacer uso de ellas para el pillaje privado ó para la guerra civil, y los recursos de Wall Street auxiliarán, una vez más, á rufianes aventureros para que trastornen la paz de una nación amiga. La intinación no carece de lógica. Sin los pródigos auxilios suministrados por ciudadanos de los Estados Unidos, ningún movimiento revolucionario en Méjico tendría la más remota probabilidad de éxito. Ni siquiera podría comenzar. Falta todo: hombres, armas, dinero y una causa ostensible de disensión interna. Y sin embargo, el Gobierno mejicano se encuentra en la situación intolerable de ver claramente que sólo puede mantener el orden dentro de sus territorios mediante la buena voluntad — si se puede llamar así — de sus agresores que oficialmente piden que se supriman los desórdenes, al tiempo que individual y particularmente están prontos á bundir todo el país en el caos. Este nuevo acto de presión por parte de los Estados Unidos es solamente otro capítulo de una larga historia de continua conspiración contra la integridad y la independencia de Méjico. Fuera de la historia de los Estados Unidos, no se puede encontrar paralelo á la sublime hipocresía de una nación que fomenta los disturbios civiles en un país vecino, que al mismo tiempo se aprovecha de los desórdenes creados de esa manera como pretexto de coerción y acaso de intervención armada. Hacia el año de 1844, un pretexto falaz sirvió para una guerra que dió á los Estados Unidos parte de Arizona, Texas, Nuevo Méjico y California, en donde la enorme riqueza de los placeres de oro fué prontamente explotada. . . .

Un largo período de gobierno estable desde el advenimiento de Porfirio Díaz interrumpió la insidiosa campaña contra Méjico, y en las postrimerias del siglo pasado los Estados Unidos tenían entre manos negocios más inmediatos de la misma especie en otra parte del globo. Recientemente, sin embargo, la agitación se ha renovado, y desde hace algún tiempo todo incendiario, para quien Méjico ya no era un lugar seguro, ha cruzado la frontera á engrosar una banda siempre creciente de conspiradores que vizieron á descubrir en los Estados Unidos un deseo altruista de que Méjico, su país, fuera libertado de la tiranía de su gobernante establecido, así como protectores generosos de la obra libertadora. . . .

Destronada la tiranía, podría esperarse que se concediera á Méjico un período de descanso para llevar á cabo la tarea

de reforma y reorganización; pero, por supuesto, no podía haber tregua en las intrigas, fomentadas ahora por los más poderosos intereses periodísticos y financieros. Disturbios aislados, muchos de los cuales originados por causas comerciales, han proporcionado á los intrigantes una arma eficaz cuando la inventiva les ha fallado. . . . Ni Méjico, por atrasado que sea, ha salido ileso de la ola de intranquilidad económica y social que dejó huellas en nuestras hueltas del carbón y de los ferrocarriles, y en muchos otros deplorables acontecimientos respecto de los cuales nuestros vecinos no nos han hecho amonestaciones ofiosas. Ha habido derramamiento de sangre y destrucción de propiedad en Méjico, como en otras partes, pero no ha habido nada que justifique el casi diario relato de ultrajes con que la prensa de Hearst ha procurado inflamar la imaginación del pueblo americano y que son telegrafados con insistencia desde Nueva York y reproducidos en nuestros diarios. A falta de accesibles informes fidedignos respecto de los lugares de esos disturbios, que con frecuencia son desconocidos, la ficción hace las veces de hecho, y se ha creado así la impresión general de que Méjico es una hoguera revolucionaria y de que las vidas y las haciendas de los extranjeros están en inminente peligro. El Gobierno de los Estados Unidos no deja de cooperar á la creación del espantajo. Al principio del verano se anunció que se había enviado un buque á la costa occidental, con el objeto de recoger á los ciudadanos americanos desamparados. Se quiso hacer creer al mundo que las vías ordinarias de tránsito estaban obstruidas, y que ciudadanos de los Estados Unidos, despojados de sus bienes y sin hogares, estaban acampados en la playa esperando con ansiedad el ser rescatados. Cualquiera que haya sido el resultado de la expedición, es un hecho que las comunicaciones por correo con los Estados occidentales de Méjico eran entonces regulares y normales, y que los habitantes europeos de la región de que se trata se preparaban á hacer la visita eventual á los lugares veraniegos del Continente, con no más incertidumbre de una posible interrupción de su viaje que la de un londinense que se prepara á ir á Brighton.

Antes de que la guerra hispano-americana estallara, Mr. Hearst aseguró que él podía hacer que se declararan las hostilidades, y el resultado prueba que no se trataba de una vana pretensión. No parece que haya cambiado sus métodos. Emplea ahora, para crear una atmósfera anti-mejicana en los Estados Unidos y en Europa, precisamente los mismos medios que empleó con éxito para inclinar la opinión pública contra el Gobierno de España en Cuba. Los filibusteros de Key West, la Prensa amarilla, atrocidades y ultrajes, una situación intolerable y un Ejeutivo deseoso de asir un pretexto para vengar muchos años de intrigas frustradas y desaires diplomáticos, desfilan en el escenario casi con el mismo atavío. Sin darse siquiera el trabajo de ocultarse, se presenta el apuntador de Wall Street. El capital y el espíritu de empresa británicos fueron poderosos auxilios en la construcción de ferrocarriles y en el desarrollo de las industrias mineras de Méjico. Ahora los capitalistas británicos poseen decenas de millones invertidos allí en compañías públicas, sin mencionar empresas privadas ó casi privadas. El financiero americano celebraría mucho poder comprar esas posesiones al precio que él dictara, y si al capital británico se le puede intimidar hasta el punto de que se deshaga de ellas conforme á un avalúo de quiebra, tanto mejor para el americano. Ese es uno de los aspectos del juego. La conquista efectiva de Méjico imponría tales sacrificios, que ante ellos acaso se intimidaría el creciente apetito de ensanche territorial que se manifiesta en los Estados Unidos, pero un protectorado con la facultad de aplicar la táctica de extorsión al tratarse de concesiones, daría el mismo resultado. Si el Dr. Wilson decide combatir la combinación de la prensa amarilla y de los agiotistas, se presenciara una nueva era en la política americana, distinta del régimen de Roosevelt, pero Mr. Taft está haciendo lo posible por atarle anticipadamente las manos.

ARTÍCULOS GENERALES.

LA ANTÍTESIS DE LA FUERZA.

A PROPÓSITO del asesinato de Canalejas, refrescan algunos periodistas de Sud-América los temas un tanto descoloridos de la filosofía pernicioso y la literatura malsana y las ideas nocivas, engendro del espí-

ritu revolucionario. La fe de estas criaturas ejemplares en la eficacia determinante de ciertos pensamientos, lanzados en ediciones baratas á la circulación, nos transporta de un golpe á la edad de oro de la credulidad. Con la más edificante buena fe, se trata de inducirnos en la creencia de que si no se hubiesen propagado en las muchedumbres determinadas enseñanzas sobre el bien y el mal, la naturaleza humana habría permanecido exenta de aquellos desórdenes de la imaginación y de la voluntad que culminan de tiempo en tiempo en atentados sanguinarios contra los gobernantes.

Habrá quienes se inclinen á considerar estos exabruptos como otros tantos ejercicios inocentes de retórica reaccionaria, enderezados á reanimar el entusiasmo declamatorio y polemizante en las filas de un público entibado y olvidadizo de sus tradiciones áulicas. No hay que consentir tales ilusiones. Examinados á la luz de sus antecedentes propios, estos arranques oratorios suministran una revelación de valores psicológicos latentes que contienen todo el problema de una sociedad. En los pueblos de raza hispana, bajo el barniz artificioso de culturas opeadas que pugnan entre sí, se suele descubrir á escasa profundidad el inquisidor dispuesto á ajusticiar en nombre de la pureza del dogma ó de cualquier otra cosa, á todos los que no suscriban los artículos de la fe tal y como él los entiende.

Para todo efecto intelectual, aquellas sociedades no son sociedades, esto es, agrupaciones presididas por la competencia y la cooperación y propicias á la selección de tipos y de funciones cada vez más eficientes. Nada de eso. Su carácter verdadero es el de mecanismos chinoses, de ruedas y garfios humanos, propios para comprimir y mutilar y desfigurar al individuo, reduciéndolo á la condición de ente amorfo é inofensivo dentro del cuadro social. Nada más significativo á este respecto que el horror á las ideas manifestado en la prodigalidad de epítetos de que se valen allí los intérpretes leales del sentido popular para clasificarlas: Buenas y malas, nocivas, perversas, malsanas, peligrosas, etc., etc. Todo, menos lo único importante, que es la exactitud ó inexactitud de ellas. El criterio que preside á estas clasificaciones es obtuso y tortuoso al mismo tiempo: carece tanto de precisión como de probidad. La cuestión de que la tierra sea redonda ó plana, por ejemplo, es en sí misma indiferente para aquellas escuelas de charlatanes serviles y sofistas avelesos. Lo que importa es saber si convendrá que sea redonda ó plana, para rodear el concepto favorable de todos los sufragios y proscribir el concepto contrario como opuesto al orden y á la tranquilidad social.

La tranquilidad y el orden, convertidos así en finalidades empíricas de la conducta, suministran el pretexto más complaciente y elástico que pudieran apegar la intolerancia y la relajación. La doctrina de las ideas peligrosas, fundada en la asociación antojadiza entre ciertos delitos coetáneos con el mundo y ciertas enseñanzas de la era revolucionaria, echa raíces profundas en la imaginación de la plebe. En otros tiempos, cuando el mundo era más crédulo, se dió el caso de que los tribunales condenasen á una vieja acusada de haber provocado por artes de hechicería una tempestad en el mar. La ignorancia de las leyes naturales que permitía semejantes extravíos ha desaparecido. Pero la mala fe de los hipócritas y los filisteos reanima piadosamente los tizones de la hoguera y entrega los libros malditos á las llamas, mientras una crisis propicia le pone al alcance de las garras la piel de los réprobos del intelecto.

El secreto peculiar de estas, como de todas las aberraciones que se ciernen sobre el drama de nuestra evolución social, se encuentra, al profundizarlo, en una falsa actitud ante la vida y en una interpretación radicalmente errónea de los valores que determinan la pujanza y la dirección de ésta. No sería difícil demostrar, acopiando los testimonios respectivos en los más diversos campos, que esa actitud, en resumen, consiste en algo que pudiera llamarse el culto de la debilidad. Política, costumbres, educación, literatura, el arte mismo, tan sincero y tan franco y valeroso en los días de su esplendor, suministran indicios significativos de una tendencia malsana á eludir, por medio de subterfugios y sutilezas, la aceptación de las leyes de eficiencia, de vigilancia y energía que reclama, hoy como nunca, la naturaleza. Y como siempre y donde quiera que está ausente la confianza en sí mismos, los hombres y los pueblos multiplican instintivamente las ostentaciones

exteriores, simplemente teatrales, de la fuerza que les abandona. La disciplina desfallece, pero se ensañan y robustecen las atribuciones de la autoridad. Las costumbres se relajan, pero se prodigan las precauciones y sanciones de la moralidad. Las generaciones vegetan, entregadas por la inercia de los progenitores á la corruptela de los pedagogos, pero el programa de estudios se recarga y extiende sus ramificaciones por todos los campos del saber, y los diplomas y las recompensas enebren, ó presumen enebuir, la incompetencia de los educados. Y cuando un día cualquiera, en el pasaje más endeble y artificioso—ó en el mejor sostenido y cimentado—de esta farsa de naciones y de razas, recupera por un instante la naturaleza sus derechos y habla con su sinceridad temeraria por boca de la revolución ó de la huelga, entonces, en vez de aceptar con entereza la expiación necesaria y saludable, nos salen al paso los periodistas reaccionarios con el rostro desencajado pregonando la responsabilidad de los escritores impíos.

En la prensa de los Estados Unidos de América, donde revolotean habitualmente las avutardas más torpes de la trivialidad, se produjo una nota por lo menos de originalidad redentora á propósito del atentado contra Roosevelt. *The deed of a weakling*, fue la expresión afortunada de que se valió un escritor para designar la aventura. Esa palabra, *weakling*, revela toda una mentalidad, toda una psicología de mastín peleroso á quien no le perturban el sueño los gozques alarmistas de su barrio. Seguramente si la bala del lunático le pone fin violento á la carrera del ex-candidato, hubiéramos tenido también una explosión clamorosa de vulgaridades planíferas, con el estribillo, aquí y allá, de los libros delictéres y de las prédicas incendiarias. El miedo es de un mismo color en todas partes. Según pasaron las cosas, el populacho de Minneapolis diz que quiso lynchar al autor del atentado. El populacho (como también el público selecto) de los Estados Unidos, permanece fiel á sus tradiciones. No lo ilumina precisamente el espíritu volátil de aquel otro pueblo epigramático y sinuoso que explotaron en su época los demagogos atlentenses. Pero ha inventado los Winchester y los *six shooter*, y cuando manos aviesas é intemperantes se atreven con los demagogos que lo explotan y entretienen, su impulso más natural es el de colgar y arcibillar al malsín. La reacción final, como se ve, es análoga entre estos idólatras de la fuerza y aquellos hipocondríacos atormentados por el delirio de persecución de las ideas nocivas. Lo que no impide que entre la una y la otra mentalidad medie todo el abismo que hay entre la fuerza segura de sí misma, amante de la responsabilidad y dispuesta por tanto para la libertad, y el odio solapado y rencoroso por ésta y el horror instintivo por aquélla que acompañan á la sensación de ineptitud y de flaqueza propia. *La vie c'est le contraire de la mort*, escribieron los Enciclopedistas, esquivando con un golpe de dialéctica el más escabroso quizás de los problemas que han confrontado á la ciencia de la definición. Por un procedimiento análogo, y ciñendo más de cerca la realidad del problema respectivo, pudiera decirse que la debilidad es no solo la ausencia, sino la antítesis misma de la fuerza.

S. RESTREPO.

BOLÍVAR Y LA MONARQUÍA.

PUBLICÓ HISPANIA (número 10) la carta que Bolívar escribió á Campbell el 5 de Agosto de 1829, sobre el proyecto de establecer en Colombia el sistema de gobierno monárquico. Es de esa carta el párrafo siguiente:

“En fin, estoy muy lejos de oponerme á la reorganización de Colombia conforme á las instituciones experimentadas de la sabia Europa. Por el contrario, me alegraría infinito y reanimaría mis fuerzas para ayudar en una obra que se podría llamar de salvación y que se conseguiría no sin dificultad, sostenidos nosotros de la Inglaterra y de la Francia. Con estos poderosos auxilios, seríamos capaces de todo, sin ellos, nó. Por lo mismo yo me reservo para dar mi dictamen definitivo cuando sepamos qué piensan los Gobiernos de Inglaterra y de Francia sobre el mencionado cambio de sistema y la elección de dinastías.”

Para muchos lectores, el aparte transcrito expresa la opinión definitiva del Libertador sobre el proyecto de monarquía. No se oponía á la reorganización de Colombia conforme á las instituciones experimentadas de la sabia Europa, pero subordinaba su dictamen al apoyo conjunto

que al cambio de sistema y á la elección de dinastías dieran los Gobiernos de Inglaterra y de Francia.

“No cree Vd. (pregunta Bolívar á Campbell en la misma carta) que la Inglaterra sentiría celos por la elección que se hiciera en un Borbón?” La condición que el Libertador ponía para llevar á efecto el cambio del sistema republicano por el sistema monárquico no era fácil de cumplirse. Así lo demuestra la nota que el Ministro de Colombia en Londres, Fernández Madrid, dirigió al Ministro de Estado y Relaciones Exteriores con fecha 16 de Diciembre de 1829, inédita hasta ahora, y que en la parte pertinente dice así:

“Número 279. (Reservada). Harley Street. Legación de Colombia cerca de S. M. B.

“Le informé (á Lord Aberdeen) que el mío (el Gobierno de Colombia), después de una larga y seria meditación, se había convencido de que las instituciones monárquicas eran las más conformes al presente estado moral y físico del país, y las que más garantías prometen á éste de paz interior y exterior, tranquilidad y estabilidad; que la mayoría de los diputados para el próximo Congreso constituyente, que eran todos sujetos respetables y de influjo, opinaba de este modo, y que, por tanto, mi Gobierno contaba con encontrar en ellos la cooperación necesaria para realizar el proyecto, siempre que los principales Gabinetes de la Europa, y particularmente el de Su Majestad Británica, accediesen á él. Aquí me interrumpió el Lord Aberdeen, insinuándome que no comprendía bien qué era lo que se solicitaba del Gobierno inglés. Contesté que el de Colombia no ignoraba que la Nación tenía el derecho de cambiar sus instituciones políticas cuando lo creyese conveniente, sin necesidad de obtener para ello el beneplácito de los Gobiernos extranjeros; pero que con respecto al de Su Majestad Británica, nunca el de Colombia olvidaba la deuda de gratitud y deseaba, al adoptar una medida de tanta entidad, saber que ella no contrariaba en manera alguna los intereses y designios del Gobierno Británico, cuyos consejos y amistosos oficios se prometía el mío en tan gran negocio. Me contestó que, como me lo había expresado anteriormente, el Gobierno de Su Majestad, lejos de oponerse á que se estableciera en Colombia un orden político semejante al de este país, celebraría que se verificase esta reforma, por cuanto está convencido de que ella contribuirá al orden, y, por consiguiente, á la prosperidad de aquella parte de la América; pero que me repetía que el Gobierno inglés no permitiría que un príncipe de la familia de Francia cruce el Atlántico para ir á coronarse en el Nuevo Mundo. Le dije que nada ha resuelto hasta ahora mi Gobierno con respecto á este punto; que se necesitaba que el Libertador continuase encargado de la suprema autoridad durante su vida, y que el Congreso Constituyente confiaría problemáticamente al mismo Libertador (con el acuerdo del Senado que ha de establecerse) la elección del Príncipe ó Monarca que deberá sucederle. Yo sé, me respondió, todo lo que hay en este negocio; de que se ha tratado con un comisionado francés, y he leído una carta del General Bolívar en que habla del proyecto de llamar á un Príncipe de Francia. Repito, continuó, que la Inglaterra no lo permitirá, y para que Vds. se convenzan de que no hay concurrencia ni aspiración alguna por nuestra parte, declaro á Vd. igualmente que el Gobierno de Su Majestad no se prestará, aun cuando se le propusiese, á que fuese á reinar en la América española ningún Príncipe de la Real Familia. Le contesté, con el tono de franqueza y verdad que convenía para despreocuparle, que aunque yo no dudaba que se ha hablado entre los individuos del Gobierno de Colombia de las ventajas que pudiera ofrecer un Príncipe de la Casa de Francia, estaba, sin embargo, bien convencido de que nada se ha decidido sobre esto, ni se decidirá sin el acuerdo del Gabinete británico. El proyecto, me dijo entonces, me parece además irrealizable; él es demasiado vago é incierto para que pueda satisfacer á nadie. ¿Cómo es posible que ningún Príncipe de las grandes naciones de Europa aceptase un nombramiento que no podría llevarse á efecto sino después de la muerte del Libertador? Si se cree que la Monarquía es necesaria en Colombia, y que convendría un Príncipe europeo, llámese á éste desde luego; de otro modo, Vds. no pueden encontrar un individuo de las primeras dinastías europeas que pueda llevar consigo el lustre y consideración que se desean; encontrarán á lo más algún pequeño Príncipe de Alemania, con lo que poco adelante

Vds. Le contestó que si la conversión de la República en Monarquía pudiese ser obra del momento, el Libertador se aprovecharía de esta oportunidad para retirarse á la vida privada, á gozar en ella de la gloria que le han adquirido sus inmortales trabajos; pero que aquel tránsito sería hoy tan difícil como peligroso, y se ha creído, por tanto, deber prepararlo, empleando para ello el inmenso influjo del Libertador, y continuando éste al frente del Estado; de este modo se removerán los obstáculos que hoy se encontrarían, y se crearán los elementos monárquicos que hoy faltan, sobre lo que hice todas las observaciones de que V. S. se hará fácilmente cargo y que omito especificar. Convino en ellas el Lord Aberdeen. Pero, ¿qué necesidad, me dijo, tienen Vds. de hablar ahora de la sucesión ni de Príncipes europeos? Continuando el Libertador al frente de Colombia, sea durante su vida ó por un cierto número de años, podrán después resolver para lo sucesivo lo que sea más conveniente. En fin, me habló otra vez de la familia de España, y me repetió que si en Colombia se pensase en elegir á un individuo de ésta, el Gobierno inglés no opondría dificultad alguna al proyecto. Respondí que mi Gobierno no me hacía insinuación alguna sobre este punto; pero que si yo no estaba muy engañado, la opinión pública en Colombia era absolutamente contraria á los Borbones de España; que á S. E. el Lord Aberdeen no podían ocultarse los motivos de esta aversión.”

En la nota que hemos reproducido en parte resaltan dos ideas; la exclusión por parte de Inglaterra de un príncipe francés, la una, y la otra la permanencia de Bolívar durante su vida á la cabeza del Gobierno de Colombia. Esta última satisfacía plenamente al Libertador.

Era práctica de los Ministros diplomáticos de la Gran Colombia y de los altos empleados administrativos de las tres secciones en que estaba dividida, dar cuenta al Libertador-Presidente del curso de los negocios en que intervenían. La correspondencia con la Secretaría General es una de las más importantes fuentes históricas sobre los sucesos que ocurrieron en la época, y especialmente en los periodos en que Bolívar estaba ausente de la capital, donde gobernaba el Vice-Presidente Santander. Como Bolívar gobernaba también, esta dualidad de gobierno explica en parte las divergencias que sobrevinieron entre los dos.

La nota de 16 de Diciembre de 1829 confirmó á Bolívar en las ideas que sobre establecimiento de la monarquía, en particular sobre la elección de príncipe, había expresado en su carta de 5 de Agosto del mismo año (publicada por HISPANIA) al Coronel Patricio Campbell. “¿No cree Vd. que la Inglaterra sentiría celos por la elección que se hiciera en un Borbón?” Esta pregunta la contestaba Lord Aberdeen anticipadamente con estas palabras: “Inglaterra no lo permitirá.”

A la carta de la s.ª p.ª á Campbell siguió la nota de 22 de Noviembre de 1829, suscrita por el Secretario general del Libertador, que va á leerse, y que publicamos por primera vez. Dice así:

“República de Colombia. — Secretaría General de S. E. el Libertador. — Cuartel General en Popayán, á 22 de Noviembre de 1829. — 19. — Al Honorable Señor Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores. — Señor: En marcha de Guaranda á Ambato tuve el honor de recibir la importante comunicación reservada del Ministerio de V. S. fecha — de —, que condujo el comandante Austria; y en Patía, el fragmento de la nota oficial dirigida por el Conde Aberdeen, Secretario principal de Relaciones Exteriores de S. M. B., al Sr. Campbell, Encargado de Negocios, con fecha 8 de Agosto. Oportunamente he dado cuenta á S. E. el Libertador-Presidente del contenido de todas ellas; y no habría diferido su contestación á no ser por la dificultad de encontrar un conducto seguro. Mas restablecida felizmente la tranquilidad de estos Departamentos, y después de una seria meditación, S. E. me manda contestar á V. S.: Que juzga ya demasiado avanzados los pasos que el Consejo de Gobierno ha dado en el asunto más arduo y delicado de las sociedades humanas, y de cuyo éxito dependen todas las prosperidades ó todas las desgracias de la Patria; que por mi órgano se ha comunicado al pueblo colombiano y al Consejo de Ministros la resolución de S. E. de invitar á la Nación para que emitiese libremente su sentir acerca del régimen político que deba estatuirse, con la mira de que el Congreso cumpliera los deseos del pueblo comitente; y que siendo la naturaleza de este negocio enteramente opuesta á aquella resolución, y

puediendo parecer además una usurpación de las augustas funciones del Congreso, convocado para deliberar sobre la organización de un gobierno nacional; es, por tanto, el dictamen de S. E.:

Que se deje á aquel Cuerpo representativo de la soberanía toda la libertad necesaria al cumplimiento de sus altos deberes; y que la administración actual suspenda todo procedimiento que tienda á adelantar la negociación pendiente con los Gobiernos de Francia é Inglaterra.

Piensa el Libertador que su propia obligación, la del Consejo y la del pueblo colombiano se reduce á ilustrar simplemente al Congreso sobre los verdaderos intereses de la Nación; y hecho esto, someterse ciegamente á sus decisiones, como la única medida que puede convenir universalmente á todos los individuos y clases de la Sociedad. Por estas y otras muchas consideraciones, S. E. me manda protestar — como protesto, á su nombre ante el Consejo — que no reconocerá por acto propio de S. E. otro que el de someterse, como ciudadano, al Gobierno que dé el Congreso constituyente; y que de ninguna manera aprobará la menor influencia en aquel cuerpo de parte de la administración actual.

S. E., sin embargo, no deja de conocer al mismo tiempo, y aun de admirar, cuán grande ha sido el esfuerzo patriótico y el heroico valor con que el Consejo ha acometido, por el bien de la República, á una empresa tan arriesgada, y se ha empeñado en la negociación más peligrosa que puede ocurrir en los anales de un Gobierno. Por lo mismo, me ordena S. E. dar las gracias al Consejo de Ministros por este sacrificio que, si no obtiene un fin satisfactorio, puede ser la causa de los más crueles compromisos para los miembros que lo componen.

Con sentimientos de perfecta consideración, me suscribo de V. S. muy obediente servidor.

JOSÉ DE ESPINAR."

Tal fue el último pensamiento del Libertador Bolívar en la cuestión de la Monarquía en Colombia.

DIEGO MENDOZA.

LA QUÍMICA Y EL PROBLEMA SOCIAL.

COMO dijimos en nuestra edición de Enero, el mundo científico é industrial ha sido sorprendido en los últimos días con el anuncio de que la química ha llegado á obtener resultados prácticos en la producción de leche artificial. La química ha perdido ya la capacidad de obrar vivamente sobre el espíritu de las masas. De ello es responsable la prensa diaria, con sus vistosos anuncios relativos al específico nuevo con que se curan todos los males. El público no hace diferencia entre el productor de remedios secretos y el investigador que gasta su vida entre reactivos y retortas para robarle una mezuquina revelación á la naturaleza. Por eso el anuncio de la producción de leche artificial, que parece ser un hecho, ha dejado fríos á los del tumulto, á los destinados especialmente por las condiciones actuales de la vida á sacar ventaja de este maravilloso invento.

Además, resulta que el público ama demasiado lo maravilloso para dejarse abrumar por la realidad, ó siquiera para expresar sorpresa delante de ella. La fabricación de la leche no tiene de maravilloso absolutamente nada. Y para atraer la curiosidad pública, este procedimiento tiene el inconveniente de que para hacer la leche toman un producto natural que resulta contener sus más importantes elementos y está al alcance de todos.

Há tiempo que los hombres de ciencia dan por fácilmente soluble el problema de la producción artificial del alimento humano. Las principales dificultades no consisten tanto en el hecho de producir sintéticamente cuerpos orgánicos, sino en el costo del procedimiento. Tomando una vía media, los químicos han llegado á producir leche artificial barata. La leche es la secreción de una glándula, y como tal considerada imposible de reconstruir sintéticamente. Hay una última ley de la cohesión de las moléculas que, en tratándose de cuerpos orgánicos, hace imposible hasta ahora su producción, aunque se conozcan los elementos de que están compuestos y las cantidades que entran en la composición. La proteína que forma la base de la leche no se ha podido producir artificialmente. Las secreciones glandulares en el reino animal, así como las sustancias coloides en el animal y vegetal, han llamado imperturbablemente ante las interrogaciones de la química sobre el secreto de su formación. Un ejemplo de

la incapacidad de la ciencia son las relaciones entre el arroz y el *beri-beri*. Se ha descubierto que el arroz pulido, ó sea absolutamente desprovisto de esa especie de segunda corteza que le queda al perder el pergamino, causa, en quienes lo usan habitualmente, la temida enfermedad. Fue más lejos la sorprendente revelación. Cuando á los atacados de *beri-beri* por haber usado el arroz pulido, se les suministraban en otros alimentos los residuos de la operación de pulimento, desaparecía la enfermedad. Las dificultades para producir azúcar artificial, caucho y otras sustancias, tienen la misma base del interrogante no resuelto.

La proteína elemental de la leche no se ha podido producir; pero el problema quedaba soluble por uno de dos procedimientos: ó tomando una proteína de otra sustancia semejante á la de la leche, para usarla en la producción artificial de este alimento, ó tomándola una proteína distinta y modificándola hasta hacerla servir al propósito en mira.

El fruto de una leguminosa, llamada soja, ha venido á ofrecer la oportunidad de resolver el problema. Todavía se conservan secretos los procedimientos, pero de lo que han hecho varios químicos alemanes y de lo que está haciendo un chino en su instituto de reciente fundación en París, se sabe lo bastante para decir que el fruto nombrado es la base de la producción artificial de la leche, sobre lo cual hablamos someramente en nuestro artículo anterior.

Una vaca requiere á lo menos un acre (la tercera parte de una hectárea) para vivir en la plenitud de sus funciones. Del alimento que consume, solamente el 63% viene á convertirse en su propia sustancia. El resto lo devuelve á la tierra. Cinco por ciento del alimento total se convierte en leche, y como el rendimiento ordinario de una vaca son diez litros por día, resulta que se necesita un acre de terreno para producir diez litros de leche diarios. La soja abarata la producción, porque cultivándola y convirtiéndola en leche se obtiene de cada acre de tierra una cantidad 8 veces mayor.

La soja (Soja hispida) es una especie de haba muy aceitosa procedente de China y del Japón. El origen de su cultivo se pierde en la noche de los tiempos. Sus cualidades nutritivas, de mérito extraordinario, son conocidas de los europeos hace mucho tiempo, pero hay en el fruto un sabor áspero que lo ha hecho imposible para los paladares occidentales. No sólo es materia de gusto, aun parece que el hombre blanco no tiene fuerza digestiva suficiente para asimilarse esta sustancia. Su valor nutritivo puede juzgarse sobre el dato de que contiene 33 por ciento de materias azoadas, á tiempo que la carne de vaca ordinariamente no tiene sino 20 por ciento. Además, tiene sobre la carne de vaca la inmensa ventaja de contener solamente 10 por ciento de agua, en tanto que la carne encierra en su composición 72 por ciento del líquido.

En el Japón usan la soja, en forma de polvo, para mezclarla con arroz y dejarla fermentar. De esta fermentación resulta un caldo muy nutritivo usable en lugar del extracto de carne. La soja se recomienda como alimento para los diabéticos, á causa de la pequeña cantidad de almidón que contiene. Es fácil de cultivar, resiste á todo género de inelemeacias, y por medio de abonos artificiales sacados del aire se la puede producir en grandes cantidades con pequeño costo.

Según dice *Lancet*, ya los hombres de ciencia en Inglaterra han dado su opinión sobre la leche artificial producida en Alemania. Según ellos, tiene todas las propiedades de la leche, excepto la de producir manteca. Este inconveniente está compensado con el hecho de ser de más fácil digestión que la caseína y otras sustancias sacadas de la leche.

El procedimiento consiste en moler la soja hasta convertirla en polvo finísimo, para agregarle una cierta cantidad de agua. La mezcla se sacude en seguida por medio de máquinas de un movimiento rotatorio rapidísimo, con que se logra una reacomodación de las moléculas del fruto y una estrecha semejanza con la leche de vaca. El fruto es de una sequedad rara en las sustancias vegetales: se diría que le tiene horror á la humedad, y por esto la mezcla de sus moléculas con agua viene á constituir una completa transformación de sus propiedades aparentes.

Sometiendo el polvo á una alta temperatura y agregándole cierta sustancia, sobre la cual se guarda secreto, han logrado los químicos hacer desaparecer de la leche ese sabor áspero, con que la soja se ha defendido de la voracidad europea. La sustancia agregada tiene al mismo tiempo el objeto de darle color blanco al líquido artificial. En

suma, el procedimiento se parece á la digestión. Puede decirse que los químicos toman la soja, se la dan á una vaca de su construcción y esperan que por la digestión este animal de arteificio, acabe por producir la leche.

Esta y otras conquistas saludables de las ciencias aplicadas traen á la mente aquella opinión muy extendida sobre que la química y la mecánica están más cerca de resolver el problema social que todas las teorías y las asociaciones obreras. Cuando, por un procedimiento químico, se haya logrado sacar del aire los alimentos azoados, como lo profetizaba Berthelot entre chanza y veras, desaparecerán, dicen los augures de la última hora, la miseria primero y la inquietud social que es su consecuencia. El día en que la aviación y la aeronáutica nos habiliten para vivir en edificios suspendidos en el aire, como podemos vivir hoy en los ríos en casas flotantes, quedará resuelta la incómoda y amarga cuestión ligada con la posesión del suelo. Si podemos vivir en el aire y sacar de él todo nuestro sustento, la tierra perderá su valor como base de edificación y como elemento fundamental de los cultivos agrícolas. Los espacios destinados á la cría de las bestias para alimentar, con los horros del degüello, al género humano, quedarán libres. Libres quedarán las áreas edificadas y los campos cultivados, con lo cual ganará la riqueza nacional, al mismo tiempo que la higiene. Desaparecerá el peligro de la infección que producen los residuos animales y la fermentación inseparable del proceso germinativo.

Erráramos groseramente, sin embargo, imaginando que basta producir medios de subsistencia baratos sacados del aire, para eliminar la cuestión social. Lo indispensable sería que los medios de producción quedasen, por su baratura y sencillez, al alcance de todo el mundo. De otra suerte, la explotación de los no productores por los que producen esas sustancias continuará como hasta ahora, en una forma desapiadada. Poder sacar del aire pan, manteca y judías en la forma de píldoras y grajeas, ó acaso de glóbulos homeopáticos, será una cosa excelente; pero si para producirlos se necesita una maquinaria complicada y costosa, montada y explotada por el sistema del tanto por ciento y del salario en competencia de hambre, el capital se apoderará de estos medios para explotar, como hoy, á los consumidores. La absoluta igualdad será posible cuando el procedimiento para hacer un huevo sea tan barato y tan accesible á todos como lo es hoy la cocción de ese alimento. Nada significa poder producir el artículo barato. Las máquinas modernas producen hoy artefactos de costo insignificante, que el mercader ofrece á precios tan altos como puede obtenerlos del consumidor. Nada importa que la tierra dé frutos en abundancia y á precios ínfimos. Compárese el costo de producción de las frutas, los cereales, el café, con las sumas erogadas por el consumidor para procurarse estas especies, y se verá que no estaremos más cerca de resolver el problema social mientras la química no logre poner los medios de producción al alcance de todos.

La dificultad de la solución se agranda cuando aplicamos el raciocinio á la fatigosa función de prever. Es notorio que siempre resulta más barato el artículo producido en grandes cantidades, que el otro á que se aplica un procedimiento individual para producir escaso número. Esta dolorosa ley económica hará que los inventos de la química, aún promoviendo la baratura de la producción individual, siempre le dejen al capitalista la oportunidad de hacer artículo más barato que el de producción individual, y de explotar, como ahora, la ociosidad ó la codicia de los menos favorecidos.

El padre de familia, si para entonces no hubiere desaparecido esta curiosa especie vertebrada, se echará sus cuentas para decidir que, después de todo, comprando las esencias y precipitados alimenticios en una botica le salen más baratos que haciéndolos él mismo, sin tomar nota de que se ahorra mucho tiempo aplicable á la diversión ó simplemente al vicio.

De modo que será necesario que el Estado tome la dirección de estas cosas y reglamente la codicia y la pereza, así como ha reglamentado en Francia el culto público.

CONGRESO DE PANAMÁ.

LA Revista de Derecho, Historia y Letras, de Buenos Aires, en su número correspondiente á Diciembre, 1912, trae la primera sección de un estudio del Sr. Don Francisco Centeno, titulado *El Congreso de Panamá y la Diplomacia Armada de Bolívar*.

Ciertamente que el propósito del Sr. Centeno es de alto interés histórico, pues, según se nos dice, va á presentar los documentos, hasta ahora inéditos, de la actitud de la Cancillería de Buenos Aires cuando se negó Rivadavia al envío de plenipotenciarios al Congreso de Panamá.

Pero dicho historiador argentino inicia su estudio con conclusiones que están en completo desacuerdo con la verdad histórica, conclusiones que no pueden dejarse pasar sin inmediato reparo.

El Sr. Centeno dice que la idea del Congreso de Panamá fue inspirada á Bolívar por Montegudo; y luego establece que es un hecho que *San Martín fue el primero que tuvo la idea de que las nuevas Repúblicas se unieran para inspirar á la España el sentimiento de su importancia, y á los demás poderes el de la estimación y el respeto*. Apoya esta afirmación en la proclama de San Martín á los peruanos, fechada en Santiago á 13 de Noviembre, 1818.

Claro está que el Sr. Centeno ignora toda la bibliografía del Congreso de Panamá, pues ni Montegudo lo inspiró á Bolívar, ni fue San Martín el primero que de tal cosa hablara.

Las fechas son precisas en la cuestión.

El primero que habló de confederación de las varias provincias hispano-americanas fue el caraqueño Miranda, en su proyecto de Constitución para nuestra América, presentado á Pitt en 1790, documento importantísimo que nos tocó en suerte encontrar en Londres en los archivos de Lord Chatham.

Más tarde, 1809, después de los sucesos de Bayona, volvió Miranda á su proyecto de confederación hispano-americana en el nuevo proyecto de Constitución por él enviado á los cabildos de Buenos Aires y de Caracas, documento que tuvimos también la suerte de encontrar en los archivos coloniales de Inglaterra.

En Caracas habló la Suprema Junta, Abril 1810, de confederación hispano-americana, y Bolívar expuso, 1810, al Marqués de Wellesley, cuando estuvo en Londres y escribió la primera página de la historia diplomática de la América española, que las diferentes provincias de nuestra América se constituirían en una liga anfictiónica como la de los griegos.

En 1811 propuso el irlandés Burreke, en su escrito que publicó en la *Gaceta de Caracas*, constituir los *Estados Unidos de Hispano-América*.

En 1814 se confederó Venezuela con Nueva Granada, de acuerdo con el tratado de confederación firmado en Bogotá en 1811, y que no pudo ponerse en práctica á causa del desastre venezolano de 1812.

Esto en cuanto á confederación, pues en lo relativo á congreso americano, consta que Bolívar habló de ello en 1815, en carta escrita en Jamaica á un su amigo, en los días en que andaba, cual nuevo Ulises, recorriendo las islas del Caribe para regresar á Itaca. Copiemos un párrafo de dicha carta:

"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen á la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un angusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos é imperios, á tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración, otra esperanza es infundada, semejante á la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones."

Su concepción la mantuvo completa durante los seis años que siguieron, puesto que en 1821, constituida ya la férrea y gloriosa Colombia, é independientes todas las demás secciones hispano-americanas, invitó á éstas, por medio de plenipotenciarios especiales, á celebrar un Congreso diplomático en Panamá. El plenipotenciario enviado á Buenos Aires fue el Sr. Don Joaquín de Mosquera, quien se encontró con la mala voluntad del Ministro Rivadavia para entrar en una alianza con los otros nuevos Estados, pues él quería, por espíritu de egoísmo, tener las manos libres para entenderse con España, como lo demostró en 1823, y ello cuando Bolívar le invitaba á la unión continental para arrancar en bloque la paz y el reconocimiento de la in-

dependencia á España. El bloque boliviano era el actual balcánico en la cuestión con Turquía.

El Sr. Centeno podría consultar los archivos diplomáticos argentinos, donde, sin duda, existe la nota de la Cancillería de Bogotá haciendo la invitación, y entonces vería que para la época de su fecha Bolívar no conocía á Monteguido.

San Martín, que era ya Protector del Perú, aceptó la invitación de Colombia y firmó con ella un tratado de alianza, al igual de Chile y de Méjico.

Desaparecido San Martín, y dueño el caraqueño del Perú, después de la gloriosa jornada de Junín, volvió á su proyecto de congreso diplomático en Panamá. El 7 de Diciembre de 1824, desde Lima, pasó su célebre circular invitando á los otros Estados hispano-americanos á la Gran Dieta de Panamá. De ella son los párrafos siguientes:

“Después de quince años de sacrificios consagrados á la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya que los intereses y las relaciones que unen entre sí á las Repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Establecer aquel sistema y consolidar el poder de este cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros Gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo, calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras Repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

Si el mundo hubiera de elegir su capital, el Istmo de Panamá parece el punto indicado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el África y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin por los tratados existentes. El Istmo está á igual distancia de las extremidades, y por esta causa podrá ser el lugar provisional de la primera asamblea de los confederados.

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho político, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En ellos encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Como se ve, es el mismo pensamiento expuesto en la carta de Jamaica, el mismo estilo, el mismo juego de imágenes, donde no entró la pluma ni la inspiración del argentino Monteguido.

CARLOS A. VILLANUEVA.

¿QUÉ LE PASA Á ESPAÑA?

EL artículo del Profesor Miguel de Unamuno sobre “Dos Víctimas del Anarquismo” (1), es superior á toda alabanza por lo que se refiere á la belleza de expresión y á la clásica dignidad del estilo, y nos habríamos regocijado con su producción si la claridad de la frase se completara con una igual profundidad de pensamiento y una clara visión de las cosas y de la naturaleza del morbo anarquista, que, según el Sr. Unamuno, se extiende por donde quiera en la vida política española del tiempo presente. Pero temo que el Sr. Unamuno, si hemos de juzgar de su capacidad de emitir juicios sólidos en este asunto por los salientes lunares de su artículo, no tiene luz con que alumbrar el inquietante tema. Olvidándose de las leyes de la parsimonia, el Sr. Unamuno descubre toda una tropa de anarquismos pululantes en el suelo que dó al mundo los inmortales deleites de Cervantes. Es difícil contar el ominoso ejército de asesinos espirituales que salen horribles de la pluma creadora del Sr. Unamuno. Tenemos, verbi-gracia, el morbo anarquista que arma el brazo de un pobre Pardinas; en seguida el anarquismo de los latifundios, que piden mano dura, represión, dictadura, etc.; más adelante, y en tercer lugar, está el anarquismo oculto, que, según el Sr. Unamuno, sale á la superficie cuando araña uno á un conservador; en cuarto lugar, la quintuple bifurcación de este anarquismo en católicos, conservadores, liberales, y aun republicanos y radicales; y en quinto lugar, el más extraño de todos los anarquismos, uno nunca visto antes “ni arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra,” el anarquismo de la oligarquía anarquista conservadora, que, á diferencia de la mayor parte de los ejemplares del clásico morbo anarquista, alza su tienda en el Parlamento, y según todas las apariencias, ha establecido allí su vivienda. Este

monstruo de cabeza de hidra, con los atributos multiformes de Brahma ó de algún horroroso dios hindú, lleno de contradicciones grotescas y de caracteres inarmónicos, coge en sus seis pares de manos la espada de dos filos y asesina al Señor Canalejas y á Pardinas, al asesinado y al asesino. Se necesita el pincel dante-co de Gustavo Doré para representarnos en forma concreta la procesión ignominiosa de ideas incongruentes y de afirmaciones contradictorias que la prolijado gravemente la pluma del Sr. Unamuno para nuestra sorpresa, y sin embargo, al fin de su catálogo homérico, sabemos que ha sido éste el que ha matado á las dos víctimas, al degenerado mental Pardinas y al débil solitario Canalejas. Sería más fácil entender que una horrible criatura compuesta de tal amalgama de caracteres encontrados, hubiera cometido suicidio para desembarazarse del incubo de la existencia, antes de perpetrar un asesinato que no tiene significación.

Debo decir, entre paréntesis, que no tengo relación con el anarquismo, y que, aunque no soy un anarquista, puedo reconocer la manifiesta orientación moderna de algunas tendencias hacia el anarquismo en el aumento innegable de falta de confianza en el Parlamento como máquina capaz de procurar la salvación del género humano. Pero el reconocer una cosa no debe tomarse como identificación con ella, de otra manera algunos astrónomos serían cometas con suntuosas colas. Digo esto aquí y en esta ocasión, para que el Sr. Unamuno no vaya á inventar una nueva clasificación de anarquismo con el objeto de subvenir á las necesidades de mi caso. Y por lo demás, me permitiré señalar que los tipos multiplicados de supuestos anarquismos inventados por el Sr. Unamuno, no tienen existencia real. Desiguar la negligencia administrativa de los conservadores, de los liberales y de los radicales, su desprecio de la ley ó de la justicia y su falta de simpatía personal y política con las masas, como anarquismo, es una burda falta contra la propiedad de las voces y un voluntario oscurecimiento de diferencias que nunca jamás debían ser borradas ú obliteradas. El término anarquismo conservador ó anarquismo católico puede emplearse solamente en un sentido laxo, confuso é inatural, y la atribución de estos y de otros incongruos caracteres al anarquismo puede sóamente dar lugar á entenebrecer el pensamiento. Y este pecado de definición atropellada, causa más penacuando proviene de un escritor capaz, como el Sr. Unamuno, cuyo lenguaje es siempre un modelo de claridad. Uno podría, con el mismo fundamento, hablar de un cristiano ateo, ó de un negro blanco, que de un católico anarquista. El anarquista puede contemplar la pollada de anarquistas católicos ó conservadores del Señor Unamuno y decir: “á Bakounin le couvoze, á Kropotkin me lo sé de memoria, pero ¿quiénes sois vosotros?”

Dejando ahora este monstruo extraño en las manos de su creador, voy á asegurarle al Sr. Unamuno que yo no soy ni enemigo de Canalejas, ni amigo de Pardinas. He manifestado en un periódico inglés mis opiniones sobre la tragedia de la muerte de Canalejas. Dije, y quiero reiterarlo aquí, que el asesinato de Canalejas fue uno de esos actos misteriosos y sin sentido cuya causa determinante es muy difícil de descubrir. Con exactitud legal y matemática es posible eliminar sobre seguro al anarquista como el necesario *fons et origo* del crimen; ni la más leve evidencia ha salido á luz para quitarle al crimen su apariencia de mera venganza salvaje. Nada en verdad ha salido á la superficie para relacionar á Pardinas con el anarquismo, y ahí está Montjuich para decirnos, entre tristezas y lágrimas, qué oportunidades espléndidas habría ofrecido la demostración de esa parentía á los tradicionales abogados de la represión, en España. En todos estos casos en que la causa del crimen es reconocidamente misteriosa, el rastro que debe seguirse es el recomendado por aquel acucioso adagio latino *cui prodest* . . . etc. Las ventajas resultantes de la larga vida y dominio de Canalejas estaban todas en favor de los elementos políticos avanzados ó libre-pensadores, ó, para usar la designación del Sr. Unamuno, del elemento No-Dios, el elemento formado con el radicalismo anti-católico, anti-cristiano ó anti-religioso. Si alguna ganancia hubiera de derivarse del exterminio de Canalejas, ella redundaría necesariamente en beneficio del elemento conservador, reaccionario y supra-religioso, representado políticamente por Maura y simbólicamente por Montjuich. En verdad, con el pretexto de la muerte de Canalejas, los reaccionarios, los hombres más vitalmente opuestos á lo que el Sr. Unamuno llama en su manera retórica “la fantasmagoría ferrerista,”

(1) HISPANIA, 1.º Enero, 1913.

están ahora solicitando nuevas fuerzas de represión de la libertad de pensamiento en España. La conexión íntima entre los reaccionarios anti-ferreristas y los ferreristas, se hizo patente á todo el mundo en el caso de Rull en Barcelona en 1908, y este odioso caso, en que las bombas y la piedad religiosa iban del brazo, no debe olvidarse cuando quiera que, como en el asesinato misterioso del Señor Canalejas, encontramos á un hombre procedente de las filas avanzadas del partido liberal y de la política progresiva en España, eliminado por la mano de un asesino. En vez de divagar por los reinos de la fantasía para descubrir las razones que convirtieron á Pardini en el asesino de Canalejas, el Sr. Unamuno podía haber tomado en cuenta algunas circunstancias notorias que van contra su infundada teoría relativa á la inspiración anarquista del crimen.

Aparece, de papeles encontrados en el cuerpo de Pardini, que nació en Enero de 1880 en El Grado (Huesca); que su bautismo no tuvo lugar en esa fecha, que en efecto á él no se le bautizó sino en Setiembre de 1912. Ahora, es importante recordar que al propio tiempo que Pardini ingresaba al seno de la Iglesia, el gran baluarte, como nos dicen, contra el anarquismo, "La Defensa Social," que no está afiliada de ninguna manera á la "fantasmagoría ferrerista," y los partidos reaccionarios religiosos en España, estaban moviendo el cielo y la tierra contra la proyectada ley del cadavero, es decir, contra Canalejas y todas sus obras. Ni debe olvidarse que cuando el Supremo Tribunal de Guerra y Marina decretó la restitución de los bienes de Ferrer á sus legítimos herederos, la "fantasmagoría anti-ferrerista" echó en cara á Canalejas esta justicia, tardía satisfacción á los manes de Ferrer. El último acto público de Canalejas fue su negativa á ejercer el veto gubernamental sobre la gran manifestación para obtener la revisión del proceso Ferrer, que tuvo lugar en Madrid el día 10 de Noviembre. El Sr. Canalejas dió el permiso requerido para el mítin, y dos días después su asesinato conmovió á España y al mundo entero. Pardini, el neófito que acababa de nacer otra vez con su bautismo de Setiembre, y que en Noviembre 12 florecía como asesino del hombre de Estado tan vigorosamente odiado por la "fantasmagoría anti-ferrerista," es la última persona que podemos aceptar como un Aod moderno enviado por el anarquismo con una misión de degüello.

Por todas partes, en el hermoso artículo del Señor Unamuno, en que uno reconoce una sincera ansiedad porque España y los hombres públicos de España se esfuerzen seriamente por estudiar hasta el fondo las causas económicas del atraso de España, salta á la vista un continuo antagonismo con el nombre y la personalidad de Ferrer. Para la mayor parte de las personas que como yo miran con ojos de admiración y simpatía el genio de la raza ibérica, y se regocijan contemplando sus inmensas potencialidades como una fuerza cultural en el mundo, "la fantasmagoría ferrerista" que denunció la ejecución de Ferrer, llamando asesinos á los gobernantes del tiempo en que ella se cumplió, ha sido saludada como una de las pruebas más seguras del renacimiento moral é intelectual de España. Otra ganancia importante para España es que las expresiones mundiales de solidaridad internacional, despertadas por el caso de Ferrer, han servido para atraerla á un contacto más íntimo con el mundo exterior y para avivar la conciencia universal de la humanidad. Vituperar estas protestas (factores nuevos en la evolución moral del hombre) como violencia é insidia, es una torcida interpretación de uno de los signos más consoladores y más humanitarios de los tiempos modernos.

No menos grotescas, en verdad, son las palabras del Señor Unamuno cuando descubre "la triste rabia irreligiosa, el furor de la desesperación atea fuera y dentro de España con sus garras sueltas sobre un pueblo hambriento," es decir, el pueblo español. A esto se puede argüir cómodamente que las críticas de los extranjeros para con España, á que se refiere el Sr. Unamuno, pueden ser mal fundadas, y desprovistas de razón sus indicaciones de reforma, pero el atribuir bajos motivos de animosidad anti-española á estas críticas, no es ni justo, ni generoso. Ni hay mucha generosidad en la mal perjeñada sonrisa de desdén para con la solicitud de algunos españoles de espíritu amplio "para averiguar si estuvo bien ó mal fusilado un rico monomaniaco," que, según el descabellado argumento del Señor Unamuno, "puso el No-Dios antes que el No-Hambre." Como el Sr. Unamuno está completamente convencido de que es una buena cosa fusilar á los educacionistas es-

pañoles del tipo de Ferrer, no hay utilidad alguna en discutir con él respecto á una cuestión sobre la cual la opinión pública del mundo ha dado ya su veredicto; pero al menos permitásemos decir que, quien quiera que haya sido Ferrer y cualquiera que haya sido su carácter, tenía ideales y aspiraciones perfectamente diferenciables para que fuera un monomaniaco. Y no es una interpretación menos descabellada de todo el giro y carácter de su obra, decir, ó siquiera sugerir, que Ferrer miraba la cuestión del hambre, la cuestión social y todos los problemas relacionados con ellas, como de importancia secundaria. Evidentemente el Sr. Unamuno no conoce la espléndida serie de algo más de treinta y cinco volúmenes publicados por el "bien fusilado Ferrer" en relación con la Escuela Moderna, ni las ocho ó nueve publicaciones siguientes, incluso "El Hombre y la Tierra," de Reclus, dadas á la circulación en obediencia á las disposiciones del testamento de Ferrer. El desdén egoísta es más superfluo que el volúmen póstumo de Ferrer. "La Escuela Moderna," serie de capítulos autobiográficos de valor histórico y pedagógico, en que se exponen los principios de su otra de educación y se ofrecen incidentalmente muchas pruebas patéticas de sus vastas simpatías, ha refutado anticipadamente estos y otros cargos semejantes. A mí, que soy un mero inglés, me produce una especie de choque moral encontrar un hombre tan distinguido como el Sr. de Unamuno desplegando una repugnancia que no parece verdaderamente digna de un espíritu elevado, para con el espectáculo de sus conciudadanos interesados en una cuestión que ellos consideran de justicia y de derecho relacionada con lo que parece á muchas gentes el modo arbitrario y secreto que Maura adoptó para deslucarse de Ferrer en las trincheras de Montjuich. No solo de pan vive el hombre; el amor á la verdad, el ideal de la justicia humana, una impaciencia santa contra el error, no son menos esenciales para su mantenimiento como sér moral digno del pan que come y del nombre de hombre y de patriota que lleva.

Mi palabra final para el Sr. Unamuno, debe ser ésta: que si el pobre español sigue un consejo y elimina de su perspectiva mental y moral cuestiones de justicia política abstracta, y extrangula ó mata de hambre su imaginación, cuando se ponga delante del público la historia de un grave error político, no hay salvación social política, moral ó intelectual, para un pueblo como éste.

WILLIAM HEAFORD.

MR. LLOYD GEORGE.

REFIERE Mr. Lloyd George, — con esa jovialidad que lo caracteriza y hace de él un camarada irresistible, — la siguiente anécdota. "Por haber salvado á un individuo que estaba á punto de ahogarse, recibió el salvador pública felicitación por su proeza; después de los elogios del alcalde, invitado á tomar la palabra, dijo: En verdad, nada he hecho para merecer esta recompensa; vi á un hombre vencido por la corriente, y como no había otra persona por allí, comprendí que se ahogaría, si yo no le salvaba. En consecuencia, me lancé á nado hacia él; le miré bien la cara, para convencerme de que no era Lloyd George, y una vez que me convencí de que no era él, lo conduje á la orilla."

Nada de particular tiene esta anécdota, excepto su sabor humorístico. A donde quiera que uno vaya, oye malevolencias por el estilo; pero sin el "humor." No es posible escapar de ellas. Se las encuentra en todas partes: en el tranvía, en el tren, en el ómnibus, en la prensa, aun en el púlpito mismo. El amable médico que escribió á uno de sus colegas declarándole que cualquier miembro de la Facultad que recetase á Mr. George debiera ser despedido de la profesión, no hablaba en términos irónicos. Decía, simplemente, lo que él creía un deber solemne de su oficio. Lis plagas que afligen á la sociedad varían con las épocas. Unas veces fue la muerte negra; otras la viruela; ahora, Mr. Lloyd George! Lo significativo de todo esto es que, cuanto más corteses son los centros en que uno se mueve, más amarga es esta hostilidad. Escasamente puedo imaginar lo que sucede cuando duque y duque se encuentran, porque estoy, en cuanto á duques, en la misma posición de Disraeli cuando escribía sus novelas juveniles, con personajes grandes y nobles. "El hijo de David," dijo un admirador al viejo Isaac — dete conocer un gran número de duques." "Quer-

do señor, — respondió Isaac — me temo mucho que mi hijo no haya visto nunca un duque.”

Pero, en círculos más accesibles á los de un piso más bajo, el odio por Mr. Lloyd George ha venido á formar un estado de ánimo, una verdadera masonería, una especie de undécimo mandamiento, que sólo se diferencia de los otros diez en la constancia con que se le observa. Probablemente ningún otro hombre de Estado ha despertado sentimientos de enemistad más amargos en la llamada “Sociedad.” La buena señora, á quien se dijo, en unos funerales reales, que Gladstone acababa de entrar á la Iglesia, y observó que “ojalá no cometiera ningún acto indebido,” representaba, exactamente, el concepto en que tenía la alta *sociedad* al grande hombre. Había sido denunciado como “espía ruso”; se decía de él que era “un kleptomano;” ¿no tenía su esposa que seguirle, de joyería en joyería, y de plata, en almacén, para devolver las cucharillas de plata, é ir las sacando de los bolsillos del grande hombre con la misma prontitud con que él las iba poniendo en ellos? Hasta su misma conmiseración por los abandonados de las calles se usó para deshonrarle. Y en los *music-halls*, ¿no resonaba el odioso refrán aquél de que se dejaba á Ananías y á Judas libres “para poner en su lugar al Grande Anciano”? Pero al menos Gladstone había estado en Eton; él, al menos, era uno de los *nuestros*; un traidor ciertamente, pero todavía con algo del esplendor de aquel caído en torno á su cabeza. Pero Mr. Lloyd George no fue á Eton: estuvo en una escuela en donde la matrícula costaba un penique; y lo que es peor, en una escuela de aldea en Gales. El tío que lo educó no poseía tierras; remendaba zapatos; horror! horror! oh Mayfair! Remendaba zapatos y predicaba en lengua extraña en un pequeño tabernáculo, al pie de las montañas; y ahora. . . . Mayfair no tiene palabras para expresar sus sentimientos! Siente que se le ha caído el picaporte al Universo. La verdad es que una piedra ha sido removida, y que todos los animalillos que se encontraban debajo han corrido en todas direcciones, en confusión, lanzando gritos salvajes. ¿Y qué decir del hombre que movió la piedra? Sentado delante de la mesa en que toma su desayuno—porque es á la hora del desayuno que más le gusta hablar—aparenta ser el hombre más jovial y menos preocupado. Hasta el mismísimo pequeño Megan, quien pasa el dulce — en esta casa no existen formalidades y se sirve uno mismo — no se muestra tan contento, ni el gatito negro, dormido cerca del fuego, aparece más libre de cuidados. Probable es que Mr. George haya pasado toda la noche en vela, en medio de una crisis mundial. No importa; no muestra una sola preocupación, en su horizonte no aparece una sola nube. El sol brilla en el campo de maniobras de los Guardias de Caballería, inmediato á la casa; penetra por la ventana, se mezcla en la conversación. El cartero ha traído los acostumbrados paquetes de insultos anónimos (á debe). La víctima se muestra radiante al leer algunas de esas nuevas flores venenosas, relativas á algún nuevo denuncia sobre sus saqueos al Tesoro. ¿Cómo es posible, — dicen — si nó ha saqueado el Tesoro, que haya construido el Castillo de Cricsieih? “Dos cuartos y una cocina en el piso bajo” dice el saqueador con alegría. — “Y yo que tanto desaba que fuesen tres” dice su esposa. Mr. George no repudia el cargo; mas aún, se goza en probarlo; presenta todas las pruebas fatales de su mala conducta: posee un automóvil; se sospecha que tiene un castillo en el Sur de Francia, y además hay que tener en cuenta al pastor galense. No hay que poner en duda lo que éste afirma, dice Mr. George. ¿Y qué dice el pastor? “Fue cuando inauguré el monumento á Tom Ellis. Un amigo mío encontró al pastor en la montaña, camino de la ceremonia. — ¿Y Vd. también vá? — dijo mi amigo. — Sí; yo también voy á verlo á él; — (Siempre lo llaman él, explica la Sra. George) — supongo que será muy rico. Bien, — repuso mi amigo — recibe £5,000 al año. Sí; así es la verdad, — dijo el pastor con cara de picardía — pero esa no es la cuestión: ¿el está cerca de la caja!” — Los ojos le rebotaban de alegría, ante esta prueba final y condenatoria de Mr. George; y, según opinan en Mayfair, “la vergüenza misma se avergüenza de mostrarse sobre su frente.” Ninguna acusación lo volverá al buen camino; ni siquiera la del pastor. Acaso alguno de los anónimos le atribuye la secreta intención de montar la guillotina en Whitehall. La idea le deleita; la desarrolla con entusiasmo; insiste en que el campo de maniobras que se alcanza á ver desde su ventana ha sido designado por la naturaleza y por el arquitecto para un auto de fe; discute quienes habrán de ir en la primera carreta, y su imaginación

se entrega á una verdadera orgía de ficción. Es el chiropoteo de un espíritu todo alegría é imaginación. Un libro llega por el correo; Christina Rossetti: “Son — exclama — dulces poesías meditativas; grata lectura, ocasionalmente. Son como un asilo en la montaña cuando á uno le ha sorprendido la tempestad. Se siente gratitud por él, pero no puede permanecer allí mucho tiempo; y hay que volver al aire libre, al viento, y aun á los mismos furores de la tempestad.”

Y cuando coloca el libro sobre la mesa, con cierta indiferencia, me parece observar en él, por primera vez, cierta frialdad. Ese mundo de ensueño, en que mora el espíritu de Cristina Rossetti, no es para la devoradora sed de acción que domina á Lloyd George. Los sitios recónditos y tranquilos de las montañas, ó de cualquier otra parte, no tienen objeto para él. Tiene la fiebre del movimiento en la sangre, y va siempre á toda velocidad. “¿Descansar?” dijo un notable hijo de Francia, “¿no tengo, acaso, toda la eternidad para ello?” Y Mr. George también está resuelto á dejar su descanso para cuando llegue el *gran silencio*. Nunca aprendió el arte de la vagancia. Jamás se sentó en la playa, acariciado por los rayos de un sol matinal, á lanzar pedruzuelas sin objeto. Nunca sintió el embriaguez que posee á quien nada tiene que hacer y cuenta con todo el día para hacerlo. El descanso está muy bien para un día; tolerable por dos días; pero al tercer día se descubre que aquello no puede continuar. Mr. George tiene el sentimiento de la poesía, pero no de la poesía pasiva. Nunca le he oído citar á Wordsworth. Es la poesía de la vida y de la acción la que le mueve; la poesía de las emociones repentinas y rápidas, de los antiguos romances, con el choque de las espadas y el rumor de las luchas de otro tiempo. Hay que oírlo hablar de los descensos de los galenses salvajes, desde la cumbre de las montañas, en sus marchas sobre las ciudades: Me parece oír el ruido atronador de los cascos de las caballerías; casi puedo ver los pueblos incendiados; y, á la cabeza de los asaltantes, la figura de un caballero delgado, de cabeza grande, de mirada alegre. Creo que le conozco.

Porque Mr. George es un luchador, y una vez que ya no son posibles las marchas galenses á sangre y fuego, armado de otras armas, avanza contra el *torismo* inglés. Nunca se vió mayor entusiasmo. Se lanza á la batalla tan alegremente como Lord Herbert de Chierbury. “Las primeras palabras que oí—dice el grande hombre en su autobiografía— fueron: ‘¿Os atreveis á bajar?; ¿Ol galenses!’ Y apenas las oí tomé la espada en una mano y el escudo en la otra, me lancé á la liza escalera abajo, abrí la puerta rápidamente, y cargué sobre diez ó doce de ellos, con tal furia, que todos huyeron.” Esa es la manera de Lloyd George. Un desafío es música en sus oídos. Se lanza escalera abajo, contra ellos, y si — son diez ó doce, más feliz se pondrá. Los atraviesa á todos con imparcialidad pasmosa, limpia luego la espada y se retira á dormir. Fue lo que hizo cuando, un mero chico de escuela, insurreccionó á sus compañeros en Gales contra la repetición del catecismo; fue lo que hizo cuando — abogado que hacía sus primeras armas — acabó con la tiranía de los juzgados rurales y vió á los magistrados salir, uno tras otro, antes de resignarse á su triunfo; fue lo que hizo cuando — en la guerra Boer — á riesgo de su vida, se puso en pugna con la locura popular; fue lo que hizo cuando — en la crisis del presupuesto — se le amenazó con el desastre si no consentía en retirar las cláusulas relativas á la tierra: “Si las retiran yo también me retiraré,” dijo; y ha sido así como ha sostenido la larga lucha en pro de la Ley de Aseguros. Ni siquiera su respeto por Gladstone atenuó su atrevimiento. “Qué hará Vd. si Mr. Gladstone no desea la separación de la Iglesia y el Estado (*Welsh Disestablishment*)?” se le preguntó en su primera campaña. — “Si me encontrara con el rey en la batalla, dispararía mi arma contra él,” — fue la respuesta, en las mismas palabras de Cromwell, su favorito. Tal es el modo de ser de Lloyd George. Y siempre será lo mismo. Jamás abandonará una cuestión porque ella implique una lucha contra grandes obstáculos. Atacará con más entusiasmo por eso mismo. Le gusta lanzarse contra diez ó doce de ellos; y le agrada verlos huir.

Y con ese entusiasmo empuña la espada. “Hay fanáticos en todos los partidos” — interrumpe Mr. Healy, desde su asiento solitario, en un rincón del Parlamento. “Sí, hasta en los partidos de un solo individuo,” es la respuesta. Mr. Healy, que gusta de un buen golpe, aunque sea atra-

vesado por él, se descubre ante la habilidad del polemista. "¿Qué es lo que proyecta el Honorable caballero?" le pregunta á Mr. Bonar Law, quien ataca al Gobierno por su proyecto de arreglo de la huelga. "No nos incumbe formular un proyecto hasta que no nos encontremos en el banco ministerial," dice Mr. Bonar Law, con énfasis. Mr. George se inclina y dice sonriendo: "El Honorable caballero desea que la huelga dure cuatro años." ¿Y quién, que estuviera presente, puede olvidar el delicioso humorismo con que, en el Restaurant Holborn, puso á Lord Rothschild fuera de la línea de combate? Ningún Rothschild se había presentado antes en acción; fue preciso que, por tratarse de las tierras, olvidara que el financista sólo está seguro en tanto que guarde silencio. Jamás volverá á cometer el error. Mr. George, naturalmente, goza de las ventajas y padece las desventajas de su ingenio. La discreción no es la primera de sus virtudes. El hábito de entrar en polémica con su auditorio lo lleva algunas veces más allá de donde quisiera.

¿Ha creado él los acontecimientos, ó los acontecimientos lo han creado á él? He ahí un estudio interesante. La influencia de la personalidad en la política no ha sido nunca mejor ilustrada que en su caso. El momento era propicio en el país, para grandes transformaciones, en 1906; había sido propicio desde hacía 20 años. Pero, al cabo de tres años, parecía que el liberalismo hubiese fracasado. Era verdad que se habían llevado á cabo grandes cosas: se había establecido la libertad en el Sur de África, y las pensiones para la ancianidad habían sido concedidas; pero abríanse ante nosotros nuevos horizontes. Nos encontrábamos todavía en la vieja prisión, y la Cámara de los Lores guardaba todavía la llave. El país se vuelve contra el Gobierno. Si el partido liberal quiere salvar la vida, debe estar preparado para perderla; y, con el instinto de un grande estratega, Mr. Lloyd George descubre el punto vulnerable en la armadura del enemigo y juega el todo por el todo. Es el presupuesto, con sus cláusulas sobre las tierras, lo que viene á reconstituir el partido; lo que le salva del desastre; lo que acaba con el poder de la Cámara de los Lores; pone de lado la cuestión de la tarifa, y abre el camino á la Ley de Seguros. La oportunidad estaba allí. Pero fue la personalidad de George la que supo aprovecharla y dar vida á las aspiraciones nacionales. Es ese consorcio del valor, la imaginación y la simpatía lo que hace de Mr. Lloyd George la figura más formidable de la política inglesa desde los tiempos de Gladstone. Su visión tiene un cierto toque de humanidad, y en cuanto ve el camino que ha de seguir, no vacila, no se detiene á pensar en las consecuencias. "Bien vale la pena quedar en la sombra por diez años," me dijo en la época de la lucha por el presupuesto. "Rupert no marcha nunca sino á la conquista ó á la derrota," dijo Mr. Chamberlain de su hermano. Y hoy Rupert está otra vez en la arena, y su nombre es Lloyd George. Esta amalgama de valor y de ideas explica la admiración de Mr. George por aquel hombre de Estado. Hay cierta comunidad de principios entre los dos hombres. Pero, á diferencia de Mr. Chamberlain, Mr. Lloyd George no tiene amargura; no rechinan sus dientes, las palabras no manan de sus labios con esa sutileza mortal que hizo tan temibles los ataques de Mr. Chamberlain. El atraviesa á su adversario con delicadeza, con ternura casi; y, al partirlo en dos con su florete, lo levanta con una sonrisa. Su oratoria pasa de la gravedad á la alegría con cambios prismáticos rápidos; ora cita un sermón (le gustan tanto los sermones como á Lord Fischer), luego una poesía galense; en seguida un chiste, luego una anécdota; más adelante una canción de los negros, que el pequeño Megan le ha enseñado; porque Lloyd George canta, aunque no tenga mayor idea de la música. Y todo lo que dice emana directamente de la vida, y si cita libros es para compararlos con las luces del presente. Este interés intenso por el mundo actual es la fuente de su vivacidad y de su frescura. Sus ideas son de carne y hueso. Dijérase que acaba de llegar de otra esfera, y que todo para él es una novedad. Ningún hombre ha conquistado poder tan grande con tan pocos compromisos con el pasado y con tanta libertad de acción. De ahí que sea el menos doctrinario de los hombres; jamás se le oír hablar de teorías; y de ahí provienen tanto su fuerza como su debilidad. Pero tiene una cualidad salvadora, que no tuvo Mr. Chamberlain: la de que su corazón está siempre cerca del corazón del pueblo; y en esa cualidad reside toda la

fuerza motriz de su existencia. Esta condición, ya he tenido ocasión de decirlo otra vez, es la brújula que, á falta de teorías, le señala la ruta. Esa cualidad, y la imaginación y la poesía que prestan alas á su intento y dan espacio á su visión. Mr. George es el portento de la nueva época. El hijo del pueblo en el solío.

Nuestros políticos han sido influenciados por hombres que han estudiado la vida del pueblo en los libros, como otros han estudiado la vida de las hormigas ó de las abejas; objetivamente, remotamente. Mr. George pertenece á la colmena misma. No olvida de dónde le vienen "su autoridad y sus poderes. Verdad que ha habido horas de temor; horas en que pudo temerse que cediese á los halagos del oportunismo; pero ese amor al pueblo, á su terruño, esa lealtad á las montañas, á las simples tradiciones de sus antepasados, lo han salvado; lo salvarán siempre. Porque por mucho que el brillo del gran mundo le interese, ese brillo no le ha de deslumbrar. Su casa, con sus dos criados galenses, es tan sencilla como la de un comerciante de Bangor; y Lloyd George tiene el don especial de recordar siempre á sus viejos amigos. Su corazón no se ha alejado nunca de la aldea; allá entre las montañas y el mar. He ahí el secreto de su fuerza. El día en que se celebraron los funerales del marqués de Ripon, al salir de la catedral de Westminster con un colega, habló de los esplendores de la ceremonia, y su compañero observó: "Cuando Vd. muera, le haremos unos funerales como estos."—"No tál," fue la pronta, apasionada respuesta, "cuando yo muera, sepulten mi cadáver á la sombra de las montañas."

A. G. GARDINER.

ARMADOS Y SIN PODER.

THE NATION del 14 de Diciembre incluye el siguiente comentario en una serie de consideraciones sobre la conferencia que han de celebrar en Londres los representantes de las naciones balcánicas y del gran turco: "La estrategia que á todas luces debe adoptar la liga balcánica es disentir con el turco la cesión de territorio solamente, sin consultarlo en lo que respecta al destino final de ese territorio. Al turco le importa saber la extensión de tierra cedida, pero no es cuestión vital para él que se deje constancia de que tal ciudad ó provincia ha de caer bajo el dominio de Grecia más bien que de Bulgaria. Estas cuestiones las determinarán los aliados entre sí, bajo el bien entendido de que Europa puede más tarde reclamar un cierto derecho de revisión." La bastardilla no es propiedad de *The Nation*. Se pone aquí á manera de mudo comentario.

Y antes de pasar adelante observamos que *The Nation* es un semanario de los que representan más adecuadamente el ápice de la cultura británica. Los escritores que llenan los espacios de ese recinto intelectual ejercen una grande influencia sobre las clases altas, y en su manera friamente británica, puede decirse que tienen cura de almas en una diócesis de pensadores, de hombres de letras, de estudiantes y de políticos bien intencionados.

Es, pues, natural colegir que con este semanario concurre una considerable mayoría de los intelectuales ingleses en reconocerle á Europa el derecho de revisar el resultado de la guerra en los Balcanes. El derecho puede existir ó no. Lo importante es dejar constancia de que la parte más avanzada del público británico lo reconoce y en su caso pasará á sostenerlo. Lo que existe indudablemente es el poder de revisar la distribución de territorio que van á hacer los aliados. Y ese poder estriba no en consideraciones morales ó filosóficas, ni en precedentes históricos, ni en tratados antiguos, sino en el hecho brutal de que los pueblos balcánicos pueden poner sobre las armas medio millón de hombres, á tiempo que Europa sin los Balcanes tiene un pie de guerra de ocho millones.

Esas cifras señalan un derecho. La convicción de que da pruebas el lenguaje de *The Nation* nos autoriza para creer en un entendimiento de las dos grandes unidades bélicas en que está dividida la Europa. Siendo esto así, ¿por qué esperan á que los Balcanes empiecen á echar suertes sobre la túnica del turco, y no señalan de una vez las líneas divisorias? ¿Por qué no las señalan antes de que el hambre y la peste hayan diezmado á Andrinópolis y á Sautari, antes de que los griegos, libres de compromiso, aumenten con la metralla el número de muertos y heridos?

Si el derecho va á existir en el curso de unas semanas

es indudable que tenía existencia legítima antes de empezar la guerra. Si Europa puede ejercerlo contra un beligerante, no hay razonamiento aceptable para probar que era inadecuado usar de la fuerza contra el otro ó contra los dos beligerantes en el momento de romperse las hostilidades.

Así como Europa va á decirles á los aliados: Albania será autónoma, Salónica debe ser puerto libre, no permito que se fortifiquen los puertos serbios en el Adriático; ha podido desir antes de la guerra: puesto que hemos adquirido con los pueblos balcánicos la obligación de imponerle á Turquía que le conceda gobierno autónomo á Macedonia, nosmos del derecho de revisión y pidamos la autonomía según la exigen los aliados para evitar los horrores de la guerra.

De todo lo cual resulta que no existe el derecho invocado, ó que la mayor parte de la intelectualidad europea deseaba la guerra, consideraba necesario el exterminio, y acaso tenía por insignificante el sacrificio de unos cuantos cristianos y turcos ante la imperiosa necesidad de conocer prácticamente la eficacia de la moderna artillería y de los métodos de movilización en territorio europeo.

Todas las vidas sacrificadas, toda la sangre vertida, toda la riqueza convertida en humo y escombros, todos los medios de producción paralizados ó destruidos, el estrago ejercido y el que la historia de la próxima ruptura nos reserva, provienen de que Europa consensientemente, á sangre fría, se ha negado á ejercer un derecho sobre cuyos alcances y aplicación no ha tenido ni la más leve duda.

β

ARTES Y LETRAS.

DE LA VERA DEL CAMINO.

II.

SILLAS DE MONTAR.

NO por coincidencia fortuita, sino por ley solícita de amor maternal, tan excelsa como las que rigen las conjunciones de los cuerpos siderales, sobrevinieron en un mismo día, completándose y formando un todo armónico, á pesar de su heterogénea naturaleza, Coral y la silla de montar que había de servir para ensillarlo. Si grande fue el regocijo que causó tal advenimiento, sólo podrían revelar su magna trascendencia los remotos años, ni siquiera presentidos, porque entonces las horas estaban llenas y el milagro de la vida apenas se abría como una rosa.

Ni Coral, ni la silla constituían en sí una revelación de algo nunca antes visto. Mis ensayos de equitación ya incluían un número no despreciable de cuadrúpedos, desde algún can sufrido, en los albores ó *Dämmerung* del aprendizaje, un tardo buey, algunas burras de distintas alcurnias, unas humildes cargadoras de agua ó de ladrillo, y otras exaltadas á la categoría de nodrizas, hasta llegar al tope, al caballo, por lo general falto y resignado, pero al fin caballo, y por ende de la estirpe heroica y generosa. La maravilla de la nueva situación radicaba en el sentimiento de propiedad. Coral y la silla eran míos y mi corazón los acogía, como si fueran partes desprendidas de su mundo, que la suerte reintegrara.

Las dimensiones de Coral y de la silla cuadraban á un ginete de diez años; ahí paraba lo infantil. Coral, sin duda, poseía en lo íntimo de su sér, aunque así no apareciera al observador superficial, los arrostos más nobles de la raza caballar; la silla era, para el efecto, un microcosmo; nunca comprendí bien la compleja anatomía del preciado mueble; nunca dominé el vocabulario técnico, ni el uso correcto de la silla en relación con los arrostos que la completaban. Andando el tiempo, hube de aprender que, en mi toruño al menos, aquella es sapiencia innata, que descende, por dispensación divina, sobre ciertas familias escogidas, cuyos individuos nacen, como si se dijera, á caballo, y son todos Pontífices del arte, como en ciertas casas húngaras é italianas todos son príncipes. Hube de aprender también la verdad desconcertante, que me adige con una perplejidad que llevaré al sepulcro, de que esos electos varones, todos Pontífices de un mismo culto, profesaban cada cual

doctrinas propias suyas, distintas y antagónicas á las de sus co-Pontífices de la espuela y del zamarro.

La silla y los arrostos eran tan completos como pudiera haberlos pedido el chalán ó vaquero *orejón* más exigente. Jáquima con tapa-ojos de cuero, bordada en rojo y negro, y cabestro de cuero retorcido, sin curtir, suavizado, con el pelo para adentro; un freno de Suesca con boc-do pródigo en hierro, con barba igualmente pesada y riendas de tiras de cuero trenzadas, que remataban en una borla también de cuero.

La silla, traída de Chocontá, con alta cabeza delantera y arzón trasero también alto, llevaba un forro de bañana gruesa, color tabaco oscuro, con bordados de hilo blanco á guisa de franja alrededor del borde. Tenía gurupera y retranca como para viajar por las sierras más fragosas y empinadas; estaba acolchada por debajo para aliviar el contacto con el lomo del animal; á los lados y al frente tenía argollas para atar el cabestro de la jáquima y colgar enrollado el *rejo* ó soga de enlazar, de cuero retorcido como el cabestro, y que era preciso ablandar sobándolo con *gordana* y manteniéndolo teso durante la operación. En las entrañas de la silla, en entrambos costados, había una intrincada trabazón de correas, argollas y vislumbres desnudos de la mismísima armazón, que, á mis ojos y á mi inteligencia obtusa de intonso irredimible, aparecía tan enmarañada, como el entrelazamiento de jarcias, vergas y aparejo en el palo mayor de una fragata de tres puentes. De ese núcleo pendían las correas de la cincha y las acciones con los estribos, que eran como zapatillas de cobre luciente, hechas para cojer el pie sólo del empeine en adelante, encorvadas hacia la punta como boreguies turcos, y con aperturas triangulares, de media pulgada en la base, cortadas en la planta; con la silla estaban el sombrero *jipa*, alto de copa y ancho de ala, la *ruana* parda oscura con lista roja, muy oscura también, tejida en la urdimbre, oriunda de Pasto, y los anchos zamarros de cuero castaño, crespo como rizado adrede.

Coral ingresaba ese día en la caballería doméstica, habiendo pertenecido como su hermano Merengue — del que habla el veraz cronista hipóico José Manuel Marroquín — á la plebe caballuna, correspondiente á la democracia ó gran montón; había desempeñado muchos y varios oficios, ya cargando teja, piedra ó carbón, ya pisando barro en los *chircales* ó tejares circunvecinos. Nació habría podido augurar para él días regalones de odio opíparo, ni mucho menos que, como les sucedió á Bucefalo, á Babieca y á Rocinante, algún día cayeran sobre él lampos de la gloria de su amo, ni que un hábito sutil de espacio hendido llegara á sacudir sus crines en la ondulante carga de un galope heroico. Debíó Coral la mutación de sus destinos á un trote oportuno que algún pariente mio calificó de *paso* ó por lo menos de *pasitrote* y en el que se vieron indicios de linaje egregio, como suelen advertirse por las narices de meros humildes mortales atavismos de prosapia regia.

Del aspecto de Coral sólo recuerdo que tenía los ojos líquidos, la nariz esponjada y húmeda, los cascos negros y diminutos, los remos enjutos y apretados como de ciervo, la crin y la cola abundantes y largas; se me antoja, pero no lo juraría, que sabía enmarcar el cuello. Tenía una alzada alrededor de siete cuartas, como las jacas ó *ponies* de Shetland, y su piel, que tardó algún tiempo en sanar de las huellas de la mala vida pasada, era de un bayo oscuro, no muy limpio ni parejo.

El recuerdo nimba á Coral como en un marco de resplandores mates, que no ciegan, pero que deslien la precisión de los contornos en una vaguedad intangible. La posesión de la silla de montar y de Coral marcó mi ingreso á la caballería y abrió, como se abre el portal de un templo, una era nueva y para mí gloriosa, ya que así como las regiones innumeras del planeta tienen, cada una de ellas, su flora, su fauna y su cielo, así las vidas individuales de los hombres tienen sus sueños, sus revelaciones y sus hechos, medibles tan solo en relación con la propia conciencia.

* * *

Oída la misa de seis para aprovechar el domingo entero, emprendíamos mi primo Gabriel y yo, las cabalgatas semanales. El caballo de él se llamaba *Rancho* y sus excelencias solo eran inferiores á las de Coral,

opinión ésta que jamás le revelé por respeto á su errada creencia de que las cosas eran al revés, que yo había alcanzado á maliciar, sin que él la articulara. Desde que él emprendió la cabalgata solitaria de la que no se torna, han rendido su fruto muchas veces los surcos y han amarilleado muchas veces las espigas en aquellos campos que al galope, veíamos pasar como una tela descorrida por manos invisibles.

Madrugábamos también para evitar la ordalía de los Pontífices. Para ensillar á Coral y para vestirme en traje de carácter, con ruana, zamarras y sombrero, aportaban sus luces y su ayuda las gentes de servicio en casa, todas ellas criadas. Coral era paciente; demostraba empero una perversidad vituperable, llegando hasta cocar, respecto de la grupera, que solo le acertaba á poner después de vigorosas tentativas la *niña* Eudvigis, cocinera de profesión y en quien, sin duda palpitaba un corazón de amazona.

Ese tribunal doméstico, decidía todos los puntos contenciosos: si la cabezada del freno debía ir por encima ó por debajo de la jaquima; la altura precisa del tapajois; si la barbada debía ir holgada ó estrecha — no faltando á veces opiniones en favor de que debía ir suelta, colgando como un zarcillo; de si el *sudadero* debía salir por delante ó quedar al ras con la silla; de si el *rejo* debía ir á la derecha y el *caastro* á la izquierda ó viceversa y del tamaño de las *chipas*, ó sea del diámetro de las vueltas en que debía recogersele; de si las acciones debían dar todo el largo de la pierna ó retenerla encogida, y así hasta llegar á la grupera, la que, ante el incorregible jaleo que promovía Coral, fué suprimida á una, como innecesaria en terreno plano.

Solían surgir choques de parecer que Coral y yo veíamos pasar en silencio, como quien ve que á lo lejos llueve; á diferencia de lo que sucede en nuestros ecuanimes parlamentos, no se aducían razones; la terquedad y la vehemencia bastaban para dirimir toda disputa en un sentido dado.

Si, por desgracia, una vez en la calle topaba yo con algún Pontífice que anduviera ya por esos mundos, á pie ó á caballo, de seguro que me detenía diciendo: "Pero hombre, por Dios, ¿quién te ensilló ese animal? Se conoce que en tu casa no hay sino criadas." Y procedía á poner afuera lo que estaba adentro, á alargar lo corto y á acortar lo largo, á mudar lo de la derecha á la izquierda y lo de la izquierda á la derecha; luego la arremetía con mi persona: "Echate el sombrero más á la nuca, haz que la ruana cuadre por delante, deja que el zamarró te cuegue para que te veas *piernón*, ten la rienda alta entre el índice y el anular y no te agaches tanto ni te *espernagues*. . . . Ahora ya va mejor la cosa. Que te diviertas."

A poco andar, si estaba yo de malas, surgía otro Pontífice de distinta dinastía ó acaso de la misma: "¿A donde vas en esa facha? Pareces sacristán de cura pobre. Ven te ayudo á arreglarte, porque así no puedes seguir." Y procedía á cambiarlo todo sin restablecer la combinación primitiva. Si sobrevenía un tercer Pontífice, se repetía la escena. Los Pontífices que entre sí no se hacían observaciones ni correcciones, hallaban en mí una *ánima vili* en que esculpír sus ideas, y eso sucedía así porque ellos sabían que mi familia no era de las escogidas por la Providencia para la ciencia caballara infusa, ciencia que, según iba resultando, á más de infusa es arbitraria é indefinida. Esto lo comprendí bien pronto y tomé sin dolor el partido de la resignación; la inferioridad natural es irremediable y al mal que así lo es hay que hacerle buena cara. Los caballos también parecían comprenderlo todo, y cuando, por alguna causa excepcional, era preciso hacer entrar alguno de ellos por los corredores de la casa, con seguridad inexorable, sucedía que dejaban en la latitud más íntima á que alcanzaran á penetrar, huellas indecorosas de su paso, desatado que ciertamente no se permitían en las casas pontificales.

Los cambios decretados solo tenían importancia tratándose de la longitud de las acciones, pues, según he sabido después, los ginetes que son y los que han sido, están y estuvieron divididos, hasta donde la historia los columbra, en dos distintas escuelas, la de estribar largo y la de estribar corto, tan tenaces y tan reñidas entre sí, como la cruz y la media-luna.

Cunninghame Graham, para quien no tiene secretos el caballo ni nada que con él se relacione, me decía: "Los árabes estriban corto hoy, como siempre lo han hecho, llevando la pierna encogida; los cristianos estriban largo, llevándola extendida."

Así iban antaño cristianos y moros al combate y al torneo; en su manera de montar se diferenciaban y se diferenciaron tan fundamentalmente como la plegaria del muezin y el Angelus; el individuo que podía montar indistintamente de una ó de otra manera era tenido, en los días en que á las cosas serias de la vida se les reconocía su legítimo valor, por varón prodigioso. En algunos cementerios olvidados de la España meridional, toda ella empapada por ocho siglos en sangre de ginetes cristianos y moros, suelen hallarse lápidas carcomidas por el tiempo, en las que, apartando las maledas, puede leerse, "más con manos que con ojos," como dice Zorrilla, después del nombre del guerrero allí sepultado y antes de todo título jerárquico y nobiliario, la inscripción de "Ginete en ambas sillars." La edad escolástica, en sus veleidades pedantescas, halló para sus gurrulos y vacíos discursivos, que hubieron de reemplazar á los recios varones de la lanza y del caballo, el título de "*Doctor in utroque jure*," sea "Doctor en entrambos derechos," el canónico y el civil; y el delicado y ameno escritor bogotano José Caicedo Rojas, revivió el calificativo dual aplicándolo á un tahur experto como ninguno en echar los dados, llamándolo "Doctor en entrambos huesos."

Si nos acompañaba alguna persona mayor, lo que raras veces sucedía, solíamos ir á Tunjuelo, en cuya linfa fría y clara nos holgábamos, siempre cerca de la orilla y sin perder el fondo, en audaces deportes natatorios, ó íbamos á Chapinero y á Usaquén; por lo general se nos dejaba ir solos á la *estancia* del padre de Gabriel, á cosa de dos leguas de la ciudad; salíamos por la plaza de San Victorino camellón abajo, por entre "El Paréntesis," que eran dos secciones de muralla en arco de círculo, una en frente de otra, á los lados del camino, cuyo fin y objeto nunca comprendimos, hasta más allá de Puente Aranda, en donde dejábamos la carretera principal desviando á la derecha y siguiendo de ahí en adelante por vías menos frecuentadas, hasta dar con la entrada de los potreros de la *estancia*. A ésta la defendía una *atanquera* ó armazón de varas corredizas, horizontalmente dispuestas entre dos postes verticales, encajadas en huecos que los atravesaban, permitiendo empujar las varas al otro lado cuanto fuera necesario para dejar el paso libre. Lo hábil era abrir la *atanquera* y volver á colocar las varas en su puesto sin apesarse.

La *estancia* con sus potreros, sus vacas, sus terneros y su casa pajiza era un traspunto del paraíso, antes del incidente de la manzana, el que á nosotros nos tenía enteramente sin cuidado. Un Pontífice vecino, señor de vastos predios, había calificado la *estancia* de *charrascal* sin enturbiar por ello la luz de nuestra alegría.

Como era día de fiesta, los caminos estaban desiertos; cerca de las ventas solían verse pesados carros de dos ruedas, sin resortes, vacíos, inclinados hacia adelante, apoyados en la lanza que se hincaba en el césped ó en la tierra desnuda; del interior salía á los espacios, quejumbroso y monótono, el rasgurar de un tiple en que el artista ensayaba, con su *ganachicha*, atraer á los viajeros como la maga de Lorelei á los incautos navegantes. Pasábamos de largo sin parar mientes ni en el tiple, ni en la hoja de tallo enarbolada en la puerta como promesa de yantares succulentos, al alcance de la mano y de la bolsa, ni en los ladridos de los perros bullangueros, escualidos y hambrientos, que, como cumpliendo una consigna, nos seguían aullando por un corto trecho, y tornaban á las afueras de la venta col-caídos, taciturnos y desengañados.

La Sabana, escueta y sin árboles, era como un vasto lienzo para trazar imaginaciones, las que nacían al rítmico golpear de los cascos como de la *rima inspiratrice* nace el fuego sacro. La región estaba impoluta todavía; ni ferrovías, ni automóviles, ni otra alguna contaminación de mecánicas niveladoras y diabólicas.

El caballo y el hombre se completan. El Centauro del mito heleno es un símbolo de la verdad. La rueda es un principio de degeneración; corta el vínculo vivo de los estremecimientos compartidos, en que jinete y caballo

se funden en la fruición de un mismo ímpetu hacia el eterno é inalcanzable más allá, que es á un mismo tiempo el galardón y el tormento de la vida.

Guardábamos silencio. El arroyo que vadábamos se nos antojaba ser río caudaloso que habría de proteger nuestra retirada, conteniendo á las huestes enemigas; el galope en la margen opuesta, llano adentro, ya era persecución de los vencidos que huían perdiéndose en la lejanía azul del horizonte; las greyes que encontrábamos eran incontables manadas en lo infinito de la Pampa austral, y nosotros éramos gauchos bravíos, vencedores de indios, domadores de potros cerriles, todo ello visto á través de nuestros libros de cuentos.

Coral y *Rancho* compartían nuestros empeños. Respirábamos todos una atmósfera heroica y el ensueño nos cobijaba por igual bajo su ala transparente y pia.

Regresábamos al caer del día, fatigados, como Hércules después de sus faenas. Al entrar á la ciudad ya estaban encendidos los faroles de petróleo suspendidos de cuerdas tendidas sobre poleas á la diagonal en las boca-calles principales. Las primeras estrellas de la noche estallaban en lo alto. Coral prefería las losas de la acera á las piedras de la calle y los golpes de sus cascos resonaban nítidos y precisos. La *niña* Eduvigis lo desensillaba, lo llevaba á la cuadra y cuidaba de él. Durante el rosario que seguía inmediatamente mi espíritu volaba á la carretera, al campo, al río; después del diálogo entrecortado de las letanias, la frase sostenida de la *Salve*, lanzada á pleno pecho por toda la familia y por la servidumbre, sonaba como el murmurio de un torrente en cuya onda prodigiosa íbamos flotando todos, y Coral con nosotros, hacia un mar de claridades inefables.

S. PÉREZ TRIANA.

POETA DE IDEAS. (1)

LA República Argentina ha tenido y tiene poetas egregios. Al cortejo de los elegidos, que preside Andrade en el glorioso monte donde florecen los perdurables laureles apolíneos, viene á unirse un nuevo musageta, lleno de unión artística, de alma encendida en el brasero de un discreto fuego, un nuevo poeta de corazón tan noble, que bien merece la corona simbólica y que las ninfas lo detengan en el camino de la montaña para hablar con el cantor acerca de los misterios de las fuentes profundas y de las cristalinas diafanidades del aire bajo el dombo encantado de las selvas.

De hoy en adelante en el parnaso argentino, y en esas pampas, también, donde el progreso extiende sus brazos, se habrá de citar el nombre del recién venido á las lides del ritmo, el nombre de Alfredo de Arteaga. El cual no se ha propuesto agregar un libro más á la caterva de los rimados, sino deponer con una hermosa modestia, ante el ara de la diosa invisible, una obra pensada no en horas fugitivas, pero en horas intensas, sentida con vigor de cultura; un libro de versos rebosantes de ensueño y de soplos de esperanza. Trae Arteaga un haz de poemas compuestos al calor de su genial predilección por las formas severas y en la pensativa amistad de los más hermosos ideales.

El poeta no persigue el aplauso de las multitudes, ni siquiera de la mesocracia del pensar cotidiano. Muchos hallarán imposible, quizá fría, la inspiración de Arteaga. Mas quienes se hallen fatigados con la facilidad corriente, los que amen un poco la aristocracia interior del verso, los que gusten de la sinceridad, moderada en el poeta por una elegante cultura, sacarán de las estrofas de Arteaga la miel escondida de que nos habla Kempis.

Hay en *Camino de la Montaña* tendencias de un doble poeta, que entrevera en su guirnalda de encinas cristianas los mirtos y las rosas del jardín greco-latino, sobrio y limpio, de flores y ramajes sensualmente discretos. Parece Arteaga un místico de la belleza que en veces desciende de sus contemplaciones hasta compenetrarse en el alma helénica, la emancipada, la que se mantuvo en la atmósfera de una apacible eufrosine. En algunos de sus poemas se adivina el discípulo de Horacio y Anacreonte, en la compañía de los cuales asiste, ó anhela asistir, á las fiestas dionisiacas y en ellas refresca sus labios, entre los pámpanos de oro y sangre.

En *Camino de la Montaña* no encontraréis los brotes de un romántico, ni las explosiones de una sensibilidad exacerbada por la pasión amorosa, ni el dolor ingente de la vida, ni mucho menos los pecados de orgullo y soberbia. Se oculta el llanto en los versos de Arteaga, pero de ellos emerge una honda tristeza reabsorbida, y así podemos expresarnos, por una religiosidad que tiene algo de gentil y mucho de cristiana, mantenida en el alma del poeta á manera de baluarte que defiende su tesoro, la paz, contra las borrascas que inician su cólera en los horizontes de la existencia.

Dado el temperamento del que estas líneas escribe, su predilección por el poeta que sonríe ante el fauno helénico y ante las gracias que pasan coronadas de jacintos, se impone á su espíritu. Es un sencillo fenómeno de psicología comparada. Amamos lo que no poseemos. Gozamos viendo la serenidad de las fuentes y la placidez de las montañas los que sentimos el implacable deminguo que teje y desteje por cima de nuestras cabezas la tela trágica de la vida.

El poeta greco-latino que existe en Arteaga invita á la alegría, diciendo:

¡Cuánta alegría rehusas
á tu juventud!
Da turno á las rientes musas
y deja el laúd.

¿Acaso ignoras que es un
pecado mortal
vivir hoscó ó sin ningún
pecado venial?

¿Por qué abatido? La fuente
y el ave te cantan,
te mira el cielo sonriente,
los dioses te encantan;
dioses que viven, risueños,
vidas amorosas
y dan formas á los sueños
y almas á las cosas.

Pero como aquel á quien se invita á vivir en alegría piensa en la vejez y en que todo es efímero, el autor de *Camino de la Montaña* se anticipa á condensar en insuperable estrofa los dejos de la anticipada melancolía que anguran los años:

Quizá piensas: Si . . . y después,
ya ida primavera,
yo de esto que ahora es
diré entonces: Era . . .

Este poeta argentino ama la alegría, pero desde su mansión solitaria. En uno de sus poemas Arteaga nos cuenta algo que se refiere á su propia vida, á las luchas que sostuvo antes de llegar á la serenidad. El poeta no gusta hacer confidencias; por el contrario, trata de velar lo subjetivo de su inspiración, de modo que los extraños no penetren demasiado en el recinto de sus personales sentimientos. Es interesante la poesía á que aludimos, porque en ella descubre el autor lo que con frecuencia oculta.

En *Gloria Interior* nos cuenta como, tras un combate rudo, conquistó, en las fauces mismas del abismo, una flor:

Vale un místico lirio por su santa eficacia,
y una soberbia rosa por su pagana gracia.

Esa flor maravillosa que, al modo de las plantas de un Oriente fabuloso, suelen curar los males del alma, ó á lo menos sumergirla en sueños divinos é inacabables, tuvo origen en el dolor. El poeta exclama, contradiciendo á todos sus compañeros de arte y á muchos filósofos:

El dolor es el padre de la única alegría;

verso que resume otra de las faces del libro que analizamos: su fondo ético, la sinceridad lírica. El lirio del poema citado simboliza, sin duda, la fe, y la rosa pagana la exaltación consiente de la vida. La fe religiosa, entendida por un espíritu de selecta cultura, es un vigía perenne que mira desde el promontorio negro de la tierra hacia el infinito. . . .

Todo espíritu superior es profundamente religioso aunque no se someta siempre á los cultos externos de las religiones, que en veces estorban al desarrollo de lo divino existente en nosotros.

Por el dolor llegó á la paz del alma el poeta. Fue el dolor la luz de su camino de la montaña.

"He bebido en la copa de todas las tristezas;
he hallado en mi camino todas las asperezas."

En pos de recias lides, cubierto de heridas llegó á su

(1) *Camino de la Montaña*, por ALFREDO DE ARTEAGA, 173 páginas, Escuela Tip. del Colegio Don Bosco, 1912.

alcázar solitario, donde escondió sus penas; lo demás de su alma "desbordó sobre el mundo."

"Contra todos y todo salvé mis ideales."

En mitad de la contienda debió de presentarse, cañida de lirios, á manera de ángel invicto, la compañera del poeta, su dilecta musa, María Elena, cuyo nombre simboliza el lirio de fe y la rosa de la hermosa griega.

Acercas del valor del libro que analizamos someramente podrían escribirse muchas páginas. Del hombre que es Arteaga, de su inteligencia y de su discreción como diplomático, queda inborrable memoria en La Paz. El representante de la República Argentina, que pronto se alejará de la amiga tierra boliviana, fue en el desempeño de su misión, según voces autorizadas, el más caudante y el más armador de los diplomáticos. Puso en su lema "atraer" y, con modestia más que con la eficacia de un espléndido Embajador, ha realizado su empeño.

Os invito á leer *Camino de la Montaña*, bosque lírico de ropados sitios y fuentes silenciosas. Al través de sus senderos no os guiará el león germano, cuyo nombre parece evocar el título del libro, sino el risue blanco de un país latino.

MAX GRILLO.

EL CRITERIO ESPECTACULAR.

ERA el día de feria. En premio de aplicación, y con la esperanza de que el deseo de volver á verlo una vez conocido me impidiese recaer en las tentaciones que me habían valido notas repetidas de mala conducta, mi padre me llevaba al deseado espectáculo. La pequeña ciudad de provincia era un horniguero. Allí habían acudido del centro y de los confines del Estado cuantas almas sentían el anhelo de esparcimiento. Entre la turba abigarrada distinguía mi rudimentaria inclinación á las clasificaciones el hablar fatigado de nuestros compatriotas del Norte, el acento rudo y cascado de los que venían del Oriente, las inflexiones zalameras y premurosas de los occidentales, nacidos á orillas del Cauca. Labriegos en traje de fiesta, mozos de cordel limpios é inconocibles, cargadoras de bílicas monteras vistosas, arrieros á medio vestir, petimetres de la capital estrepitosos, de andar afectado y de rumbo inequívoco hacia la taberna de Injo, se disputaban el pequeño espacio comprendido entre la plaza cercada para la corrida de toros y la acera occidental, por donde iba con mi padre á ver la feria. En el camino me sorprendió un espectáculo absolutamente nuevo. Un hombre sentado á la turca, en el suelo limpio, tenía delante de sí un cuadro de cartón grande dividido en cuadros más pequeños, cada uno de los cuales contenía una figura de animal, humano en veces, por lo general alado ó cuadrúpedo. En la mano tenía este hombre una bolsa llena, según me parecía, de piedrecillas, por el ruido con que contestaban á los dedos indiscretos de su poseedor, cuando trasegaban entre ellas. Niños, jóvenes, ancianos y ancianas estaban alrededor del cuadro. Depositaban, con ojos llenos de esperanza, una moneda sobre tal cuadro de los pequeños. El hombre se ponía á sacar fichas. Como sacara una que no correspondiese á las cubiertas con una moneda, se llevaba, sin sorpresa de parte de los jugadores, todas las monedas colocadas sobre los cuadros pequeños. Quise detenerme á ensayar mi suerte. "Es inútil," me dijo mi buen conductor; "si quieres darle á ese hombre la moneda, puedes hacerlo sin la formalidad del apunte. Entrégasela. Te mirará con respeto en adelante, pues comprenderá por tus ojos y por tus acciones que con este género de asechanzas no puede engañarte. La ambición y la credulidad humanas no tienen límites. Mira ese cuadro: tiene 72 figuras. Los apuntadores son tres ó cuatro. El tallador, por su parte, tiene cuidado de que no sean muchos. El, para ganar, tiene 68 figuras, y cada uno de los que apultan tiene sólo una probabilidad entre las 72. Sin embargo, cuando yo era niño como tú, ya venía este hombre todos los años, durante la semana de feria, á solicitar el concurso de los asociados, en esta forma extraña, para subvenir á sus necesidades. Creo que yo solamente he llegado á descubrir lo improbable de ganar con este juego. Todavía acude la gente como en mis años de candor. El Estado tiene prohibido el juego. Pero en tres días del año, en cada distrito, se da libertad para ejercitar esta universal inclinación del género humano. Como los distritos son noventa, y los días de libertad absoluta están distribuidos de modo que

no coincidan, el individuo que prefiere el juego á otros medios de subsistencia, puede trasladar su residencia de un lugar á otro, y acomodar con holgura sus penates en los distritos que se hallen entregados á gogocijos públicos. De esta manera se realiza una libertad ideal dentro de los reglamentos aparentemente tiránicos que ha dictado el Gobierno. Estas ferias sirven además otro fin. El Gobierno ha convertido en monopolio la fabricación de liciores. En vez de fabricarlo él mismo y venderlo á los consumidores, por un natural sentimiento de delicadeza, vende el derecho de producirlo á ciertos individuos. Al mismo tiempo, lo que parece contradictorio, dicta leyes severas contra la embriaguez. El destilador se queja, y para salvar las circunstancias, el Estado determina que haya en cada distrito tres ó cuatro días de gogocijos públicos cada año, durante los cuales la policía echará una mirada indiferente sobre los juegos de azar y sobre los excesos de la bebida, que suelen parar en embriaguez. Así es como Cabriolas, Cosiaca, Cuartas, los Conejos y toda la tribu de los aficionados á la pasión del juego y á la expansión de las libaciones espirituosas, recorren en el año todos los ámbitos de la provincia y adquieren cierta irrevocable notoriedad dentro de nuestras recelosas fronteras. Con todo esto adquirimos otra ventaja. Los distritos se mezclan unos con otros durante los gogocijos públicos. Las gentes de los diversos puntos del Estado se ponen en contacto. De esa manera se pulen las anfractuosidades de campanario y la tribu adquiere una conciencia regional más vasta y generosa. Este papel lo desempeñan en Alemania las Universidades; aquí está más al alcance de todas las fortunas y gustos."

En este momento pasábamos cerca á un vistoso y formidable almacén de liciores, en cuyo recinto no había más que un vendedor de cara pálida y expresión fatigada. Introduce la vista, desde la puerta, por los amplios recodos del almacén, á buscar los clientes. No había ningunos. Esto me causó sorpresa. Mi padre lo notó, sin duda, porque añadió como hablando consigo mismo: "La necesidad de esparcimiento es vieja como el mundo. El hecho de que el licor les sea necesario á algunas personas para lograr una alegría transitoria ha complicado curiosamente las costumbres. Este Don Blas, dueño de este vasto almacén de venta de liciores al por mayor, ejerció la profesión de venderle directamente al consumidor en pequeñas cantidades las bebidas usuales, y con eso perdió de un lado la consideración social y del otro la tranquilidad de su conciencia. Abandonó el oficio de cantinero, con que se había enriquecido, hizo pública confesión de sus faltas, y al cabo de cierto tiempo abrió este almacén, en que vende al por mayor lo que antes suministraba al por menor y directamente á los consumidores, en beneficio de ellos, pues les ahorra el costo de uno ó más intermediarios. Antes vendía cinco hectolitros por semana. Las gentes honradas le negaban toda consideración. Hoy expende ciento, y ha vuelto á recuperar sus buenas amistades. La sociedad lo acata y está para emparentar, por matrimonio de sus hijas, con las antiguas armas del lugar."

Cuando mi excelente guía hubo terminado este discurso, llegábamos á la feria. Un titiritero nos convidaba en términos ensordecientes á que penetráramos á su recinto, cubierto con telas de muchos colores, en que alternaban los oros muertos del damasco con algunos fragmentos de alfombra de figue. Seguimos adelante: aquí estaba un juglar. Tenía un auditorio tan numeroso que no nos fue posible acercarnos. Más lejos, en una pequeña eminencia, un hombre divertía á las muchedumbres con un sencillo espectáculo. Sobre una mesa que parecía de hierro, rodeada de una verja alta, y cubierta hasta el suelo por unos paños rojos, había dos pavos que miraban á la muchedumbre con la tristeza acostumbrada de sus fisonomías. Cerca de la mesa, con un mohín de afectada indiferencia, un músico del campo rasgaba las cuerdas de un violín. Los pavos ballaban sobre la mesa al compás de la música. Cuando el músico le daba treguas al instrumento, suspendían los pavos el baile, y prorrumpan en aplausos sinceros la humanidad circunstante.

De regreso á la casa, no pude menos de expresarle á mi padre la sorpresa que me causaban estos frutos de la paciencia y de la educación sobre una criatura en apariencia tan poco inteligente. Acaso el pavo había sido calumniado, como la mula; acaso la lengua popular erraba en sus consejos sobre la inteligencia de los animales. "Eso no es el resultado de la educación, dijo mi padre. Se trata de una

lenta tortura. La mesa que viste tiene las tablas de hierro. Debajo, dentro de las discretas cortinas rojas, hay un brasero. Cuando la mesa se calienta hasta el punto de hacerse intolerable para las patas de los pavos, los pobres animales saltan para aliviarse de las quemaduras, y no salen del recinto porque la verja es suficientemente alta para impedirlo." La explicación me pareció plausible. Solamente había un pormenor que me parecía escaparse á las mallas de la teoría. Los pavos seguían el compás de la música. "Es una mera apariencia, dijo el sabio mentor. El violinista sabe lo suficiente para seguir el compás de los saltos epilépticos de esas pobras criaturas, y la gente que aquí se reúne está prevenida para observar, como es lo ordinario, que el danzante sigue al instrumento, y nó el violín al danzante. Esto es lo que sucede, añadió, en las relaciones ordinarias de la vida. Trata de acomodarte tu instrumento al paso de los bailarines, filósofos, morales, políticos y literarios que ensayan delante del público sus diferentes compases. Es siempre muy difícil hacer creer al público que son los pavos, con sus torpes saltos, los que señalan el compás de la música en esta feria enorme que se llama la civilización cristiana."

B. S. C.

EL CORAZÓN COPIOSO.

(Ensayos de Estética.)

EL MOMENTO ESTÉTICO.

El espíritu del hombre, en su perdurable vuelo á la rapiña del *conocer*, que vale tanto como *sentirse vivir* (sentir un miembro es dolerse de él; sentir la vida es dolerse de ella), se cierna, igual que el gypso y otras aves de presa, en grandes y mesurados círculos; y cuanto más alto sube mayor radio se abre á su sagacidad, y más á plomo y certeramente se abate sobre la víctima que ha de devorar. Síguese á esto, el codicioso engullir, que de la plenitud rebasa hasta la saciedad, la desgana, la modorra, y, después de algún tiempo, un nuevo renacer á los círculos altaneros y á la rapiña.

Por idéntico modo, el espíritu del hombre vuela hasta el cielo por mejor descubrir y aprehender lo que anda á ras de tierra; y, á cada nueva idea que aprisiona y asimila, es tiranizado, á pesar suyo, por una dinastía hereditaria de sentimientos sucesivos: codicia glotona, plenitud, saciedad, desgana y pereza congojosa. El último estado es el que nuestros místicos denominaban de insensibilidad y pérdida de la gracia, el cual concluye por engendrar un ansia más vehemente de subir hasta Dios, de volar otra vez.

En el orden del conocimiento, este estado corresponde á aquellos períodos de nuestra vida en que, después de habernos creído punto menos que en la secreta oficina de la trama universal, confesamos, muy por lo bajo y en la sombra piadosa de nuestro corazón, que no sabemos nada de nada, fuera de nosotros mismos, y cómo nuestros sentimientos son nuestro único patrimonio cognoscitivo. Es una secreta humildad que de ordinario se acompaña de aplaciente sosiego y de una á manera de certidumbre de que aquellos sinceros y desnudos sentimientos que constituyen nuestro personal patrimonio son, al propio tiempo, patrimonio de los demás hombres; por donde, en lugar de encontrarnos solos é insulados de nuestros semejantes por un mar muerto de ideas, experimentamos una templada atmósfera, abrasándonos y abrasando á todos, y que nuestra vida participa de otra vida más vasta y duradera; porque las ideas, y sus hijastras las opiniones, separan y enfrentan á los hombres, así como los sentimientos los ayecean y confunden. Este momento del "sólo sé que no sé nada fuera de mí mismo" es el momento inicial estético.

EL ESCOLLO.

De aquí el que discurre sobre arte y filosofía del arte, en tono doctrinal, sea expresa temeraria y, no pocas veces, futil. No es raro leer, al comienzo de los tratados de estética, frases como la siguiente: "El problema de la naturaleza de la belleza y del arte ha sido abandonado muchas veces por insoluble." (*The Philosophy of the Beautiful*, W. Knight.)

Escribe Tolstoi (*¿Qué es el Arte?*): "Se da por sentado que todo el mundo sabe y comprende lo que significa la palabra *belleza*. Pero lo cierto es que no sólo no lo sabe todo el mundo, sino que después que los pensadores más sabios y profundos, desde hace ciento y cincuenta años — la *Estética* fue fundada por Baumgarten, 1750 — han escrito

sobre la materia montañas de libros, la pregunta ¿qué es belleza? está aun sin responder, y cada nueva obra sobre estética propone una nueva solución. Bien que la hayan disecido millares de sabios, durante ciento y cincuenta años, la palabra *belleza* sigue siendo un enigma. Los alemanes, de su lado y según su estilo, la definen de cien maneras diferentes. La escuela fisiológica de los ingleses, Spencer, Grant Allen y algunos más, replican de otro lado. Y por su parte, los franceses, Taine Guyau y sus sucesores. Todos estos tratadistas han conocido y reputado insuficientes las definiciones enunciadas con anterioridad á ellas por Baumgarten, Kant, Schiller, Fichte, Winckelmann, Lessing, Hegel, Schopenhauer, Hartmann, Cousin y mil más. ¿Qué cosa, pues, es esta extraña noción de la *belleza*, que parece tan sencilla á quienes de ella hablan sin meditación, pero que nadie consigue definir en ciento cincuenta años, lo cual no estorba á que todos los estéticos funden en ella sus teorías sobre el arte?"

EL ARTE Y LAS ARTES.

La palabra arte tiene dos acepciones: una restricta y otra más amplia. En la primera arte equivale al *hacer reflexivo* ó conjunto de reglas que conducen fácilmente á un fin. En tal sentido son artistas cuantos viven de las artes liberales, ebanistas, herreros, alarifes, etc., etc., y son arte ciertos manuales ó tratados, ora en verso, ora en prosa; por ejemplo, el *Ars Amandi*, de Ovidio, y *El Arte de no pagar al casero*, que á diario pregonan los magnates del hampa, en la Puerta del Sol. En la segunda acepción, entendiéndose por arte cierta particular manera de realizar belleza, y así, se dice arte, por antonomasia, aludiendo á las bellas artes. Dividense las bellas artes, según su materia sea corpórea ó incorpórea, en artes imitativas ó plásticas — escultura, pintura — y artes expresivas — literatura, música.

Conviene tener en cuenta esta división, porque es conforme naturaleza, necesaria para la buena inteligencia del arte, y no arbitraria, confusionista, como otras que los tratadistas de estética gustan de inventar.

Hay otras dos bellas artes, arquitectura y oratoria, de las cuales se duda si son artes puras ó artes mixtas, por cuanto el propósito de realizar belleza está en ellas supeditado á un fin último, la utilidad y el convencimiento respectivamente. Puras ó aplicadas, ello es que la arquitectura entra naturalmente en terna con las artes plásticas y la oratoria con las expresivas. Esto es lo más sumario acerca del arte, lo que todo el mundo sabe y en lo cual dudo que haya discrepancia. Pero, en rigor, saber esto es saber muy poco; mejor dicho, es no saber nada. Arte es una manera de realizar belleza. Y ¿qué es belleza?

EL PROBLEMA Y EL MÉTODO.

Aquí comienza ya la disparidad de juicios y el choque de ideas. Quiénes aseguran que belleza es lo acostumbrado; quiénes que lo placentero; éstos, no la conceden sino á lo provechoso ó útil; aquéllos, á lo que es conforme á orden y está dotado de armonía; aquí, sostienen que nace por asociaciones ó sugerencias que los objetos despiertan en nuestra conciencia; acullá, que radica en lo característico y significativo; y, en suma, como se dice en *La Celestina*, "no es menor la disensión de los filósofos en las escuelas que de las ondas en el mar."

¿Qué método hemos de seguir en la investigación de lo que sean arte y belleza? Dos parece que hay. Primero: el histórico, ó sea revisión de lo que la humanidad reputó como arte y reverenció como belleza en diferentes edades, y de aquí extraer en la medida de lo posible una noción general que todo lo abarque. Segundo: el psicológico, el más en uso, que consiste en adentrarse por el espíritu humano y desentrañar el misterio de la emoción y del juicio estéticos.

Parece que sólo hay dos métodos; sin embargo, parando en ello la atención, se hace el hallazgo de uno tercero, ensambladura de los otros dos.

EL VINO GENEROSO.

Así como en un vaso de vino generoso están plenariamente las cualidades específicas de generosidad de toda la cosecha, así el hombre individual es compendio, trasunto de la humanidad, y en su vida menguada se reúnen en sustancia las fases matrices de la historia universal.

Tomaremos un hombre hipotético, imaginando que su vida es tan fértil en ciclos sentimentales como se nos

alcance. Tomémoslo desde la aurora de su conciencia hasta su definitiva formación, y de esta suerte seguiremos de un modo histórico, los diversos sentimientos y nociones de arte y belleza que vaya adquiriendo y superando progresivamente, según los tiempos, y, de un modo psicológico, el arcano mecanismo en cuyos oscuros limbos se fraguan aquellos sentimientos y nociones.

LOS SENTIDOS ESTÉTICOS.

Se ha dicho, con frase donosa, que en la historia de la civilización el tamboril precede á la rueda, lo cual demuestra que cronológicamente el arte es anterior á la ciencia.

Tanto el tamboril como la rueda son formas superiores de arte y ciencia. Es fuerza atenerse á formas rudimentarias, en donde más por lo claro se manifieste aquella originaria y santísima impresión que es célula del organismo estético, así como aquel primer acto de conciencia que es punto de donde arranca la actividad científica.

En la vida del hombre individual, el arte se anticipa á la ciencia. El niño, antes de los primeros balbuceos del lenguaje, disfruta ya de sentimientos estéticos. Desconoce aún la emoción de la forma y de la línea; su necesidad de movimiento, que se traduce en gusto del juego, se satisface con cualquier objeto que se le ofrezca. Pero, es sensible ya á las emociones del color y del sonido; ya colores y sonos que le placen y otros que rechaza y le desplazan. Y no sólo en el niño, que también en los animales, se da esta forma virginal de la emoción y el juicio estéticos.

Es decir, que de los tres elementos que intervienen en la estimación del valor estético (1.º impresión sensible, 2.º forma del contenido), comenzamos por recibir el primero, impresiones apacibles ó desapacibles de color y timbre. O lo que es lo mismo, en la formación de nuestra conciencia estética la primera cualidad que penetra á formar el concepto de belleza es la de lo agradable ó gustoso para la vista y el oído. El niño se esfuerza por expresar estas primeras emociones de color y de timbre, y antes de aprender el lenguaje, ya constituido y pétreo, de sus mayores, tantea por cuenta propia la creación de un lenguaje, el cual es onomatopéyico, imitativo, realista, sensual, y este hillo tembloroso y divino es el manadero de donde brota lo que andando los años ha de ser arte literario.

JUEGO, DANZA, RITMO.

Tomemos á este niño algún tiempo más tarde, dotado ahora del maravilloso instrumento del lenguaje, entre el cuarto y el décimo año de su infancia ó puericia, esa edad cuya cualidad es, según Galeno, caliente y húmeda.

Este niño pasa, día por día, á través de emociones cada vez más complejas. Siente dentro de sí fuerzas superabundantes, con cuya expresión no atina, y que le inducen á correr, danzar y saltar. Al propio tiempo, su curiosidad no admite hartura; parece que de continuo está apacientándose de realidad. Bulléndose dentro de su espíritu, como guijas en una linfa mansa y pulcra, trasparecen las fuerzas é instintos conservadores, aquellos que los griegos no tenían reparo en llamar virtudes; el egoísmo, la crueldad, el orgullo, el imperio. Es un sér inormal, que no siente simpatía por las cosas, y es cada día un sér más estético. Una de sus categorías estéticas es la de lo provechoso, lo útil. Otra, el gusto de la armonía, que como en albor resplandece en aquellas danzas, saltos y cánticos á que se siente movido por comeción tumultuosa. "El hombre, dice Platón, ha recibido de los dioses, junto con la necesidad de movimiento y el sentimiento de placer, necesidad y sentimiento de ritmo y armonía."

En esta etapa de la formación estética se puede emplazar la teoría del *spiel-trieb*; ó impulso del juego como origen del arte, de Schiller. Para este poeta: "el objeto del impulso sensitivo es *vida*. El objeto del impulso formal es *forma*. El objeto del impulso hacia el juego es *forma viviente*, la cual en su sentido más amplio es *belleza*."

EL HOMBRECITO CAVERNARIO.

Otro tipo de la actividad estética de este niño es el carácter gráfico. Marcos de puertas, batiendes de ventanas, pareses, y todo aquello que ofrece una superficie idénea, será lleno de dibujos, torpes y vacilantes, en ocasiones expresivos sobremañera, que recuerdan el arte cavernario. Estos dibujos del niño por lo regular reproducen el modelo según un procedimiento de síntesis, de abstracción, simplificándolo y reduciéndolo casi á un esquema ó signo, á modo

de escritura jeroglífica, y su expresión antes que individual es genérica.

Hagamos en este punto una observación de cotejo entre el origen de las artes imitativas y el de las expresivas. Vemos que las primeras manifestaciones de las artes imitativas consisten en una generalización ó abstracción de lo imitado, así como, contrariamente, aquella primitiva virginidad del lenguaje, lo mismo que del primer ritmo musical, son imitación estrecha de la realidad. Y así, el proceso de evolución y perfeccionamiento de una y otras artes es antitético. Las artes imitativas van adiestrándose en la cenida reproducción de lo concreto, en realismo; así como las expresivas quebrantan el molde de lo particular y ganan progresivamente en generalidad, en capacidad, diríamos en vaguedad, que es órgano de infinitud, en idealismo.

METERSE EN VIDAS AJENAS.

Otra observación de esta edad de la puericia. Su curiosidad por las cosas enderredor y su falta de simpatía hacen que sobre ellas se proyecte, infundiéndoles personalidad y espíritu semejantes á los suyos propios. Adviértase que la falta de simpatía no es sino exigencia ó presunción de que los demás sientan lo mismo que nosotros; así como la simpatía es aquel cordial renunciamiento de nuestro mundo interior que nos lleva á sentir al tono de los demás. La primitiva poesía lírica, lo que los tratadistas suelen llamar pura poesía subjetiva, es poesía *antipática*, en la acepción literal del vocablo.

El niño es animista. Las cosas tienen para él táctica vida pueril, no de otra suerte que la suya propia. El niño destruye sus juguetes, y no por impersonal afán inquisidor, científico, sino por algo que pudáramos definir como diletantismo estético, ya que, no pudiendo destruirse á sí propio, escudriña en las entrañas de quienes son sus semejantes la incógnita razón de aquella su vida nebulosa, incierta. Aquí está, por decirlo así, el germen más remoto de la novela psicológica.

EL DIVINO PLATÓN Y PLOTINO, EL DIVINO.

Permitásenos que hagamos una ligera pirueta en el tiempo.

El infante ó niño se ha convertido en adolescente, ha llegado á aquella edad agil, que va de los catorce á los veinticinco años, y cuya cualidad, según Galeno, es caliente y seca.

En este período, la vida psíquica de nuestro sujeto de estudio se ha enriquecido en extremo, alcanzando tan contradictoria complejidad que es punto menos que imposible reducirla á centros sumarios. Desentendiéndonos de toda otra esfera de su desarrollo consciente, nos atendremos tan sólo al paulatino crecimiento de sus emociones y juicios estéticos.

Es esta la edad en que la mujer, con cantos é indeseifrales señuelos, nos aficióna y delecta. Es esta la edad en que por vez primera surte volando de nuestra lengua, árida por la pasión, una palabra alada: *belleza*, *hermosura*. Hasta ahora, el calificativo *bello* era vestidura inerte, vacía y rutinaria, sin interioridad, como atavíos puestos en maniquí de mimbre; mas ahora, es el ropaje de un contenido tremante y tibio, como de carnis inmortal. Es esta la edad del amor, en que no solo la persona amada se erige como encarnación de toda belleza, sino que cuantos seres de naturaleza ó de la industria están en torno de ella, sus muebles, su casa, sus prendas de vestir, la ruta que acostumbra recorrer, las hojas secas que acaba de pisar, todas son cosas que reciben de ella una hermosa reflexión y reúnen nuestro ánimo á rendimiento y devoción. Fígrasele la belleza á la manera de un foco de luz increada é invisible, con existencia mística, de la cual no percibimos sino sus emanaciones y aspergeadas luces, y en aquel centro de donde tan sutil lumbré irradia, hermosa y bondad se unifican y abrasan, como lenguas de una misma hoguera.

Y este es el momento en que el hombre se inicia en la estética platónica y neoplatónica.

EL PRIMER DESALENTO.

Mas, en esta razón afectiva de su existencia, si el mozo ó adolescente de que tratamos es discreto y observador, como suponemos, y particularmente apto para la especulación estética, echará de ver, lo primero, que aquella persona á quien él juzga suma y compendio de belleza y perfección, no lo es así para otros mozos de su edad, sino que cada uno de ellos, de su parte, han consagrado como belleza única la

persona á quien aman; por donde habrá tanto linaje de belleza como número de enamorados. No será raro que el conocido proverbio "quien fe ama, hermoso le parece," adquiera sentido para nuestro adolescente.

Y como damos por hecho que, fuera de sus complicaciones afectivas, este mozo sigue los dictados de una vocación artística, y, en consecuencia, anda muy afanoso *inquiriendo* en libros, academias y corrillos, á la busca de una clara noción del arte y de la belleza, hallará, con gran tribulación de su espíritu, que también en este terreno hay tanta variedad de belleza como de opiniones, y de opiniones como de individuos, y que lo que para éste es feo, es hermoso para aquél y viceversa.

En esta etapa del juicio estético se emplaza la denominada *estética empírica*, cuyo método es simplemente una acumulación de hechos, los cuales afirma ser irreductibles á un principio único. Su tipo científico es la botánica ó la zoología. Para esta estética ¿qué es arte? Esto y aquello, y lo de más allá, y así una enumeración hasta el infinito.

EL MURO DE LEONARDO.

Lo segundo que echará de ver nuestro adolescente es que aquellos humildes objetos inanimados, en los cuales, por relacionarse en algún modo con la persona amada, había parado él atentas mientes, y luego puesto una mirada de amorosa tentura (los árboles de una avenida, por ejemplo), si bien en un principio no tenían para él sino belleza prestada y de reflejo, á modo de virtud evocadora, habían concluido por mostrarse con belleza suya propia, específica, autonómica. A la postre le parecieron bellos, peculiarmente bellos, con independencia de toda asociación de ideas ó de sentimientos.

Y como el mozo es agudo, deduce que el secreto de que las cosas nos emocionen como *bellas* está en que las contemplemos *atentamente y con amor*. La capacidad del vocablo *belleza* se ha anticipado desmesuradamente.

En este grado de la formación estética, surge la *estética naturalista* de Leonardo da Vinci, para quien todas las cosas eran bellas si se atina á contemplarlas con atención. "No me olvidaré — escribe Leonardo — de incluir entre mis preceptos (para los pintores) una nueva invención especulativa, la cual, si bien parece menuda y acaso digna de risa, no deja de ser de gran utilidad para despertar el ingenio (*benché sia piccola e quasi degna di riso, non di meno è di grande utilità á destare lo ingegno*)." Consistía esta invención en conducir á sus discípulos ante un muro viejo, manchado ó á medias deruido, y mantenerles frente á él hasta que, en fuerza de atención, desentrañasen de las manchas y aufractuosidades del muro infinita riqueza de formas y similitudes de belleza natural. "Acontece — agrega Leonardo — con esto del muro como con las campanas, en cuyo sonido hallais el nombre ó música que imagináis."

GLORIA, DE ROSADOS DEDOS.

Es esta la edad en que nuestro mozo ha sentido que su vocación artística se afirmaba, imprimiéndole un derrotero para lo porvenir.

En él, como en todos los artistas, habidos y por haber, pudiera establecerse esta ecuación: *vocación = sed de gloria ó noble concupiscencia de la inmortalidad*.

¿Por qué sentido tiene la palabra *inmortalidad*? Inmortalidad es vencimiento de la muerte. Fue el primer grito del hombre en el paraíso: ¡queremos ser inmortales!

Y ¿qué sabe este mozo todavía de lo que es la muerte?

LA VIRGEN Y EL IDIOTA.

Por lo pronto, anda muy atarado en saber á qué atenerse acerca del arte y de la belleza.

Es seguro que se le habrá presentado al espíritu esta contradicción: un borracho es un sér repleto y feo; este mismo borracho es un objeto bello y admirable en un cuadro de Velazquez. Una doncella es una cosa más bella que un idiota; sin embargo, no se puede afirmar que la *Madonna del Granduca*, de Raffaello, sea más hermosa que el *Bobo de Coria*, de Velazquez.

Con esto había establecido una diferencia entre lo bello natural y lo bello artístico, dando en la cuenta de que lo vulgarmente llamado bello natural no es sino lo agradable ó gustoso, siempre que caiga dentro de la jurisdicción de los

sentidos de la vista y del oído. No otra era la estética de Sócrates *τὸ καλὸν εἶναι τὸ ἐὶ ἀκοῆς τε καὶ ὄψεως ἡδὴ*; lo bello es lo que al ojo y al oído place.

BORGO ALLEGRO.

Y al propio tiempo habrá alcanzado la conclusión de que lo bello de arte, en las artes plásticas, no es otra cosa que la cumplida imitación de la vida; y no de la vida en su aspecto externo y formal, sino de la vida y su expresión. Es decir, que habrá visto cómo las artes plásticas son, de una parte, mera técnica, un artificio, y de otra parte un *quid* divino y genial que á muy pocos artistas les ha sido otorgado.

Este momento de la especulación estética de nuestro sujeto puede ponerse en paralelo con aquel otro que refiere Vassari, del cual nace toda la pintura del Renacimiento. Y fue que, habiendo pintado Cimabue una *Madonna*, tomada del natural, el pueblo florentino, lleno de maravilla y entusiasmo, la pasó en triunfo, durante varios días, por las calles de la ciudad; hubo públicos regocijos, "porque — escribe Vassari — los florentinos decían que aquella *madonna se parecía á la vida*." Aquel barrio en donde vivía el pintor fue llamado *borgo allegro*, alegre barrio, nombre que aun subsiste.

Para nuestro mozo, por el momento, idealismo y realismo en las artes plásticas se amalgaman de suerte que es imposible desglosar un término del otro. Todos los renacimientos propiamente idealistas, en pintura, han nacido de una interpretación más estrecha de la realidad.

EL PALILLO DE DIENTES.

Si en lo que atañe á las artes imitativas, este mozo se ha reposado en algunas conclusiones verosímiles, no así en aquello que se refiere á las artes expresivas. Aquí, arte y belleza se ofrecen con sutileza contradictoria, inasible, huída. Gira los ojos en torno, y echa de ver que hay un código reinante, de temas emotivos, y una disciplina, tanto literaria como musical, que impera, en suma, un determinado estilo y matiz de la sensibilidad, los cuales están á la moda: los críticos los imponen y el público asegura recibir de ellos emociones inefables.

Puede acontecer que tales formas de arte, aceptadas por los esogicos como la última expresión del más genuino arte moderno, no le den á nuestro joven frío ni calor. Pero, ya se librará él de confesarlo, por miedo de que se le vitupere de romo é insensible.

Es esta la época en que, después de haber experimentado la vitanda corrosión del tedio, durante una ópera de Wagner, salimos del teatro con gesto de éxtasis, superpuesto en nuestro semblante, como el hidalgo de antaño salía con el palillo de dientes en la boca, después de no haber comido.

LA VOLUNTAD DE SENTIR.

Sin embargo, nuestro joven, que es hombre de buena voluntad, se ha obstinado en sentir las mismas emociones que sus contemporáneos aseguran experimentar, y así, en fuerza de *autosugestión*, provocando en su espíritu pequeñas epilepsias, por gradaciones sucesivas llega á adquirir aquel raro don de sensibilidad que le estaba vedado, y fruir de aquel arte que antes no le daba frío ni calor. Y . . . (porque es artista activo) aun á producir él mismo obras de arte por tal estilo; arte cuya génesis está, no en las impresiones recibidas del mundo real, ó en coordinación con él, sino en cierta impetuosa fuerza interior, á manera de vendaval que, atravesando el bosque virgen de la imaginación, levanta grande y fragoroso estruendo.

Con esta etapa de la evolución estética ensamblian, por diferentes artistas, la *estética del romanticismo* (el *yo*, imponiéndose á la realidad natural) la *estética del medio ambiente* (el *yo*, obra de la sensibilidad de una época), y la *estética fisiológica* (el *gusto* es la facultad estética por autonomasia; el *gusto* es hijo de la costumbre, lo bello es lo acostumbrado).

CRÍTICA.

Sucede que nuestro sujeto acostumbra fumar y beber cerveza, porque en ello encuentra *gusto*, si bien declara en su fuero interno que este *gusto* es una aberración del paladar, y le costó no menos esfuerzo hacerse á la cerveza y al tabaco que á la música de Wagner. Con lo cual le embiste cierta vaga aprensión de que algunas formas del arte expresivo son aberraciones provocadas voluntariamente.

DECADENTISMO.

Mas, como es lo frecuente en toda aberración, lejos de pretender dominarla, nuestro mozo es señoreado más y más por ella, y llega fatalmente hasta elaborar un nuevo sistema estético que podemos compendiar así:

“La belleza es eración del hombre. La belleza reside solamente en la forma elaborada por el artista. La belleza debe afectar por entero nuestra sensibilidad. La forma será tanto más perfecta en la medida del mayor número de emociones de toda índole (visuales, olfativas, táctiles, auditivas, y hasta cenestésicas) que nos provoque. El arte no debe expresar, sino sugerir, y de aquí que las artes se ennoblecen según ganan en vaguedad. La jerarquía ascendente de las bellas artes, es: escultura, pintura, poesía, música. La música es el arte supremo, porque nos derrite en la sustancia de lo inefable. Las fronteras que separan las unas de las otras artes se disuelven y borran, de suerte que la escultura, por sutiles procedimientos, acierta a sugerir sensaciones de color y movimiento; y la pintura realiza armonías musicales y sentimientos morales; y la poesía, abdicando de todo contenido conceptual, el cual se formula con verbos y adjetivos, aspira a la musicalidad, y como que quiere volatilizarse en melodioso enjambre de sensaciones puras, sin nexo, sustantivando hasta lo adjetivo. El goce estético es la beatitud de la vida, renunciamiento al mal raíz del pensar (Shopenhauer).”

En resolución, es esta la *estética esteticista ó decadente*, la estética de Mallarmé, que se exhala como un anhelo en aquel conocido verso: *L'azur, l'azur, l'azur, l'azur, l'azur*; la estética de Verlaine, de *la musique avant toute chose*; la *estética anárquica*, en que un arte invade las provincias de las otras artes, por manera que la poesía lleva tales títulos como *Acuarelas, Claro-oscuro, Canción sin palabras, Friso, etc., etc.*, y la pintura se decora con rótulos tomados del arte de la música, y la música, se encabeza en expresiones tomadas del arte de la pintura.

EL CANTO DEL UNIVERSO.

Raro es el artista que no ha atravesado en su proceso crítico por una fase esteticista. Pero nuestro sujeto de observación ha reaccionado, la ha superado; precisamente al entrar en la juventud, edad que comienza a los 25 años, y cuya eualidad, según Galeno, es caliente y seca, y su humor y elemento preponderantes son la cólera y el flegma.

Aquel amor desordenado y turbulento de la adolescencia se ha trocado en un matiz de sentir, más recatado y avisor. En lugar de ser, como antes era, llamada mística ó ciclo abierto, es ahora fuego contenido y latente, cautivo en una arma que apunta al blanco. Este blanco, como se supone, es la propagación de la especie, es, dentro de las normas sociales, el matrimonio. Siente nuestro sujeto, en lo más retirado de su conciencia, por modo brumoso por cierto, que si ha venido al mundo ha venido con un solo fin, el de perpetuar la vida sobre él. Por donde, viéndose como pretexto y causa eficiente de lo futuro, véase al mismo tiempo como propósito último y conclusión de lo pasado. He aquí que los estadios estupendos de la historia cósmica y terráquea no han sido en verdad sino enorme, concienzuda y amorosa preparación para que él viviera. Y hasta cree, por un momento, que los astros danzaron alegremente en gigantescas órbitas alrededor de su cuna, no de otra suerte que las buenas badas danzan en torno á la cuna de los hijos de los reyes. Este joven ha adquirido conciencia de su dignidad humana. Este joven comprende ahora el hondo sentido de aquel proverbio persa que declara: *nadie se atreve á decir que ha vivido hasta tanto que no haya plantado un árbol, escrito un libro y hecho un hijo.*

Parécida á la sensibilidad actual de nuestro sujeto, fue la del Renacimiento. El Renacimiento cultivó personalidades humanas como hoy se cultivan orquídeas (A. Symonds).

Dentro de esta manera de sensibilidad cae también la estética de Walt Whitman, el gran poeta democrático, porque democracia no es otra cosa que el sentimiento de la dignidad humana.

TINIÉBLAS SOBRE LAS CUMBRES.

La reacción contra este estado de *exaltación del yo* ha sido rápida é intensa. Mal que pese á todas las imposuras del corazón y la cabeza en que para consigo mismo incurre nuestro joven, el temor de la muerte le atosiga,

Y ya no consigue verse en la cima ó *acmé* de los tiempos pretéritos, sino que se contempla como sombra efímera é ilusoria, desvaneciéndose en el umbral de los tiempos venideros. Y ahora sí que le acomete con todo ahínco la vocación de la inmortalidad. Por sí mismo comprende (en uno de esos lampos del pensamiento ó certidumbres subitáneas, tan claras que van siempre seguidas de inmediata sombra y olvido), que el sentido de la historia y de la civilización humanas no es sino ardiente ansiedad por ampliar el radio de la vida individual. Religión, arte, ciencia, son formas de esta ansiedad. Pero, estos tres centinelas avanzados sobre el territorio del misterio y de la muerte, están inermes y ciegos. Nuestro joven asegura que religión, arte y ciencia son actividades necias ó pueriles, superchería ó ilusión, algo como jugar al cascajo.

¿Cómo conseguir la inmortalidad? Quizás mediante el olvido de la vida presente; bien sea por ganar la bienaventuranza en otra vida (santidad); bien exacerbando las fuerzas activas de la personalidad (heroísmo); ora sacrificándose á la consecución de un fin objetivo (ascetismo científico); ora pulverizando el espíritu en millones de partículas, aventadas sobre la consideración ajena (renombre artístico). Pero, ya lo hemos dicho, nuestro joven no cree en la religión, ni en el heroísmo, ni en la ciencia, ni en el arte. Da por sentado que el mundo es únicamente su representación, y que habiéndose muerto él, todas las cosas retornarán á la primera y disforme nada litérgica. Tiene horror á la muerte y al *esfuerzo*, que por otro nombre se suele llamar *trabajo*, porque dice que á nada conduce. Y, sin embargo, padece la perentoria necesidad de satisfacer dos necesidades crueles: la una, espiritual, de acallar el miedo á la muerte; y la otra, orgánica, de aplacar el prurito de movimiento, anulando el esfuerzo.

LA ALEATORIA.

Acaso nuestro joven se entrega, como sucedánea actividad estática, á los juegos de azar. Descubre que la fascinación del juego está en que bajo su acción se desvanece el sentido del tiempo, y de aquí nacen sus consecuencias, así placenteras como funestas, porque sin sentido del tiempo no cabe noción del trabajo, y sin ésta no cabe noción del valor; por donde, en torno de una mesa de juego se congrega una humanidad que momentáneamente se exime de la maldición paradisíaca, y goza, por lo tanto, de aquellos dos edénicos atributos que, siendo humanos, eran casi divinos: no tener miedo á la muerte ni conocer qué cosa sea trabajo (*Troteras y Danzaderas*, novela).

EL HUMORISMO.

Pero, esta evasiva no puede satisfacer á ningún espíritu serio. Nuestro joven, á tientas en la sombra, perdido de aquí para allá en los dédalos del pesimismo, busca la salida, y, por dar ánimos á su desfallecido corazón, sonríe amargamente. Como Jerjes entre su ejército, nuestro joven, cuando por caso se ve rodeado de un gran ayuntamiento ó concurso de hombres, piensa que ninguno de ellos vivirá en trascuriendo un siglo, y experimenta por ellos, por sus afanes y menudas ambiciones, una simpatía sobria y maligna. Los observadores superficiales le califican de hombre irónico y mordaz. He aquí la etapa de la *estética humorística*. El *humorismo* no es otra cosa que la primera cansa del espíritu.

LA GRAN INTUICIÓN.

“La vida es triste, la vida es absurda,” murmura nuestro joven.

Y lo cierto es que aun no sabe lo que es la vida.

Por ventura cae ante sus ojos una sentencia de Leonardo: *Chi non estima la vita, non la merita*, el que no estima la vida, no la merece. Y por ventura también, acierta á leer la *Divina Comedia*, y hállese como en el quinto círculo infernal, hundidos en fangosa cienaga, gimen los que en vida fueron melancólicos:

*Tristi fummo
nell' aer dolce che dal sol s'allegra,
portando dentro accidioso fummo.*

Cuando vivíamos en el dulce aire terrenal, que al empararse de sol parece como si se alegrase, nosotros estábamos tristes, llevando dentro de nuestro pecho neblina melancólica. ¡*Tristi fummo nell' aer dolce che dal sol s'allegra!*

Y nuestro joven, con el corazón derretido por la lengua,

á modo de ambrosia reveladora, exclama, con palabras de otro poeta italiano: *Oh Vita, Oh Vita, donno del Dio*. ¡Oh Vida, Vida, dávida de Dios! Y en esta suprema coyuntura se encuentra frente á frente del ideal clásico del arte.

(Continúa.)

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

DE PARÍS.

EL TEATRO EN PARÍS.

Fervaal en la Opera.

NO me es posible llenar por primera vez la tarea que HISPANIA ha querido confiarme y pasar inadvertido el magnífico espectáculo á que acaba de invitarme la Academia Nacional de Música. Quiero hablar de *Fervaal*, "acción musical" en tres actos y un prólogo, palabras y música de Vincent d'Indy, representada por primera vez hace dieciséis años en el teatro de la Monnaie, en Bruselas, puesta en escena en la Opera Cómica en 1898, y que MM. Messager y Broussan se han decidido al fin á traer á la Opera. Esta revisición de una obra que debería figurar desde hace mucho tiempo en el repertorio de este teatro, es un acontecimiento de consideración. Nos consuela de tantas obras medianas puestas en escena con grandes gastos y que no tuvieron nunca más que una existencia precaria. ¿No es inadmisibile—me atrevo á preguntar—que obras del valor de *Fervaal* ó de *l'Etranger*, de *Hulda* de César Frank, del *Rey Arturo* de Chausson, de *les Troyens* de Berlioz, y algunas otras que son lo más noble y grande que ha producido el arte musical francés, deban siempre cederles el puesto á las senilidades sonoras y vacías de un Saint-Saëns ó de un Massenet? Estas obras—nos responden únicamente—no producen dinero. Pues bien, el éxito de *Pelleas* y de *Ariadna* y *Barba-Azul* en la Opera Cómica; el entusiasmo con que acaba de ser acogido *Fervaal* en la Opera, ¿no son parte á probar lo contrario? Si la dirección de estos teatros subvencionados por el Estado tuviera conciencia de su deber y se preocupara de ilustrar el gusto del público, este público vendría á nosotros con el alma y el gusto depurados, y desengañado desde luego de las banalidades con que se le quiere alimentar.

Pero volvamos á *Fervaal*. Se sabe qué artista eminente es Vincent d'Indy, el lugar que ocupa en la escuela musical francesa, la nobleza y altura de su arte, que no admite ninguna concesión reprobada por el gusto, y tiene, al contrario, la vista puesta en un ideal cada día más elevado. Por la dignidad de su vida, por su ejemplo y por su genio, Vincent d'Indy no es solamente una de las figuras más elevadas y más representativas de una raza, sino también del arte contemporáneo en su totalidad. Es esta la razón por la cual no veo un mejor principio para estas crónicas teatrales, que las líneas preliminares sobre el bello drama al cual la Opera y la opinión pública acaban de hacer tardía justicia.

Ultimo descendiente de la raza primitiva de las nubes. Fervaal es el héroe en quien la patria, amenazada por las hordas de Céltrida, ha puesto su esperanza. El druida Arfagard, su maestro, lo ha educado en el misterio. Si *Fervaal* permanece puro, "si el amor no turba nunca ni su cuerpo ni su alma," será el jefe, el Breno elegido que protegerá á Cravann, la montaña inviolable, supremo refugio de las antiguas divinidades, contra una invasión cada vez más amenazante. Pero entre tanto que estos altos destinos se cumplen, ha sido atacado, lo mismo que Arfagard, por una banda de bandidos sarracenos. Herido gravemente, no debe escapar á la muerte sino por la intervención de una princesa sarracena, Guilhen, que, conmovida de piedad por su juventud, se lo lleva á su palacio para curarlo. Fervaal, embragado por la tibieza perfumada de la primavera y seducido por la extraña belleza de Guilhen, cede á los encantos de la princesa, y luego, rescatado por Arfagard, la abandona. Doblemente herida en su amor y en su orgullo, la hija del Sol decide vengarse y lanzar á los campesinos armados al asalto de Cravann. Fervaal, llamado á cumplir con su deber, piensa en el amante. Elegido jefe, ha faltado al juramento de renunciar al amor para asegurar la victoria de la raza. Y esta es la razón por la cual le confiesa á Arfagard que él es indigno y quiere sacrificarse para rescatar la patria. Ya está él al frente de

las hordas bárbaras; su ejército ha sido diezmado y vencido; solo con Arfagard escapa al desastre. Consciente de su crimen, pero también del porvenir, suplica á su antiguo amo que ponga fin á sus días. En el momento en que el cuchillo del druida va á caer sobre su joven cabeza, una voz de llamamiento repercute en la montaña. Es Guilhen. Para ir á unirse con la "hija del Sol," Fervaal atierra brutalmente á Arfagard con el filo de su espada. Los amantes cantan la ternura y la alegría, pero he aquí que, herida por el soplo helado de las alturas, Guilhen, la rosa de Oriente, expira en los brazos del héroe. Entonces, cargado con el cadáver de la que amó con egoísmo, trepa lentamente á las cumbres y llega así, transfigurado, hacia la luz, implorando el advenimiento de otra época y del amor glorioso, vencedor de la muerte.

Tal es, á grandes rasgos, el argumento de este poema altivo, sellado con una incontestable grandeza que frecuentemente llega á lo sublime. M. d'Indy gastó poco más ó menos dos años para perfeccionarlo. Queda dicho qué conciencia, qué voluntad, qué reflexión, el autor de *Fervaal* le concede á todo lo que emprende. Han tachado este libreto de wagnerismo. Sin razón en nuestro concepto. Si es cierto que linda con los poemas de Wagner por episodios exteriores, difiere sensiblemente de ellos por la significación y el alcance de los símbolos. Sin duda se trata de un asunto legendario, y Wagner canta la pureza necesaria, la regeneración por el amor y la renunciación. Pero *Fervaal* ha violado su juramento, ha cedido á la tentación. Solamente venciendo los obstáculos que se oponían á su voluntad, ha podido cumplir su verdadero destino y triunfar.

M. d'Indy ha situado su "acción musical" en las Cévennes, su país natal, y allí podemos encontrarlo en efecto todo entero. Está allí con su personalidad compleja y sus cualidades en apariencia irreconciliables, su idealismo y su sentido de lo pintoresco, su audacia innovadora y su respeto á la tradición, su riqueza polieroma y su sobriedad de líneas, su ardor concentrado, su amor á la acción y al misterio y ese sentido de la claridad, del orden y del método, característico de su raza. El desenlace mismo, ¿no es, por otra parte como la imagen de su arte, ascendente siempre hacia las alturas? Todo no es tal vez perfecto en este libreto, y sería fácil señalar languideces y situaciones insuficientemente escénicas. Los personajes expresan algunas veces ideas demasiado generales. Pero queda del conjunto una impresión sólida que viene de la amalgama perfecta del poema y de la música. M. d'Indy ha perseguido al wagnerismo hasta sus últimos atrinchamientos, es decir, que ha sabido aplicar con una rigurosa é inflexible lógica los principios de la estética de Bayreuth, cuya imperiosa fascinación les era imposible resistir á los artistas musicales de valía de hace 25 ó 30 años. Wagner acababa de revelar al mundo maravilla una obra deslumbradora y colosal. Parecía que él solo tuviera en sus manos soberanas el poder absoluto de la música. Aunque influido por él, M. d'Indy se deshizo del abrazo del dios, y es tal vez el único compositor musical que ha podido asimilarse su técnica y su substancia haciendo obra original. Si el autor de *Fervaal* linda con Wagner por cierto lado, nosotros hemos visto también hasta qué punto se aparta de él. Se sirve del leitmotif que maneja, evoca y colora á la manera de Wagner, pero trata y desarrolla su designio melódico según la estética de Franck, su maestro, al cual le ha rendido verdadero culto y de quien recibió la más pura de sus enseñanzas. Y es así como á través de una gran inspiración, esta música, independiente é innovadora á su turno, llega por otra parte hasta Bach y Beethoven.

No es posible insistir demasiado sobre la firmeza prodigiosa, y la ciencia admirable de la orquesta y de los timbres, que revela esta partición, en cuyo perfeccionamiento gastó seis años el autor. Comenzada, en efecto, en 1889, no fue concluida sino en 1895. Impone admiración la manera cómo esta orquesta incisiva logra pintar los paisajes suntuosos ó magníficos, voluptuosos ó trágicos en que se sitúa la acción, y que hacen cuerpo con ella. Las lucubraciones orquestales tan alabadas de un Ricardo Strauss, no son sino acrobatismo bárbaro al lado de la trama rica y sólida, tanta intensidad y pensamiento, de un Vincent d'Indy. A la inversa del compositor de *Salomé*, que reviste de exterioridades suntuosas las más pobres ideas, todo está ligado en el autor de *Fervaal*, en que la materia sonora no le va en zaga en belleza al sentimiento ó á la idea.

Y ¡qué plenitud de sonidos prolongados de la más pura

culidad vierto esta música! Yo no puedo compararla sino con un hermoso metal sin liga. Ahí no se encuentra nada superfluo, ningún ornamento vano, sino una extraordinaria riqueza interior. Construida como un bello templo de sólidos cimientos, todo obedece allí á sus leyes. Al capricho y á la ventura no se les ha abandonado nada.

Este arte altivo, á la vez poderoso y refinado, libre de ciertas debilidades, no entrega desde el principio sus arcanos. Tal vez se necesita hacer unas jornadas en el país del dolor para comprenderlo. Pero cuando se llega á la edad madura y cuando el corazón, abierto un instante, vuelve á cerrarse como una corola marchita, entonces es cuando se puede apreciarlo y cuando se siente el influjo de su poder. Nos avasalla su sentimiento de la naturaleza, su frescura y su simplicidad soberana y todo lo que contiene de precioso, de oculto y de noblemente viril.

Nos queda por decir una palabra, para terminar, de las decoraciones y de los intérpretes. Me parece que no se han tenido en cuenta las indicaciones, por otra parte muy precisas, del autor. Hechas estas reservas, puede decirse que los Sres. Surias, Rochette y Landrin han preparado decoraciones á las cuales no falta, en suma, sino poca cosa para ser completamente bellas. Los coros cantan con precisión y la *mise en scène* está bien arreglada.

M. Muratore, que encarna el personaje de Fervaal, es sencillamente admirable. Es difícil llenar este papel opresor con más estilo, juventud y verdadera sencillez. Su voz generosa, maravillosamente matizada, no conoce ni el más mínimo desmayo. M. Delmas, en el papel de Arfagard, despliega, como de ordinario, una magnífica maestría. En cuanto á Mlle. Hatto, que reemplaza en el papel de Guilhen á Mlle. Bréval, es bella y dramática hasta colmar los deseos más exigentes. Me reprocharía á mí mismo si no citara á Mlle. Charly en el papel de la Diosa Kaito y á M. Cerdan en el de Grympuig. Los papeles episódicos también han sido, en general, muy bien representados.

En fin, la orquesta, bajo la hábil é inteligente dirección de M. Rabaud, no se ha mostrado inferior á su tarea.

ALFRED DE BENGOCHEA.

CORRESPONDENCIA.

NOTA. — La responsabilidad de las opiniones expresadas en esta sección, pertenece exclusivamente á los firmantes de los documentos respectivos, sin que la inserción en nuestras columnas implique necesariamente que HISPANIA las comparte.

494, AVENUE LOUISE, 494,
BRUSELAS, Enero 4, 1913.

Señor Editor de *The South American Journal*,
Londres.

Muy Señor mío: En el artículo que la edición de 26 de Diciembre último de su importante semanario consagra á la memoria de mi excelente amigo el Sr. Don Enrique Cortes (q. d. D. g.), he tropezado con el siguiente concepto, que creo de mi deber, como colombiano, rectificar, emitido al juzgar el Tratado Herran-Hay y la actitud del Senado (1903) que le negó su aprobación: "pero por lo que parece, las pasiones políticas cegaron á los Senadores colombianos y el tratado fue improbadamente."

Sólo un completo desconocimiento de los hechos ó una deplorable desviación del criterio pueden explicar semejante cargo; y es bueno que de una vez y para siempre quede desbaratada la especie vergonzante que de cuando en cuando reaparece, escurriéndose con la suavidad de una conclusión que no necesita ser demostrada, en escritos de extranjeros, ó de colombianos que piensan y sienten como éstos. Supongo que el artículo á que me refiero sea obra de alguno de los primeros, y que se trata de un caso de ignorancia que se cura fácilmente con una rectificación razonada.

Al negar su aprobación al Tratado Herran-Hay, los Senadores colombianos no procedieron cegados por las pasiones políticas, sino en cumplimiento del más elemental deber. Más: en las circunstancias en que se hallaron no cabía siquiera la vacilación. A ellos les era moralmente imposible dar su aprobación á un Tratado en que, con ó sin eufemismos, se enagenaba parte del territorio de la República ó se establecía en territorio colombiano la jurisdicción de un gobierno extranjero, con violación manifiesta de la

Constitución nacional que aquellos Senadores habían jurado respetar y defender. De allí que la negativa hubiera sido votada por unanimidad, sin que los Senadores por el Departamento de Panamá salvaran su voto en forma alguna, y que hubiera concurrido con el suyo el Senador Marroquí, hijo del entonces Presidente de la República. ¿Que pasiones políticas eran ésas que podían inspirar semejante conducta, uniendo y compactando en un solo cuerpo las facciones que se combatían en el Senado? Opino ingenuamente que delante de estos hechos — pues de hechos y no de otra cosa se trata — no habrá hombre honrado alguno que de buena fe pretenda que los Senadores colombianos podían adoptar otro camino que el que el deber les trazaba.

Agréguese á esto que en los momentos mismos en que el Tratado era considerado por aquella corporación y ella se esforzaba, con innegable probabilidad de éxito, por hallar, mediante muy meditadas y razonables modificaciones, una fórmula que obviara tan grave dificultad y resolviera digna y satisfactoriamente para ambos países la delicada situación creada por las vacilaciones, errores y candidez de algunos de nuestros representantes diplomáticos en Washington y por la lamentable dirección impresa desde Bogotá, por nuestra Cancillería, á las negociaciones, el Ministro americano, Sr. Beaupré, de una manera insólita y de que no hay antecedente en la Historia diplomática del mundo, notificó al Gobierno colombiano que el de los Estados Unidos no consentía en que el Senado de Colombia, en uso de su derecho indiscutible, introdujera modificaciones al Tratado, y amenazó crudamente al Gobierno y al pueblo colombianos en el caso de que no se aceptara la imposición de la Casa Blanca. Cabe aquí preguntar: ¿debían los Senadores colombianos faltar á su deber y á su juramento, doblegados por estos procedimientos de violencia? ¿O les estaba indicada con más imperio, si cabe, delante de tales procedimientos, así como delante de los halagos corruptores, la línea del deber? Que contesten estas preguntas los hombres dignos, sean extranjeros ó colombianos.

Y cuenta, que el mismo Senador que había presidido la Comisión que informó sobre el Tratado, fué, en su empeño por evitar decorosamente la complicación que se veía venir, hasta sugerir que, una vez negado aquél por causa de su indiscutible inconstitucionalidad, se procediese á modificar la Constitución del país, á fin de poder llegar á una inteligencia sobre el particular sin violentar la conciencia de los representantes de la Nación; y mostró que al existir, como parecía, acuerdo entre los Senadores, bastaba votar las modificaciones constitucionales en aquella legislatura, clausurar ésta, convocar á elecciones y presentar á la nueva el asunto pocos meses después, para ratificar, según la misma Constitución, las modificaciones contempladas. De esta actuación dió informe detallado el Ministro Beaupré á su Gobierno en cablegrama de 12 de Agosto, 1903, que fué el día del voto. (*Papers relating to the Foreign Relations of the United States, December 1th, 1903; Washington: Government Printing Office, 1904. Página 179.*)

Y ya que he hecho esta cita de una recopilación en que abundan materiales muy interesantes para el exacto conocimiento de aquellos sucesos, aunque faltan los importantísimos cablegramas en clave, de la Secretaría de Marina, que el Presidente Roosevelt ordenó no enviar al Senado, no obstante la solicitud de éste (1904), y que sólo á principios del año próximo pasado se logró hacer conocer de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara y del pueblo de los Estados Unidos (*The Story of Panama. Washington: Government Printing Office, 1912*), por haber sido presentados á dicha Comisión en reproducción fotográfica y con la clave necesaria para traducirlos, con los otros documentos del archivo de *The World* á que, por permiso de éste, tuvo acceso la Legación de Colombia en Washington, permítaseme que antes de volver á su puesto en el anaqueil la gruesa compilación, deje aquí esta otra cita de la misma, página 177, en que constan las palabras dirigidas por el Ministro Beaupré al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, en nota de 5 de Agosto (1903), una semana antes de la negativa del Senado y tres meses antes de la proclamación de la secesión de Panamá, fraguada con anuencia del Gobierno de los Estados Unidos y consumada, de manera decisiva, con el apoyo inmediato de su armada. Me abstendré de todo comentario sobre la mala fe y la doblez con que se estaba procediendo con Colombia:

"Es de sentirse que la referencia que trae el Informe

presentado al Senado, sobre la necesidad de renovar prácticamente el Tratado de 1846-48, constituya algo como una duda respecto á la buena fe de las intenciones de los Estados Unidos en cuanto al cumplimiento del mismo Tratado se refiera. Debo asegurar á Vuestra Excelencia que, salvo que el Tratado sea denunciado en la forma en él mismo prevista, mi Gobierno no será capaz de violarlo ni en su letra ni en su espíritu" (Sic.)

El Tratado de 1846-48, violado por el Gobierno de los Estados Unidos tres meses después de escrita esta protesta, no ha sido todavía denunciado.

Hoy no es un misterio para nadie, y consta en publicaciones oficiales de los Estados Unidos (*The Story of Panamá. Hearings on the Rainey Resolution before the Committee on Foreign Affairs of the House of Representatives. Washington, Government Printing Office, 1912*), que al proceder como procedió el Gobierno de aquel país con Colombia en 1903 y 1904, violando un tratado solemne y ayudando eficaz y decisivamente á que se le arrebatara á Colombia aquella misma parte de su territorio en la cual los Estados Unidos, por ese tratado, estaban obligados á mantener la propiedad y soberanía de nuestro país, no sólo fue arrastrado por el impulso ciego del espíritu de rapiña desenfrenada que caracterizó en varias ocasiones los actos é iniciativas del jefe de aquella administración, sino ésta (caso inconscientemente, y es lo más que en su favor se puede decir) fue convertida en instrumento dócil del grupo de especuladores influyentes que, conedores de la vanidad explotable y del carácter irreflexivo y violento del Presidente, y dueños, á bajo precio, de la concesión y derechos de la Compañía Nueva del Canal de Panamá, resuscitada por la prórroga concedida en 1900, habían resuelto á todo trance venderle esa concesión al Gobierno americano por un precio que les dejara enormes utilidades. Simple tramoya de negocio. Esos especuladores, entre los cuales, según indicios muy significativos, parece que estaban algunos allegados de altos funcionarios de esa administración y de la que le sucedió, sabían perfectamente la fuerza que tenían en el Congreso americano los partidarios del Canal por Nicaragua, apoyados por un grupo de negociantes no menos activo, aunque acaso menos fuerte pecuniariamente y por no contar con miembros que gozaran de tan privilegiada posición; y era evidente que si para pasar la ley Spooner, después de largos y acalorados debates, había habido tales dificultades, que apenas se logró con unos pocos votos de mayoría sacarla adelante, esa mayoría podría fácilmente convertirse en minoría al discurrirse en el Senado las modificaciones introducidas por el de Colombia en el Tratado. La ley Spooner, como se sabe, disponía que se adoptara la vía de Panamá si los títulos de la Compañía Nueva del Canal de Panamá eran hallados válidos y si se llegaba á un tratado satisfactorio con Colombia; y al faltar alguna ó ambas de estas condiciones, ordenaba que se procediera á construir el canal por Nicaragua. Bastaba, pues, para echar á perder las maquinaciones y planes de los especuladores que jurgaban la carta de Panamá, que el Senado americano declarara que no le satisfacían aquellas modificaciones. El conocimiento de estos hechos arroja luz clarísima sobre la hasta hace poco inexplicable actitud del Gobierno americano en relación con las proyectadas modificaciones, y lo hace aparecer, según sus propias publicaciones oficiales, como yá dicho, convertido en instrumento de especuladores sin Dios ni ley.

Cuando se recuerda que no han faltado en aquel país periodistas que, al servicio de esos especuladores y para atenuar ante los ojos del pueblo Americano los rasgos repugnantes de deslealtad y violencia del despojo de Panamá, se hayan permitido sugerir ó afirmar, á sabiendas de que propalan una falsedad, que el voto del Senado colombiano fue afectado por las influencias de las grandes compañías de ferrocarriles transcontinentales, opuestas al Canal, aparecen más odiosas esas maniobras que é lograrlas, directa ó indirectamente, dentro y fuera del Congreso, producir los efectos que todo el mundo conoce yá. Y aunque la prensa misma de aquel país nos tiene acostumbrados á esa clase de escándalos, inseparables, al parecer y sobre todo en los últimos tiempos, de la vida pública de aquella democracia desmoralizada, cuyos políticos profesionales fugen desprecio por las de Hispano-América, que, en general, nada tienen que envidiar á su hermana mayor en materia de probidad administrativa, no estará por demás, para fijar mejor las impresiones, recordar aquí un ligero incidente, tomado tam-

bién de las publicaciones oficiales á que me he referido. Cuando, urgida por las circunstancias, la Compañía francesa resolvió renovar el poder que para presentarla en aquellas complicadas maniobras había dado y luego retirado al Sr. W. N. Cromwell, le hizo presente, en calidad de reparo que por sí solo explica el retiro de dicho poder, que éste se le daba de nuevo con la condición expresa de que "en adelante se abstendría de toda dádiva y de toda promesa á cargo de la Compañía" (Cablegrama de 27 de Enero de 1902, página 199, o. c.): donde se ve claramente, nó que las dádivas y promesas para obtener los votos en el Congreso y los actos desleales de la administración hubieran de cesar, lo cual habría dejado en relativa inacción al celebrísimo Sr. Cromwell, tan habil y afortunado en estos manejos, según lo que de sus alegatos se puede barruntar, sino que para lo que en la materia hubiera en adelante de hacerse, éste tendría que contar con los fondos de los capitalistas americanos que habían yá tomado á su cargo la campaña y disponían de los medios necesarios, de uno ó de otro orden, para conducir á su guisa á los representantes de la Nación y á sus altos funcionarios.

El alegato del Sr. Cromwell en su pleito con la Compañía francesa, en que se sometió á arbitramento el punto de sus enlamentos, muestra con claridad suficiente el papel que los políticos y los mandatarios de los Estados Unidos iban representando en esas escenas, en que aquel personaje era el títritero.

De ante de estos hechos, que son yá del dominio del público y que no pueden desconocer los que pretenden dar para éste conceptos sobre tan importantes y debatidos sucesos y acciones, se agiganta la noción de que el Senado colombiano obró digna y rectamente al negarse á ser cómplice de la inicua conspiración en que se combinaron contra nuestra patria los apetitos de rapiña de un imperialismo de mercados y los apetitos de codicia del más poderoso y audaz de los grupos de acaparadores que han dominado la Gran República y la han convertido en una amenaza en el exterior, al propio tiempo que en un campo de explotación sórdida y despiadada en el interior. ¿O se pretende por alguien que aquellos planes y procedimientos debieran haber sido secundados por los representantes de la nación agredida?

Ni los individuos ni las naciones pueden evitar que las lleguen momentos de crisis decisiva en su existencia; pero se equivoca de medio á medio el que sostenga que aquéllos y éstas, en tales ocasiones, deben optar á todo trance por las soluciones aconsejadas exclusivamente por el interés material, en perjuicio del respeto propio y ageno y de los grandes intereses morales que son como la columna vertebral del carácter de las naciones y de los individuos. E-sas soluciones, aparentemente provechosas, resultan desastrosas á la larga. Es esta experiencia, unida á la fe en los principios, la que ha dado origen á aquel tan repetido y verdadero aforismo: la honradez es la mejor política. La vida de las naciones se cuenta por siglos y sería imperdonable miopía negarse á ver lo que no aparece en el primer plano en cada caso. Hace pocos años que el Imperio Británico consintió, por debilidad aconsejada por intereses del momento, en la abrogación del tratado Clayton-Bulwer, abrogación que, con la prórroga concedida á la Compañía Nueva del Canal de Panamá y el envío á Washington de un Ministro colombiano en plena guera civil y en consonancia con los deseos y maniobras del agente de los especuladores que preparaban el negocio del Canal por nuestro istmo, hicieron atmósfera propicia para los sucesos desastrosos de 1903 y 1904, y yá con la simple presentación del problema de los peajes en el Canal, sin mencionar el de las fortificaciones, está experimentando aquel imperio cuán peligrosas y efímeras son las soluciones que no se basan en la equidad y en la buena fe. . . .

Colombia fue despojada de una de sus provincias por el gobierno de una nación amiga, gobierno desleal que, á trueque de concesiones y ventajas de que esa nación se estuvo aprovechando durante sesenta años, se había obligado solemnemente á mantener á nuestro país en el goce de la soberanía y propiedad sobre el mismo territorio de que la despojó; pero la nación débil y leal, víctima de ese atropello, no ha perdido su propio respeto ni el respeto de las otras naciones. Cómplice de sus mismos agresores, como desearían verla los espíritus quebrantados que contemplan sin protesta los arcos triunfales levantados al paso

THE HYDE PARK HOTEL, ALBERT GATE, LONDRES, S.W.

Tiene una Vista,
no interrumpida,

sobre

HYDE PARK.

.....

El edificio está cons-
truido á prueba de
incendio, y provisto de
cuatro escaleras de
hierro por el lado de
afuera, de suerte que
cada piso cuenta
cuatro salidas exterio-
res; condición que no
tiene ningún otro
Hotel de Londres.

La mejor

situación

en

LONDRES.

.....

Los

Apartamentos

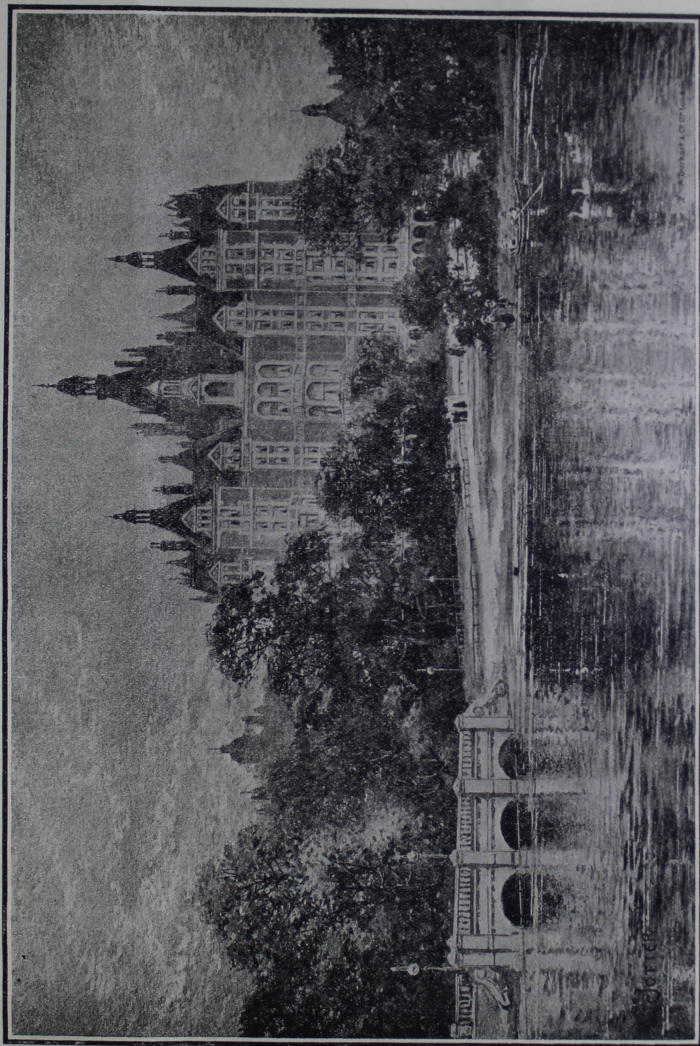
no tienen igual

en cuanto á lujo

y comodidad.

Cada uno tiene

su baño privado.



VISTA DEL HYDE PARK HOTEL DESDE EL LAGO DE LA SERPENTINA.

EL PRIMER HOTEL PARA FAMILIAS EN LONDRES.

Al escribir á esta Casa, menciónese á HISPANIA.

LIBROS.

de la iniquidad venedora, su descomposición interior, sobre todo en lo moral, sería hoy un foco de pestilencia capaz de apestar al mundo entero. Ella se mantiene en actitud reservada y digna; protesta, á costa de cualquier sacrificio, contra esa iniquidad; pide que un tribunal imparcial sentencie en su pleito; aguarda con serenidad la hora de la justicia y de la reparación, sin por eso abrigar la pretención absurda de que vuelvan las cosas al estado en que estaban antes de la traición y de la deslealtad de 1903, y se consagra á reañar las heridas de un siglo de locuras y de discordias y á hacerse apta para vivir dignamente la noble vida de las democracias cristianas. ¿Cuál sería su situación si se hubiera plegado al querer insolente de los depredadores; si sus senadores, por miedo ó por codicia, hubieran, en la hora de la tentación, cometido un perjurio en servicio de las fuerzas combinadas de la *Casa Blanca* y de *Wall Street*? ¿Cuál sería hoy, dados los estragos del mal ejemplo de arriba, la situación del país? Porque á nadie se le ocurriría, por supuesto, afirmar honradamente que la decidad indigna hubiera, á la larga, tenido otro efecto que aumentar en los agresores la codicia en la misma proporción que el desprecio por un pueblo de alcahuetes complacidos y prósperos. . . .

¡Nó! ¡Mil veces nó! Si aquella hora de crisis tenía que llegar, traída acaso, ó por lo menos precipitada, por nuestros errores y faquezas, estamos mejor como estamos, aunque no falten gentes que lo deploren, ¡Pobres gentes! Soy del Señor Director servidor muy obsecuente,

PEDRO NEL OSPINA.

EL COMERCIO BRITÁNICO EN CENTRO-AMÉRICA.

Señor Director de HISPANIA:

HE leído con todo el detenimiento y atención que se merece el artículo publicado por el Dr. José Azurdía, Cónsul de Guatemala en Liverpool, en el número 12 de HISPANIA, referente al decaimiento del comercio británico en Centro-América. Su lectura me ha sugerido algunas reflexiones, á las que doy ahora publicidad, para tratar ciertos puntos en los cuales no estoy de acuerdo con el Señor Dr. Azurdía.

Después de hablar mucho el articulista sobre la obra de los yankees en Centro-América, la cual no discuto por ahora, expone las causas que él cree han motivado el decaimiento del comercio británico en Guatemala. En dos párrafos resume las causas que el Sr. Azurdía alega: 1.ª en lo negligentes que los ingleses han sido en el desarrollo de su comercio con la América Latina; y 2.ª en la falta de anuncio de la manufactura británica.

Los ingleses han ido siempre á la vanguardia como *business-men*, y es ésta la primera ocasión que se les tilda de descuidados; pero aun dado caso que así fuera, no sería esta circunstancia causa del decaimiento del comercio británico en Guatemala, porque lo mismo pasaría con el Comercio de Costa Rica y El Salvador, países laboriosos y viriles que, por el contrario, aumentan cada día sus relaciones comerciales con Europa, figurando en primera línea Inglaterra. Lo que realmente sucede con el comercio guatemalteco es algo muy natural y lógico. Guatemala, con un gobernante como Manuel Estrada Cabrera, que tiene á su país hundido en la bancarota más completa, no goza de ningún crédito en el extranjero, y por esto su comercio en general tiene y tendrá que decaer cada día más, como consecuencia natural del desgraciado estado económico porque atraviesa hoy día aquella república hermana digna de mejor suerte. Y como es en este reino precisamente en donde se hace sentir más el descredito de aquella república, desde luego que Guatemala no cumple sus compromisos monetarios con Inglaterra, es también consecuencia natural que el comercio guatemalteco-inglés decaiga en mayor proporción que el comercio con otros países.

El día en que Guatemala tenga gobernantes honrados y patriotas que, como los presidentes Araujo y Jiménez, sean celosos guardianes de la paz y amantes del progreso y buen nombre de la patria, entonces habrá llegado para Guatemala el día de su regeneración, reconquistará su crédito perdido y aumentará su comercio mundial.

JORGE LONCEL.

(Centro-Americano.)

LONDRES, Enero de 1912.

LUIS BONAFOUX (1) acaba de dar á la estampa una colección de artículos muy interesantes, con el título de *Los Españoles en París*, y la estampa acaba de dárselos al público en la forma de libro. En rigor esto no es un libro. El libro va desapareciendo entre las cosas bellas y sólidas con que se encarió nuestra desprevénida adolescencia. Lo que le dan los librerías al público en forma de volumen reciente es, por lo general, una serie de artículos que han visto la luz pública en dos ó tres revistas, que han sido traducidos á varias lenguas y reproducidos en diarios de tres continentes, cuando acaso no han aparecido en alguna edición de piratas, fraguada en un reino desconocido, para no pagar los derechos de autor. Libros sabios, como los de Renan, aparecían primero fragmentaria ó totalmente en la inevitable *Revue des Deux Mondes* ó el *Journal des Savants*, como las novelas de Bourget en la *Nouvelle Revue* antes de acudir en volumen á llenar el puesto de ordenanza en el dormitorio de la Señora Moranes ó de Colette Rigand.

Ahora aparecen estos artículos de Bonafoux en forma de libro, cuando el público español é hispano-americano se ha deleitado con ellos á todo su sabor. Los artículos de Bonafoux vuelan por el mundo. Los que tenemos de oficio que trasegar por la prensa americana del Norte y del Sur, tropezamos con este nombre lo mismo en los periódicos de Madrid que en el de la última aldea de provincia suramericana donde los vecinos pueden darse el lujo de tener un diario local. Este escritor que no se anuncia, que ostenta y acaso tiene, en efecto, un gran desprecio por el montón anónimo, es de los más socorridos por el sufragio universal de los lectores insaciables. Lo cual no es difícil de explicar. En primer término su desdén parece sincero. A las mujeres y al público, muy semejante á ellas, con perdón sea dicho, no hay cebo que las atraiga como el desdén, cuando, se entiende, hay otras prendas tras de la supuesta ó natural indiferencia. En segundo lugar, Luis Bonafoux no es un grafomano. Tiene muchas cosas que decir. Es un hombre apasionado que cultiva las pasiones con el cuidado prolijo, si bien no con las mismas disciplinas que aconsejaba el Padre Sennault en su bello libro sobre el uso de las pasiones. A más de apasionado, es sincero, lo cual no es frecuente, y sobre sincero suele llegar en ocasiones á los extremos de la franqueza. Parece libre de todo vínculo, extraño á los compromisos, superior á las convenciones que se endilgan por todas partes y van á aposentarse en las redacciones de los periódicos. En tercer lugar, Bonafoux tiene á su disposición los más bellos recursos de la lengua española y algunos otros que no son precisamente los más bellos, pero que en sentir de muchos resultan eficaces empleados con propiedad.

A Bonafoux se le conoce en Sur-América especialmente por sus acometidas contra soberanos y granujas; por sus duelos á pluma contra las medianías ó contra lo que él juzga mediano; contra la afectación y la vanidad predominantes, sin atenuaciones ni reservas de ningún género. En estos excesos, para encontrarle á Bonafoux rivales competentes, hay que ir á la Biblia y descender por San Jerónimo hasta Juan Montalvo.

Pero este libro de que vengo hablando, es de un género diverso. La mayor parte de sus páginas delatan un estado de ánimo sereno y bondadoso. Hay un sentimiento de piedad comunicativo, digámoslo en palabras cristianas, de amor para el que sufre ó ha sufrido. Dos páginas hay sobre la Durcal, comovedoras y sencillamente hermosas. Su artículo sobre Canalajas, antes de la muerte, es de un cariño desenfadado, acaso un poco incómodo por el favorecido, si lo leía estando de Ministro. Hasta en la descripción de las cosas usa aquí Bonafoux su bondad comunicativa: el automóvil de Botela es un personaje de tan abundante vitalidad que solicita el odio de los circunstantes, levanta el crédito de las personas apuradas, y determina con su aparición un ambiente histórico. En presencia de este vehículo, la figura de su dueño se pierde, brumosa é indecisa, entre las nieblas de la incompetencia.

No sería posible sorprender á los lectores de HISPANIA con el nombre de Ramón Pérez de Ayala; como no fuera

(1) Luis Bonafoux. *Los Españoles en París*. Sociedad de Ediciones Louis Michaud.

MAISON BUZENET.
14, Rue La Boétie, Paris.

Diploma de Honor. — Roubaix, 1911.
Gran Premio. — Londres, 1912.



Melle. Marie Louise DERVAL.

(Vestida por la Casa Buzenet para la *reprise* de la Dama de las Camelias.)

diciendo contra él cosas desapacibles. Más de una vez se ha presentado en estas columnas con un mensaje digno de atención. Un capítulo del libro *Troteras y Danzaderas* (1) apareció en HISPANIA antes de que el volumen saliera á luz.

Siento no conocer otras novelas de Pérez de Ayala. Por notas ilustradas de la presente, veo que Rosina y Díaz de Guzmán han dispersado en varios volúmenes los incidentes de su vida atormentada y sinuosa. Por lo tanto, el juicio que sigue ha de ser somero y forzosamente incompleto.

Troteras y Danzaderas retrata la vida literaria de Madrid. No hay duda de que el autor mira esta forma de la existencia con una falta absoluta de misericordia. Estos libros en que está pintada la vida literaria de los centros populosos tienen siempre una sombra ténue de artificialidad. El literato es un sér de artificio, y no hay pluma tan viva y sagaz que logre desembarazarlo de ese barniz del oficio. Una novela de costumbres literarias es algo como un *Drama Nuevo*, una pieza dramática metida en otra de mayor amplitud. En casos como éste, las memorias personales se adaptan mejor á las exigencias del asunto. Ellas le dejan, por otra parte, mayor libertad al cronista. No tiene la *Termite*, por ejemplo, de los Rosny, el encanto particular ni las ráfagas vitales de las memorias de Turgenieff, ó la avasalladora evidencia de los *Treinta Años de París*, que escribió Daudet.

Troteras y Danzaderas, á más de crónica actual de costumbres literarias, es una novela de clave. Los que conocen el fondo oscuro de la vida intelectual madrileña, son capaces de señalar el nombre con que figuran en este libro los poetas y novelistas españoles de la hora presente. Si el autor los hubiera caracterizado con el título de sus obras, la novela habría resultado simplemente histórica. Escogió, para delimitar el espíritu de sus personajes, aquellos vicios que deforman la vida. El uno es borracho. El otro es un glotón. Hay un dramaturgo que ejerce sistemáticamente un género de tortura espiritual sobre la propia madre. Otro ha resuelto el problema cediéndole á la dueña de una casa de trato todo el caudal de sus amorosos sentimientos. Ella le sugiere chistes para sus comedias. Los vicios secretos, la envidia sorda, la pereza heroica, el hambre ilimitada é imponente, las entretenidas, las alchuetas y los golfos se llevan la atención de los lectores desde la primera hasta la última página. Lo peor de todo no es la exhibición del vicio. El vicio, después de todo, es una cosa anormal, pero no inmundada necesariamente. La lectura puede afectar en ciertos personajes caracteres de vicio tiránico. Sin embargo, leer no es un vicio ni mucho menos un vicio nefando, aunque ha causado, que yo sepa, la depravación de muchos instintos y la ruina de alguna familias. Lo peor de todo es que, según la novela de Pérez de Ayala, el vicio afecta por todas partes en Madrid caracteres fangosos. A lo menos esta impresión desoladora y malsana se desprende irremediamente de los últimos capítulos de su novela.

Don Sabas Sicilia, el Ministro cuyos hijos escandalizan en los barrios bajos á las hembras del partido, resulta ser, á pesar de su cinismo, una de las pocas personas tolerables en esta feria de las vanidades. Tiene su parentesco espiritual con el odioso y pueril barón Desforges; pero tiene más vitalidad y relieve que los títeres de Monsieur Paul Bourget. Una soberbia página de la novela es aquella en que el autor nos da en proyecciones psicológicas el punto de vista de Don Sabas, el Ministro cinico; y de la hija desventurada del dramaturgo en ciernes, y de la hija desventurada de unos amores ilícitos. Parece que el procedimiento se lo hubiera sugerido aquella extraña novela de Peter Altenberg que el Sr. Pérez de Ayala indudablemente no ha leído.

La forma de este libro es atractiva y sólida. El autor tiene un léxico abundante, sabroso, lleno de propiedad y elegancia. Acaso las consideraciones morales, las teorías estéticas que ocurre á menudo y no siempre forman parte del cuadro, hacen en veces la acción lánguida y extreman los caracteres de artificialidad de que necesariamente viene cargado el género. Los personajes no están creados, según parece, sino vistos. El autor los observa vivos y de una pieza desde el plano superior en que se ha colocado para escarnercerlos.

B. SANIN UANO.

OBRA RECIBIDAS.

— ANDRÉS J. R. V. GARCÍA. *Diccionario de terminos ferroviarios* (Dictionary of Railway Terms).—London, Constable & Company, 1912. Obra útil, ansiosamente esperada, y que está llamada á propagarse en numerosas ediciones. Sirve un fin necesario y colma un vacío. El Sr. García merece la gratitud de cuantos se ocupan en traducir obras técnicas relacionadas con la industria ferroviaria. Nosotros le auguramos buena ventura, y hablaremos más tarde sobre los pequeños reparos que en rápidas hojeadas nos han ocurrido.

— JUAN BAUTISTA ALBERDI. *The Crime of War*.—London & Toronto, J. M. Dent & Sons, 1913.—En los momentos en que la propaganda en favor de la paz toma apariencias de viabilidad, esta traducción de un libro hispano-americano dedicado á la interesante cuestión de la paz universal es oportuna y saludable. La traducción es obra del Profesor C. J. MacConnell.

— JOSÉ INGENIEROS. *Principios de psicología biológica*.—Madrid, Daniel Gorro, Editor, 1913.—Dejamos por ahora constancia del título de esta obra, sobre la cual volveremos con más espacio en uno de nuestros próximos números.

— B. TAVERA-ACOSTA. *La Monarquía Colombiana*.—“La Empresa.” Hermanos Suegart, Ciudad Bolívar, Venezuela, 1912.

— PIO GIL. *Personalismos y Verdades*.—Librería Hispano-Americana, París, 1912.

— M. A. CARVAJAL. *La Representación Política y sus medios de Acción en los Estados Modernos*.—Carvajal y Cia., Cali (Colombia), MCMIII.

— *Anales de Instrucción Primaria*.—Año IV, Tomo X, N.º 1 y 2.—Montevideo, Imp. y Encuadernación *El Siglo Veintiuno*, 1912.

— *La Revista de América*.—El número VIII de esta publicación se recomienda especialmente por un contenido interesante y nutrido.

— *Diccionario Salvat*, Enciclopédico, Popular, Ilustrado, 9 Tomos. Barcelona, Salvat y Cia., Editores.—Obra única en su género, de sólida estructura, de plan semejante al Diccionario inglés de Webster, aunque más extenso y documentado.

SECCIÓN COMERCIAL É INFORMATIVA.

Colocación de Capitales en América.—En ninguna parte del mundo se han desarrollado la industria y el comercio tan rápidamente, durante los últimos años, como en los dos continentes americanos. Un estudio de la industria y del comercio, del norte y del sur, revelan la extraordinaria expansión verificada en uno y otro; y solamente la parte central de América,—debido sin duda á la inseguridad política,—no se ha desarrollado tan rápidamente como las otras partes del Continente. Sin duda que la apertura del Canal de Panamá, ejercerá decisiva influencia material en los países centro-americanos. Los cambios que hayan de verificarse afectarán, sin duda, á todos aquellos que han adoptado el método de la división geográfica como el mejor para la distribución de los riesgos en la colocación de sus capitales. Cuando este sistema de la distribución fue establecido por primera vez, el mundo estaba dividido en nueve áreas geográficas y el comercio internacional marítimo se consideraba como una décima área. Entonces se publicó un mapa geográfico que definía las áreas citadas. Después de que el sistema ha sido aplicado por varios años, los que abogan para una distribución geográfica del capital comprenden perfectamente que ni esta distribución, ni el mapa que la define, pueden considerarse como la última palabra en el asunto. En la práctica, los habitantes de cada país juzgan que su patria constituye la porción geográfica de más importancia. Toda división geográfica, con excepción de Inglaterra y Norte-América, incluye necesariamente un gran número de países. Cuál haya de escoger el que busca dónde colocar su dinero, es asunto de poca importancia. La única excepción la encontramos en la división centro-americana. La verdad es que aquellos países ofrecen muchas oportuni-

dades; pero un exámen detenido de su condición política, hace cambiar de opinión á quienes estarían dispuestos á invertir allí sus capitales. En las Indias Occidentales, el campo es propicio para las empresas de carácter privado, pero muy limitado para grandes compañías. Méjico ofrece un campo muy vasto para la colocación de capitales. Por algunos años el desarrollo comercial fue allí en extremo rápido y pudo creerse que las condiciones políticas aleuzaban cierto grado de estabilidad. Sucesos recientes han perturbado el *status* del país y han hecho que el capitalista europeo no se resuelva á llevar allí su dinero. Este cambio no justifica, en manera alguna, el pesimismo que ha producido; porque las empresas comerciales del país no han sufrido materialmente por razón de los disturbios, como pueden demostrarlo muchos hombres de negocios que han visto que el comercio y la industria avanzan hoy en Méjico en vez de retrogradar. En los países del Sur, Argentina, Brasil, Chile, Perú, Uruguay y Paraguay, el desarrollo comercial ha sido muy grande, especialmente en el Brasil y la Argentina. Estos dos últimos países han ofrecido en los últimos años campos tan vastos para la colocación de capitales, que la única dificultad ha consistido en escoger el negocio que se quiere desarrollar, y no en la carencia de negocios. Y en tanto que esto ha sucedido, los países del Norte de Sur-América, Colombia, Ecuador, Guayanas, Venezuela, no han sido propiamente considerados por los capitalistas. Llegará el momento, sin embargo. Cuando el Canal de Panamá esté abierto al tráfico, se apreciarán, en su verdadero valor, las inagotables fuentes de riqueza que encierran los países mencionados.

Datos Estadísticos. — Son interesantes los siguientes datos estadísticos referentes al Canal de Panama. La longitud del canal es de 50 millas y media; la profundidad, en el Corte de Culebra, de 300 pies. Exclusas puestas, 12; longitud de las esclusas, 1,000 pies; anchura, 110 pies; total de las excavaciones, 174.666,596 yardas cúbicas; excavaciones hechas por los franceses y que pudieron

aprovecharse, 29.908,000 yardas cúbicas; obras de concreto, 5.000,000 de yardas cúbicas; tiempo que se gastará en pasar el Canal, 10 á 12 horas; tiempo que se gastará para pasar las esclusas, 3 horas; número de obreros que trabajan actualmente, 39,000; 8 años de trabajo, con un costo de 300.000,000 de dolares. Los Estados Unidos compraron á la Compañía francesa el canal por 40.000,000 de dolares. A Panamá le dieron 10.000,000 de dolares; costo total del canal, 375.000,000 de dolares; fecha de la terminación de la obra, 1.º de Enero de 1915; acortamiento de la distancia entre Nueva York y San Francisco 8,415 millas.

Bombas.—La Casa Pulsometer Engineering Co., Ltd., de Reading y Londres, cuyo anuncio aparece en la página exterior de este número de HISPANIA, es sin duda conocida de la mayor parte de nuestros lectores, como que sus bombas de vapor son afamadas en el mundo entero. Fabrica también esta casa otra clase de bombas, entre las que es importante mencionar la centrífuga, y la tan reputada para ascensores, de 1,200 pies. Además de las bombas, otro departamento de esta casa se dedica á la fabricación de maquinaria para hielo.

Entendemos que la Pulsometer Engineering Company solicita agentes en muchos puntos de Sud-América para sus bombas y maquinaria de fabricar hielo. La Compañía tiene ya agentes en Argentina, Chile y Bolivia; pero, fuera de esos países está en libertad de nombrar agentes en todos los demás de Sud-América. Sin duda que estos artículos tendrán considerable demanda en aquellos pueblos. En un país como el Brasil, por ejemplo, deben existir grandes probabilidades para la colocación de toda clase de bombas y de maquinaria de hielo; y nosotros nos permitimos recomendar á los lectores á quienes interesen estas líneas que se dirijan por escrito á la Pulsometer Engineering Company, que tendrá muchísimo gusto en dar información completa, respecto de agencias, á todas las personas ó casas respetables que á ella se dirijan.

Telegramas: "TAUTZAM, LONDRES."

Teléfono: 3442 GERRARD.



MARCA DE FÁBRICA.

TAUTZ & Co

(Sucesores de HAMMOND & TAUTZ.)

ANTIGUA DIRECCION EN PICCADILLY.

ÚNICA
DIRECCIÓN: **12, GRAFTON STREET,**
NEW BOND STREET
LONDRES, W.
SASTRES.

Uniformes Militares, Trajes Sportivos, Vestidos Elegantes.

UNIFORMES PARA CARRERAS.

ESPECIALISTAS EN PANTALONES.

Pantalones para Polo.

Pantalones de Paño y de Cuero, para Señora. Trajes de Montar estilo falda-pantalón.

Nos es grato informar al público que según toda probabilidad, Méjico contribuirá una parte importante de la carne para el consumo mundial, debido á que la Mexican National Packing Co., Ltd., empezará dentro de poco á exportar sus productos á Londres.

La Compañía ha obtenido importantes concesiones oficiales, y hay sobrado fundamento para predecir que la industria de la ganadería en Méjico alcanzará notable desarrollo. Es bien sabido que los recursos pecuarios del país están por desarrollarse, y que su porvenir está vinculado á la exportación de las carnes en grande escala. La nueva Compañía cuenta, — así es de esperarse, — con todas las facilidades para llegar á ser factor importante en el mercado de carne en el mundo, y para contribuir á la prosperidad de Méjico.

El **codiciado** y precioso metal, que constituye la poderosa palanca que mueve el mundo, tiene una cuantía bien insignificante en proporción á los efectos, buenos y malos, que produce.

Al menos así lo estima un curioso calculador, que supone que todo el oro existente en monedas, alhajas, orfebrería, etc., en todo el planeta, no excede de 40,000 millones de francos, y que desde que el hombre lo utiliza se ha extraído una cantidad que no pasa de 60,000 millones, lo que no representa más de 1,000 metros cúbicos. "Formando una torre, tendría ésta diez metros de lado por diez de alto."

¡ Y pensar que alrededor de ese montón de metal gran las pasiones y ambiciones del mundo entero, que es causa de tremendas perturbaciones, de infamias y crímenes, de guerras y perturbaciones de la humanidad entera!

REMITIDOS.

FIESTA LATINO-AMERICANA.

EL 9 del presente tuvo lugar la recepción del General R. Reyes por el "Comité Franco-Américo," de que es presidente el conocido historiador y miembro de la Academia Francesa, Monsieur Gabriel Hanotaux. Concurrieron á esta fiesta varios Ministros Diplomáticos, entre ellos el de Colombia, y personalidades notables en las ciencias, en las artes y en las finanzas. Presidía el Sr. F. Carnot, diputado, é hijo del Presidente Carnot, queiu pronunció el siguiente discurso:

"Señor General Reyes:

Hace mucho tiempo que admiramos en vos al joven y audaz explorador del Putumayo y del Alto Amazonas, gracias al cual desde hace más de treinta años, Colombia ha podido tener conciencia del valor real de aquellos dominios suyos, de su extensión y de su riqueza, así como de su gran porvenir. Tales energías morales no podían quedar sin empleo: el orden y los principios de autoridad tenían necesidad de un defensor en Colombia. Lo encontraron en vos, y en t l misión ingrata, pero necesaria, los talentos del soldado estuvieron á la altura de los deberes del ciudadano.

Cuando después de los largos y sombríos días que arrojaron como un velo de duelo sobre Colombia, asesinada y desgarrada, fué necesario defender en Washington la dignidad y los intereses de vuestra patria, fue á vos, General, á quien incumbió esta misión dolorosa, pero que siempre será gloriosa, porque si vos no pudisteis hacer devolver á Colombia lo que había perdido, si conseguisteis salvarle su honor. El reconocimiento de la nación os llamó imperiosamente á la Presidencia de la República; ella os confió la obra indispensable de pacificación, de reorganización administrativa y económica, que permitirá en fin á Colombia sacar partido de sus inmensas riquezas. Realizada esta obra, la inestabilidad del alma popular ha echado á un lado al buen obrero. Vos, consciente del bien cumplido y de la solidez de vuestra obra, tenéis el derecho de esperar con toda serenidad la hora en que vuestra patria creará aún más, y en que el unánime reconocimiento de sus hijos hacia vos, se asocie al homenaje de admiración de las otras naciones."

El orador, joven de distinguida fisonomía, fue calurosamente aplaudido, y el General Reyes le estrechó efusivamente la mano.

El General Reyes contestó:

"Señor Carnot, Presidente de la Sección de la América Latina del Comité "Franco-Américo":

En nombre de mi patria y en el mío os agradezco profundamente las justas y enérgicas palabras que acabáis de pronunciar; en las cuales con la honradez y elevación de miras en vos hereditarias, pues que son las mismas de nuestro padre, gloria de la Francia, á quien tan dignamente habéis sucedido, reconocí que después de los largos días sombríos que arrojaron como un velo de duelo sobre Colombia, asesinada y desgarrada, era necesario defender en Washington su dignidad y sus intereses, y si éstos no pudieron salvarse, si se salvó su honor; los colombianos pueden repetir las nobles palabras de vuestro gran Rey: "¡ Todo se ha perdido menos el honor! "

Reconocí igualmente el derecho indiscutible, moral y material que Colombia tiene sobre los territorios del Putumayo y del Alto

Amazonas, explorados desde hace más de 30 años por mis hermanos Enrique y Nestor y por mí, y en donde ellos perdieron la vida. Esta honrada declaración vuestra ayudará á que la justicia y el buen sentido se impongan en el arreglo de límites sobre dichos territorios entre Colombia y sus vecinos, y que impere entre ellos la armonía tan necesaria para su bien particular como para el de la América Latina.

Vuestros valientes palabras, Sr. Carnot, resonarán en los corazones de todos los pueblos de la América Latina, cuyo honor es soldado, y harán que se tenga gratitud hacia vos que las habéis pronunciado en esta solemne ocasión, en nombre del Comité "Franco-Américo," tan dignamente presidido por el Sr. Hanotaux, tan universal como justamente apreciado.

En cuanto á mí, amante de mi patria — como todo hijo lo es de su madre — y amante también de mi raza, la iberá y la latina, no soy sino un humilde, convencido y temaz defensor de sus intereses y de sus generosos ideales; á ellos he servido como explorador desde mi adolescencia, y luego he trabajado y seguiré trabajando por ellos en todos los campos en que pueda.

Permitidme recordar á vuestro compatriota el valiente Doctor Crevaux, mi compañero en las exploraciones amazónicas, que pereció á manos de los salvajes del Pilcomayo, en la Argentina; seguramente aquel pueblo generoso levantará en aquellos territorios en donde hoy ha penetrado intensamente la civilización, un monumento á su memoria.

Permitidme recordar también, como elemental deber de gratitud, que cuando enfermo, después de un año de exploraciones en aquellas selvas, llegué yo al Pará, la Sociedad de Geografía de París me hizo entrega del honoroso nombramiento de Miembro de ella, por medio del Cónsul francés; guarlo este nombramiento como un precioso tesoro y como una muestra evidente de que la Francia está atenta y pronta á estimular y á premiar todos los esfuerzos que se hagan en favor de la humanidad.

Existe en Madrid la sociedad "Unión Ibero-Americana," que trabaja interpretando el sentimiento unánime de la raza iberá, en favor de sus intereses y de sus ideales en Europa y en las Américas; á ella como á los honrados en defensa y estímulo de esos intereses, los que hablamos el español, como también los brasileros, ese pueblo de intelectuales, que habla la rica lengua de Camoens, y puedo decir que raza iberá significa raza latina, pues que en el espíritu de esta última se han formado aquellos pueblos; allí reconocemos al gran Napoleón como la mayor honra de la raza. Con gran satisfacción acabo de palpar en mi reciente viaje á Alemania que el alma popular lo reconoce como á su libertador; ¡ Gran gloria ésta para la raza latina!

Con su satisfacción he oído decir, en reciente conversación, á vuestro Presidente, Sr. Hanotaux, que trabajará gustoso por ponerse en comunicación con la Unión Ibero-Americana de Madrid, de la cual tengo el honor de ser Miembro, y con los centros de la misma e ase que existen en la América Latina, para unir sus esfuerzos en favor de los intereses de raza, d civilización y de justicia, ó sea los bien entendidos de la humanidad. Puedo asegurar que igual buena voluntad existe en la generosa España y en la América Latina, en donde yo considero que está el porvenir de la Humanidad en el siglo XX.

Hago votos porque el Comité "Franco-Américo," que tan nobles y elevadas miras persigue, la Unión Ibero-Americana de Madrid y todas las personalidades generosas de aquella Península y de la América Latina, laboren con constancia y obtengan beneficios resultados en su obra civilizadora, en la cual trabajaré yo como un simple y humilde obrero."

Al terminar, el General Reyes fué muy aplaudido; el Sr. Carnot le estrechó la mano y fué personalmente felicitado por gran número de los concurrentes.

La declaración del Sr. Carnot referente á los derechos de Colombia sobre los territorios, del Alto Amazonas y del Putumayo, que hoy se disputan con el Perú, debe ayudar á que éstos dos países terminen esta enojosa cuestión en el campo de la justicia, evitando así la posibilidad de una guerra. La sangre, las energías y los recursos que tal guerra demandaría á las dos naciones, deben emplearse en civilizar aquellos inmensos territorios, cuya riqueza principal, que es el caucho, ha sido ya explotada ó destruida, y que necesita de la paz y de industrias más serias, como la agricultura y la minería, para su progreso; para esta idea civilizadora deben unirse colombianos, peruanos y brasileros.

· PARÍS, Diciembre 11 de 1912.

Hispania

Política, Comercio, Finanzas, Literatura, Artes y Ciencias.

APARECE EL 1.º DE CADA MES.

Condiciones de abono:

Un año	\$1.00 oro.
Número suelto	0.10 "

Escribese á

HISPANIA,

7, Sicilian Avenue, Southampton Row, Londres.

GRACE BROTHERS & Co. Ltd.

144, LEADENHALL STREET, LONDRES, E.C.

BANQUEROS Y COMERCIANTES.

EMITEN CARTAS DE CREDITO COMERCIALES y para VIAJEROS.

EFFECTÚAN REMESAS DE DINERO POR TÉLEGRAFO.

Hacen adelantos sobre Consignaciones de CACAO, CAFÉ, AZÚCAR,
ALGODON, LANAS, CUEROS, MINERALES y toda clase de Productos.

Se encargan de comprar y despachar pedidos de toda clase de
MERCANCIAS, MAQUINARIA, MATERIALES, MANUFACTURAS, etc.

Sucursales en MANCHESTER, HAMBURGO y GÉNOVA.

W. R. GRACE & CO.,

NEW YORK, SAN FRANCISCO, LIMA, CALLAO,

LA PAZ, VALPARAISO, SANTIAGO.

Al escribir á esta Casa, menciónese á HISPANIA.

ANIMALES DE SANGRE.

Las personas interesadas en la crianza de Caballos de primera, tanto en Sur-América como en España y en el mundo entero, deben dirigirse á nosotros.

SOMOS ESPECIALISTAS EN CABALLOS.

CABALLOS DE CARRERA, DE CAZA, DE COCHE.
CABALLOS PADRES Y CLYDESDALES para CABALLERIZA ó LISTOS PARA EL TRABAJO.

Pidanos Vd. informes. Compraremos á comisión para Vd.

ROBERT H. SCHULZ & Co., Picadilly Mansions,
17, SHAFTESBURY AVENUE,
LONDRES, W.,

Teléfono 1942 Regent.

Inglaterra.

WILLIAM MCKINNON & Co., Ltd.	
Especialidad PARA CAFÉ Despulperos Lavadores Secadoras Descascaradoras Trillas Pulidoras Clasificadoras, Etc.	Especialidad PARA AZÚCAR Trapiches Evaporadoras Espumadoras Cucharones, Etc.
Talleres, Spring Garden, ABERDEEN (Escocia). CASA FUNDADA EN 1799.	
Ingenieros y Fabricantes de Maquinaria para PLANTACIONES DE CAFÉ, CACAO, AZÚCAR, ARROZ, CAUCHO, ETC., ETC. Y STALACIONES COMPLETAS.	
MÁQUINAS DE VAPOR, CALDERAS, MOTORES DE GAS, ELÉCTRICOS, ETC. TURBINAS, RUEDAS HIDRÁULICAS, RUEDAS "PELTON."	
Mas de un Siglo de Existencia Atestigua la excelente construcción y el buen Funcionamiento de la ma- quinaria vendida for esta Casa.	
ÚNICOS FABRICANTES de la Maquinaria de Patente Okrassa para beneficiar Café.	
PARA ARROZ Trilladoras Descascaradoras Pulidoras Separadoras, Etc.	
CACAO Secadoras, Etc.	
Nuestra ambición es ante todo complacer y dar com- pleta satisfacción á nuestra clientela.	

LONDRES.

**CASAS,
APARTAMENTOS,
y OFICINAS**

Escribase ó llámese por Teléfono á

BEN ALLSOP,

(Miembros del "Auctioneer's Institute de Londres.")
 (" " "Peritos " ")

**Oficina Central: 141, PARK ROAD,
REGENT'S PARK, LONDRES, S.W.**

Se habla español. La Casa está relacionada con las Colonias Española y Sur-Americana de Londres. La escogencia de Casas y Apartamentos cómodos y bien situados, para los extranjeros, es una especialidad del Establecimiento.

Absoluta protección á los Clientes.

ARQUITECTOS. — PERITOS.

**EADE, PECKOVER y Cia.,
SASTRES.**
Materiales de primera clase.



Telegramas : "PECKOVER, LONDRES." Teléfono : 4733 GERRARD.

**27a, Sackville Street,
LONDRES.**

Catálogos y Lista de Precios se envían á quien los solicite.

BICKERT FRÈRES

50, Rue Miromesnil, PARIS

MÁQUINAS, HERRAMIENTAS Y
ÚTILES PARA FERROCARRILES,
TALLERES y TODA CLASE DE INS-
TALACIONES INDUSTRIALES.

DICK, KERR
& CO., LIMITED.

FABRICANTES DE

Toda clase de Maquinaria Eléctrica,
Equipos para Tracción Eléctrica,
Locomotoras Eléctricas, Turbinas de Vapor,
Lámparas Eléctricas (Filamento Metálico),
Grúas y Equipos completos para Minas,
Locomotoras de Vapor, Wagones de volteo,
Rieles, Cambios de vía, Cruzamientos,
Plataformas giratorias, etc., para Ferrocarriles
Ligeros y Portátiles.

SE CONTRATAN

Ferrocarriles Eléctricos y Tranvías.
Plantas Eléctricas,
Acueductos y Alcantarillados.
Proyectos completos para Plantas de trans-
misión Hidro-eléctricas,
y
Obras Públicas de toda clase.

278 - Balcarce - 278, BUENOS AIRES.
46, Avenida Rio Branco, RIO DE JANEIRO.

Oficina Principal:
Abchurch Yard, Cannon Street, LONDRES,
INGLATERRA.

Talleres Eléctricos: Talleres de Ingenieria General:
PRESTON. KILMARNOCK.

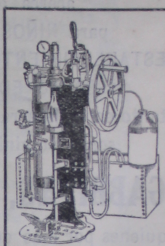
Máquina Automática Para Fabricar
Sistema FLUGEL. toda Clase de
Aguas Gaseosas.

¡ No se necesitan
Conocimientos
Técnicos !

Todas las
Instrucciones Gratis.

Filtración y Aereación
Perfectas.

Buena Calidad
Precio Bajo.



Máquina "B"
de FLUGEL
con llenador
para Botellas
con Tapones de
Corona.

Establecer una Fábrica al momento y
obtener **\$5,000** de Ganancia Anuales!

Escribase inmediatamente pidiéndonos detalles
en Español.

FLUGEL y Cia., 21, Lime Street,
LONDRES, E.C.

Quienes también fabrican Máquinas para hacer Hielo.

**Banco del = = =
Peru y Londres**

LIMA, PERÚ.



Capital suscrito y pagado £p.500,000
Fondo de Reserva - - £p.300,000



SUCURSALES

en Piura, Chiclayo, Pascamayo,
Trujillo, Huaraz, Callao, Cerro de
Pasco, Chíncha Alta, Ica, Mollendo,
Cuzco, Arequipa, Iquitos, Huancayo y
Huacho.

DEPÓSITOS Y PRÉSTAMOS.

Cartas de Crédito, letras de cambio y
giros por cable. Se cobran y descuentan
letras ó se adelantan fondos sobre ellas.

PARIS : 2 SQUARE DE L'OPÉRA.

Agencia en Londres :
LONDON BANK OF MEXICO AND SOUTH AMERICA, LTD.,
Incorporado con el ANGLO SOUTH-AMERICAN BANK, LTD.,
Old Broad Street, London, E.C.

Educación en Europa.

INFORMES y CONSEJOS
acerca de ESCUELAS

para NIÑOS y NIÑAS; sobre

ESTABLECIMIENTOS DE PRECEPTOS y
CASAS EDUCACIONISTAS,

tanto en Inglaterra como en el Extranjero,
serán suministrados gratis por

GABBITAS, THRING & CO.,

quienes por más de 40 años han estado en
íntimas relaciones con los principales
Establecimientos de Educación.

Se exigen los siguientes datos, expresados con toda
claridad:

Edad del niño ó de la niña; religión; salud; la
localidad que se prefiere; qué sistema educativo se
desea; Capacidad de la Escuela que se busca;
cuánto se desea ó se puede pagar.

Dirección: 18, SACKVILLE STREET,
Piccadilly, Londres, W.

Wertheimer, Lea y Cia.,

Impresores de "HISPANIA."

CLIFTON HOUSE, WORSHIP STREET, LONDRES, E.C.

Impresores en Español y - -
otras Lenguas Extranjeras.

Especialistas en la Producción de
ANUNCIOS LLAMATIVOS.

Fabricantes de Libros de Cuentas
y Exportadores de toda clase
de Útiles de Escritorio.

Commercial Bank of Spanish America, Ltd.

9, Bishopsgate, Londres, E.C.

20, Broad Street, New York.

74, Princess Street, Manchester.

CASA DE COMERCIO Y DE BANCA.

Se ocupa de toda especie de operaciones de
comercio y de banca: compra y despacho de mer-
caderías en Inglaterra, el Continente de Europa y los
Estados Unidos: venta de frutos de todas clases
precedentes de la América Central y del Sur: cobro
de letras de cambio en Europa y las Américas:
compra y venta de documentos de crédito, acciones,
bonos, etc.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA.

Línea de Filipinas. — Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y ha-
ciendo las escalas de Toruñá, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir
de Barcelona cada cuatro miércoles, ó sea: 1 Enero, 1 Febrero, 1 y 29 Marzo,
26 Abril, 24 Mayo, 24 Junio, 19 Julio, 16 Agosto, 13 Septiembre, 11 Octubre, 8 No-
viembre y 6 Diciembre; directamente para Génova, Port-Saïd, Suez, Colombo,
Singapore, Ho Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sea:
24 Enero, 21 Febrero, 21 Marzo, 18 Abril, 16 Mayo, 13 Junio, 11 Julio, 8 Agosto,
5 Septiembre, 3 y 31 Octubre, 28 Noviembre y 26 Diciembre, directamente para
Singapore, demás escalas intermedias que a la ida, hasta Barcelona, prosiguen-
do el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para
y de los puertos de la Costa Oriental de África, de la India, Java, Sumatra,
China, Japón y Australia.

Línea de Nueva-York, Cuba Méjico. — Servicio mensual saliendo de
Génova, el 21, de Nápoles el 25, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz
el 30, directamente para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso
de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York,
Cádiz, Barcelona y Génova. Se admite pasaje y carga para puertos del Pacífico
con trasbordo en Puerto Méjico, así como para Tampico con trasbordo en Veracruz.

Línea de Venezuela-Colombia. — Servicio mensual saliendo de Barcelo-
na el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, directa-
mente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto
Rico, Puerto Plata (facultativa), Habana, Puerto Limón y Colón, de donde salen
los vapores el 12 de cada mes para Sabánilla, Curaco, Puerto Cabello, La
Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz y Tampico, con trasbordo
en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de Navega-
ción del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y condi-
ciones directos. También carga para Maracaibo y Coro, con trasbordo en Cura-
çao, y para Cumana, Carupano y Trinidad, con trasbordo en Puerto Cabello.

Línea de Buenos Aires. — Servicio mensual, saliendo accidentalmente
de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5, y de Cádiz el 7, directamente
para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje

Agentes en Barcelona: Sres. RIPOL Y CIA.

de regreso desde Buenos Aires el día 1, y de Montevideo el 2, directamente para
Canarias, Cádiz, Barcelona, y accidentalmente Génova. Combinación por trasbordo
en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias, Fernando Póo. — Servicio mensual, saliendo de
Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, directamente para
Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de
la Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Póo el 2 haciendo las escalas de Canarias y de la Penín-
sula indicadas en el viaje de ida.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a
quienes la Compañía, da alojamiento muy cómodo y trato especial, como ha
acreditado en su dilatado servicio. Rebajas a familias. Precios convencionales por
camarotes de lujo. También se admite carga y se admiten pasajes para todos los
puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las
mercaderías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES: Rebajas en los fletes de exportación. —
La Compañía hace rebaja de 30 por ciento en los fletes de determinados artículos
de acuerdo con las vigentes disposiciones para el servicio de Comunicaciones
Marítimas.

Servicios Comerciales. — La sección que de estos Servicios tiene estab-
lecida la Compañía, se encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean
entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen
hacer los Exportadores.

Línea de Cuba Méjico. — Servicio mensual a Habana, Veracruz y Tam-
pico, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directa-
mente para Habana, Veracruz y Tampico. Salidas de Tampico el 13, de Veracruz
el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander.
Se admite pasaje y carga para CostaÍrma y Pacífico con trasbordo en Habana al
vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Para este servicio rigen rebajas especiales en pasajes de ida y vuelta, y también
precios convencionales para camarotes de lujo.

ELDERS & FYFFES, LTD.

Bajo convenio con el Gobierno de S.M. el Rey de Inglaterra para conducir

PAQUETES POSTALES A JAMÁICA Y COSTA RICA,

Vía la más directa para Jamáica y América Central.

**Servicio exacto de vapores de primera clase entre
LIVERPOOL Y SANTA MARTA TODOS LOS MARTES.**

BRISTOL Y KINGSTON (JAMÁICA) Y PUERTO LIMÓN (COSTA RICA) TODOS LOS JUEVES.

Pasajes para todos los puertos del Mar de las Antillas.

VAPORES:

Chagres	5,060 tons.	Reventazon	4,041 tons.	Manistee	3,869 tons.
Manzanares	4,400 "	Nicoya	3,911 "	Matina	3,870 "
Aracataca	4,400 "	Zent	3,890 "	Miami	3,762 "
Tortuguero	4,191 "	Pacuare	3,891 "	Chirripo	4,041 "
Barranca	4,115 "				

PARIS
AND
BUENOS
AIRES

PAQUIN

L^{td}

Telephone
277 REGENT
5 Lines

Telegrams
"COUTURIERE"
LONDON

Toilettes
para Día y para
de Noche.

Blusas.

Trajes Sastres.

Ropa interior.

Ricas Pieles.

Bellos Adornos.

Las Señoras *SUR-AMERICANAS*
que visiten á *LONDRES*
son especialmente invitadas á
inspeccionar los Salones de
PAQUIN, situados en el centro
mismo de *Mayfair*, inmediatos á
los principales Hoteles. Allí se
exhibe un surtido de modelos de
Madame Paquin, presentados
simultáneamente en Londres
y París.

Pieles
Escogidas.

Corsets.

Trajes de Corte.

Trousseaux.

Adornos
para el Cuello.

Salidas de Teatro.

39, Dover Street

London
W.

**Chilian Government 5 per Cent.
Loan of 1911 for £4,905,000
Nominal Capital.**

The Dividend on this Loan, due on the 15th January next, will be paid by **Messrs. N. M. Rothschild & Sons** on that day and on each succeeding day (Saturdays excepted) between the hours of 11 and 2.

Printed Forms to be applied for, and the Coupons left three days for examination.

New Court, St. Swithin's Lane.
31st December, 1912.

TE.

FERGUSON, HOLNESS & Co., Ltd.,
52, 53, Great Tower Street, Londres,

Se dedican con atención preferente á la exportación de Té Chino, de la India y de Ceilán para las Repúblicas de la América del Sur y Central. Envían muestras y precios á petición de los interesados.

TE.

**The Metropolitan - - - -
Carriage, Wagon and - -
Finance Company, Limited**

... including ...
THE PATENT SHAFT AND AXLE TREE CO., LTD.
DOCKER BROTHERS, LIMITED.

Constructora de CARROS de FERROCARRIL, VAGONES, CARROS de TRANVIA, BASTIDORES de HIERRO y ACERO, CARROS para FERROCARRILES ELÉCTRICOS y de VIA ESTRECHA, RUEDAS y EJES de toda clase y para MATERIAL RODANTE.

BOGIES de ACERO LAMINADO,
Barnices, Colores, Pinturas "Hermator"
y otras Especialidades, Sistema Docker.

Representante en Buenos Aires,
Evans, Thornton y Cia, Calle Bartolomé Mitre 349.
Representante en Rio de Janeiro,
WALTER BROS. Y CIA., RUA DA QUITANDA 115.

Registered Offices: **SALTLEY, BIRMINGHAM.**
Telegrams: "METRO, BIRMINGHAM."

Dirección Telefónica:
"DEKEYSERS, LONDON."

DE KEYSER'S ROYAL HOTEL.

Teléfono:
2260 HOLBORN (3 hilos).

Algunos de los rasgos distintivos del DE KEYSER'S ROYAL HOTEL,
Victoria Embankment, Londres.

TODAS las personas que tienen algún conocimiento de Londres han de conocer, de vista por lo menos, este palatino Hotel. Las extensas adiciones y alteraciones que se han venido haciendo, han hecho del DE KEYSER, uno de los hoteles más modernos y más confortables de Londres. El antiguo patio de entrada se ha convertido en un magnífico Salón de Descanso de 54 pies por 62 pies. El Comedor principal, que tiene 93 pies por 45 pies, se ha agrandado y construido de manera que permite una vista completa del antedicho salón de descanso.



Este piso comprende el Salón de Señoras, Salas de Lectura, de Fumar y de Escribir, todos con miras al gran paseo Victoria Embankment. Se ha prestado atención especial á la calefacción y ventilación de estos salones.

En este piso está situado el Comedor Leopoldo (80 pies por 28 pies). Tanto en este Comedor, como igualmente en el Comedor principal, se sirven *table d'hôte* (pero en mesas separadas). Luncheons á 3/6 y 2/6 por persona también se sirven á la *carte*, y al cual tiene acceso el público en general, facilitando de este modo á los clientes de la Ciudad que deseen almorzar con sus amigos, el tener su compañía en un establecimiento donde la cocina es de lo más selecto, los vinos escogidos de las mejores cosechas, y todos los detalles de tal naturaleza que, cualquiera que visite estos salones, no podrá dejar de recibir una impresión favorable de los almuerzos que en DE KEYSER se sirven. Los clientes que deseen hablar sobre negocios, encontrarán acomodo sin igual en la Antesala, Salón de Fumar y Gabinetes de Lectura y Escritura.

Casa fundada en el reinado de Jorge I. 1720

Fundidores de tipos para el Gobierno de S.M. Británica

SURTIDOS DE TODO LO NECESARIO PARA IMPRESORES

H. W. CASLON & Co.

LIMITED

LA PRIMERA CASA DE FUNDIDORES DE TIPOS
DEL REINO UNIDO DE LA GRAN BRETAÑA

Fabricantes de los tipos que tienen mayor aceptación en la Gran Bretaña y en las colonias británicas: todos nuestros tipos están vaciados por el sistema de punta; son de metal muy duro y son reconocidos como los mejores por todos los impresores; fabricamos todos los materiales y muebles necesarios para las imprentas

SE SOLICITA DE LOS IMPRESORES QUE NOS ESCRIBAN

THE CASLON LETTER FOUNDRY

82 and 83 CHISWELL STREET, LONDON, E.C.

Al escribir á estas Casas, menciónese á HISPANIA.



AMERICAN BANK NOTE COMPANY

CASA FUNDADA EN 1795

REORGANIZADA EN 1879

Billetes de Banco, Títulos de Acciones, Bonos para Gobiernos y Compañías, Giros, Cheques, Letras de Cambio, Sellos de Correos, etc. Trabajos Litográficos y de Imprenta

Grabadores Impresores

Secretos especiales para evitar falsificaciones. Tiquetes para Ferrocarril, estilo moderno, Naipes, Colecciones de Mapas, para toda clase de Estudios, Grabados ó Impresos.

La respetabilidad de esta Casa es reconocida en el mundo entero.

BROAD Y BEAVER STREETS, NUEVA YORK

Sucursales en los Estados Unidos:

BOSTON

FILADELFIA

CHICAGO

Agentes en todas las Capitales de Hispano-América.

Deutsche Bank (Berlin) London Agency.

George Yard, Lombard St., London, E.C.
Casa Central: Deutsche Bank, Berlin.

SUCURSALES

en Augsburgo, Brema, Bruselas, Constantinopla,
Dresde, Francfort s/M., Hamburgo, Chemnitz,
Leipsic, Londres, Meissen, Munich,
Nuremberg, Wiesbaden.

Capital Integrado - £10,000,000
Reservas - - - £5,500,000

El Banco, que tiene relaciones en todas partes del mundo, se encarga entre otras de las siguientes operaciones:

ABRE cuentas corrientes,
EXPIDE cartas de crédito para la importación de frutas del país y mercancías,
" letras de cambio,
" transferencias por cable,
DESCUENTA letras de cambio previa aprobación,
COBRA cupones, dividendos, letras de cambio, etc.,
RECIBE valores y títulos en custodia y EFECTUA además trasacciones bancarias de toda clase.

Representantes del BANCO ALEMÁN TRANSATLANTICO de Madrid, Barcelona, Buenos Aires, Valparaiso, Lima, La Paz, Montevideo, etc.; BANCO ALLEMÃO TRANSATLANTICO, Rio de Janeiro, y de VARIOS BANÇOS de Nueva York, Cuba, Méjico, etc., etc.



"King George IV" SCOTCH WHISKY.

(EL REY DE LOS WHISKIES.)

Delicioso producto de

THE DISTILLERS COMPANY LIMITED.,

de EDINBURGH.

Glasgow, London, Dublin, Sydney & Melbourne.
Proprietarios de quince Destilerías-las mas grandes en el mundo.
Capital y fondo de reserva £3,000,000.

Para negocios ó informaciones, en Hispano-América dirigirse á nuestro Departamento Latino Americano

FRONTERA GUARDIOLA & COMPANY,
Av. de Mayo, 1079, Buenos Aires.

El Edificio domina el Parque de St. James's y el Palacio de Buckingham, y está cerca de la Abadía de Westminster y de la Nueva Catedral Católica.

QUEEN ANNE'S MANSIONS

Hotel y Apartamentos.

Cocina de primera clase.

*Amoblado lujoso.
Todas las Comodidades
modernas.*

Cada cuarto tiene teléfono, y los huéspedes pueden comunicarse con todos los lugares de Londres y de las provincias.

APARTAMENTOS CON ó SIN MUEBLES.

El arrendamiento incluye el servicio.

CADA APARTAMENTO TIENE SU BAÑO PRIVADO.

Para pormenores escribase al

ADMINISTRADOR, Queen Anne's Mansions,
St. James' Park, Londres, S.W.



Servidores de la Casa Real

MAPLE & CO

LTD

MUEBLES DE PRIMERA CLASE

ALFOMBRAS INGLESAS
Y ORIENTALES

CORTINAS

TRANSPARENTES

DECORACIONES

PRECIOS MÓDICOS

CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS GRATIS
LOS ALMACENES MÁS GRANDES
DEL MUNDO

MAPLE & CO
Tottenham Court Road
Londres

PARIS

BUENOS AIRES

BOMBAS

DE TODAS CLASES

MAQUINARIA

PARA LA FABRICACIÓN

DE HIELO

FILTROS

Necesitamos Agentes en Sud-América,
en donde no los tengamos.

Pulsometer Engineering Co. Ltd

LONDRES:

READING:

Oficinas:

Talleres:

11, Tothill Street, S.W.

Nine Elms Ironworks.